

Gilberto Parra Zapata

# Bajo la falda del Ávila



Fundación Editorial  
  
elperroylarana

COLECCIÓN  
Páginas Venezolanas  
SERIE Contemporáneos





Gilberto Parra Zapata

# Bajo la falda del Ávila

Fundación Editorial



elperroylarana

© Gilberto Parra Zapata

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

### **Correos electrónicos**

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

### **Páginas web**

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

### **Redes sociales**

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Twitter: @perroyranalibro

### **Diseño de la colección**

Mónica Piscitelli

**Edición:** Luis Lacave

**Corrección:** Francisco Romero

**Diagramación:** Yeibert Vivas

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2018000221

ISBN 978-980-14-2388-1

## **COLECCIÓN PÁGINAS VENEZOLANAS**

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas.

La constituyen tres series:

**CLÁSICOS** abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

**CONTEMPORÁNEOS** reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.

**ANTOLOGÍAS** es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.



*Allá en la falda del Ávila, allá donde yo nací...*

LORENZO HERRERA



*A mi familia, por quien tanto lucho  
y a la que tanto quiero.*

*A la memoria de mis padres.*

*A la gente de Sarría, fantasmas  
corpóreos de esta historia viva.*

*A Waraira Repano, nido de mis sueños.*



## **Prólogo: Evocación del Waraira Repano**

Tú debes recordarte cuando, hace mucho tiempo, un niño de siete años corrió una tarde a tu encuentro. Ese niño quería conocerte, pero esa tarde fuiste esquivo con él, pues no correspondiste a ese deseo, y en vez de acercarte, te alejabas cada vez más, hasta que ese niño, frustrado y triste, siguió como siempre, viéndote desde lejos como algo inalcanzable y misterioso.

Tiempo después, cuando ese niño ya no era tan niño, te siguió contemplando desde lejos, mientras tú, como siempre, permanecías coronado de nubes, como invitándole a que nuevamente intentara alcanzarte, pero él prefirió imaginarte de muchas maneras. Te imaginaba depositario de todas las cosas buenas que la naturaleza puso ante sus ojos. Cada roca, cada mancha en tu aceitunada superficie, al trasluz del brillante sol de Caracas, se parecía a todo cuanto la febril imaginación de ese niño, que ya no era tan niño, quería asociar con sus mejores sueños.

Más tarde, después de muchas tormentas que mordieron tu rotunda cima y tus inmensas gargantas, ese niño que ya dejó de ser niño, pero que te seguía contemplando con imaginación niña, te empezó a ver, como siempre, desde lejos, con curiosidad. Ya no eras tan esquivo

con él, ya albergabas para él la genuina intención de convertirte en el nido de sus esperanzas y de sus sueños de niño.

El tiempo siguió su curso. Durante mucho tiempo lo ignoraste. Estabas demasiado ocupado en regocijarte con el rocío. Tu constante diálogo con la niebla que te cubre eternamente, tal vez te vendó tus ojos. La niebla y el rocío te dan esa vida vegetal que tanto necesitas. Él apenas te brindaba sus sueños, pero tú necesitabas vivir de nieblas y de rocíos, no de sueños.

Después, no se sabe si te fijaste que él y tú maduraron juntos, viéndose uno al otro, desde lejos, muy de tarde en tarde. Tú maduraste y te llegaron otras ocupaciones. Ya no te bastaba la niebla y el rocío, ahora tenías que exigirle más oxígeno a tu floresta para llenar tus pulmones, para purificar la savia de tu hierba, de tu hiedra y de tus bosques. Él también maduró y ahora tenía que exigirle más oxígeno a su sangre y a sus músculos y a sus huesos para tener el aliento suficiente para que por lo menos pudiera verte, aunque fuera muy de tarde en tarde.

Después de infinitas horas en que alternaron para ambos humedad y sequía, un escultor invisible dejó en tu falda irreversibles huellas de un maltrato irracional e injusto. En el rostro de él, ese mismo escultor invisible dejó surcos de reflexión, de amor y de desengaños. En algún momento, él se fue sin despedirse. Total, las despedidas son tristes y no tienen ningún sentido cuando aún las vincula el sueño. Tal vez no deberías saberlo, porque cuando algo o alguien se sienten añorados, lo único que se logra es envanecerlos más. Pero como de todas maneras lo vas a saber, te digo que él todavía te evoca y te añora y te hace responsable de haber revelado sus sueños de niño contenidos en los relatos que llenan las páginas de este libro.

G. P. Z.

## **Pablo Guararé**

El día que robaron la bodega de Pablo, comenzó a decaer bruscamente su entusiasmo y su carisma. De allí en adelante, ya Pablo no volvería a ser el mismo de siempre, pero La Veguita sí volvería a su rutina, triste y melancólica como agua empozada, volvería a ser tan ensimismada como una puta arrepentida, tal como lo expresó uno de sus vecinos.

La Veguita es una comunidad del barrio El Cortijo de Sarría, de casas alineadas y adosadas unas a otras, como todas las calles de los barrios caraqueños. Está enclavada casi en el lecho de la quebrada de Maripérez, la cual baja cantarina desde las entrañas del Ávila por la vertiente norte-sur del valle capitalino hasta la cuenca del río Guaire, rumbo a Petare y el Tuy. La Veguita es una cinta de tierra rojiza sin pavimentar, que baja desde la Calle Real por una pendiente de casi cuarenta y cinco grados, luego tuerce bruscamente a la izquierda, siguiendo paralelamente por su derecha a la quebrada, y a su izquierda la Calle Real, que se le asoma a modo de balcón, por un recorrido de unos cuatrocientos metros, cuatro cuadras en donde habían de construirse unas ochenta o noventa casas, todas pobretonas y chatas.

Durante las décadas de los años 30 y 40, el terrateniente Roberto Ramírez, propietario de esas tierras, adquiridas nadie sabe bajo qué

título, fue parcelando unos montarrales poblados de maleza y las fue vendiendo a unos modestos e ilusionados ciudadanos que aspiraban a llenar la imperiosa necesidad de un techo donde cobijarse. Las parcelas de mayor dimensión son las que se alinean a su lado derecho a cuyos corrales lame sus pies la quebrada, las de menor dimensión son pequeñas cuadrículas que escasamente superan los cien metros cuadrados. Las primeras parcelas fueron vendidas a precios irrisorios, pero con el decurso del tiempo llegarían a costar hasta diez bolívares el metro cuadrado, sobre todo aquellas que pasaron por varias manos ávidas de especular con la revalorización lenta pero segura de esos lotes de terrenos.

Por cuentagotas fueron surgiendo las casas. Un buen día llegaba el propietario del terreno, demarcaba sus linderos con estacas de madera de desecho unidos con guarales, de inmediato abría unas zanjas rectilíneas de veinte centímetros de ancho por medio metro de profundidad, las cuales rellenaba con cemento a ras del suelo. A partir de esos cimientos se erigían paredes de adobe, hechos con tierra extraída de las vecindades de su parcela. La rústica ingeniería le daba forma a lo que habrían de ser las puertas y ventanas exteriores de la vivienda, luego el cielo raso de caña brava, reforzando con vigas de madera y techos de teja o de zinc. Los pisos de cemento admirablemente nivelados y pulidos. Los más pudientes o afortunados, construían desde el principio sus casas de bloques de cemento o arcilla, sus techos de platabanda y los pisos de armoniosos mosaicos. La mayoría iba sustituyendo esas primitivas estructuras, pero al costo de años de sostenida laboriosidad y ascéticos sacrificios.

La Veguita fue tomando forma. A su debido momento, el agua potable llegó a través de tuberías del Inos, mediante una toma a un tubo matriz que los vecinos comentaban entre dientes que se trataba del acueducto que iba a dar al Hospital Ortopédico de Santa Rosa. Las aguas servidas, que al principio se tiraban a la calle, con el tiempo cada vecino por su cuenta enterró tubos corrugados de concreto y las horru-ras fueron a dar a la quebrada, que las arrastraba hasta el Guaire. No más pozos sépticos ni aguas negras en La Veguita, pero la cristalina quebrada pasó a ser una maloliente torrentera color café. Solo entonces pudo decirse que La Veguita se convirtió en una comunidad urbana.

La Veguita crecía a ojos vistas, con cada nueva casa se incorporaba un contingente humano lleno de sueños, de esperanzas, todavía con el

influjo de las tierras de Barlovento, de El Tuy, del litoral central o de otros sectores de Caracas. Llegaron negros, blancos, mulatos, zambos, toda la amalgama multirracial del mestizaje nacional. Con ella también llegaron las malas mañas, la maledicencia, pero también la arcana sencillez y bonhomía del criollo. La Veguita muy bien podría ser Caucagua, Santa Teresa del Tuy, Naiguatá, Guatire, la desruralización de los aldeaños de Caracas. Igualmente, podría ser el antiguo habitante de un cuarto de casa de vecindad de Catia o de Santa Rosalía, que buscaba ansioso un techo propio. De Santa Teresa del Tuy llegó la vieja Rosa, hablachenta, malhablada, déspota y retrechera. De El Hatillo llegaron Severa y Félix, negros introvertidos e individualistas. De La Guaira, a lo mejor de Osma, llegó María Cuevas, mulata misteriosa, que siempre tenía en su casa huéspedes de vagas referencias parentales. De Valencia, llegó María Flores, con marcados rasgos indígenas. De Monte Piedad, llegó Manuel. De Petare, el señor Ledezma, descendiente de isleños. De El Valle, llegó Próspero Díaz. Cada quien con su familia a cuestas, como los beduinos del desierto. Poco a poco La Veguita se fue perfilando como cualquier comunidad. Surgieron los liderazgos de Ledezma y Próspero, verdaderos caciques de la comunidad, acatados y respetados por unos, odiados por quienes no le perdonaban su intromisión hasta la intimidación en las familias de cada vecino. Más de un puñetazo intercambiarían estos cachorros con el individualismo criollo, por su actitud metiche y mandona.

En La Veguita, nombre que adoptó espontáneamente la comunidad a partir de la imposición del señor Ledezma, era inevitable que surgieran también los chismes de la febril maledicencia imaginativa de una comunidad en la cual solo los hombres salían a trabajar, pero en la que a la mano de obra manumisa de las amas de casa les sobraba el tiempo para zamparse en las casas y pasar horas enteras hablando penheadas con otras desocupadas señoras.

La Veguita, como toda comunidad incipiente, con pretensiones de consolidarse, también sintió el vacío del mercado. Cuando necesitó una arepera llegó Mónica con sus sabrosísimas arepas criollas, preparadas con la masa de un maíz blanquísimo. Cuando necesitó de una taguara donde los beodos trasegaran sus ansias etílicas, surgió Pedro, el marido de la vieja Rosa, quien exhibía en unos frascos bocones el torco, el berro, el zamurito o simplemente la caña clara, que el diligente

pulpero despachaba, a un costo de medio real cada trago, mediante un cucharón para llenar un vasito de vidrio que torturaba el tracto digestivo de sus habituales clientes.

Por supuesto que los habitantes de La Veguita tenían lugares donde suplir sus necesidades de víveres. A pocas cuadras, en la Calle Real de El Cortijo, estaba la bodega de Manolo y el abasto de Juan La Rata. El cognomento de bodega o abasto tenía que ver con que Manolo despachaba en solitario a sus clientes y Juan La Rata tenía a su servicio hasta tres dependientes. Manolo usaba ropa corriente, pero Juan y sus empleados vestían gorro y chaquetón. Como quiera que fuera, los negocios de Manolo y Juan no eran propiamente de La Veguita; al fin y al cabo, los separaban varias cuadras de distancia.

El transporte público sí era una calamidad para sus moradores, pues para acceder al centro de Caracas, tenían que caminar por lo menos dos kilómetros a través de la polvorienta sabana de El Cortijo para tomar los buses, cuyo terminal estaba situado en la esquina de Lourdes de Sarría. En esa misma esquina de Lourdes estaba el botiquín de Sanabria, con una genuina estructura de bar; mostrador alto, que solo alcanzaban unas muy altas sillas giratorias, cuyo exhibidor de licores repasaba la geografía etílica del mundo: güisquí, ron, brandy, coñac, y en el enfriador de botellas, la gélida cerveza, botellón, media jarra y tercio.

En este escenario, telón de fondo de una comunidad que pugna por consolidarse, un buen día surge en La Veguita, como Jesús en Belén, el inefable Pablo Linares. Nadie sabe, excepto la familia Díaz, cómo fue a dar allí su voluminosa figura de zambo barloventeño; solo se sabe que se apareció alquilando un local que Juan Díaz improvisó en un rincón de su casa, lo que seguramente sería una de sus habitaciones, para dar un lugar a la bodega de Pablo. El local que Juan le alquiló a Pablo por ciento cincuenta bolívares mensuales medía los cinco metros de una puerta metálica hacia la calle La Veguita, por unos quince metros de fondo, setenta y cinco metros cuadrados que durante años fue una verdadera *ágora*.

De cómo Pablo logró, en tan breve espacio físico, transformar la vida de La Veguita, es el síndrome del proceso químico de la transición desde la infancia a la adolescencia de una comunidad, la cual supo catalizar un sencillo hombre de pueblo, con escasas luces, pero capaz de jalonar un proceso de conversos. La permeabilidad social del

criollo aceptó sin miramientos que un zambo barloventeño de un metro ochenta de estatura, de facciones toscas y cejas y pelo hirsuto, pero dotado de una inmensa simpatía natural, supiera granjearse rápidamente el aprecio de todos. El agudo olfato social que tiene la gente sencilla, le permitió imponer su liderazgo, y además de bodeguero, Pablo también fue consejero, depositario de los problemas cotidianos de la gente, hasta curandero, que recetaba inefables remedios caseros.

Inmediatamente, después de que Pablo llegó al local de lo que habría de ser su bodega, comenzó a desplegar la febril actividad de la que solo es capaz quien lleva por dentro el combustible de una pasión inflamable. En las paredes laterales del local, subido al precario equilibrio de una escalera hecha de dos vigas con cinco travesaños, comenzó a fijar unos simples soportes para sostener rústicos anaqueles de madera, con tres largueros de dos metros de largo cada uno en cada pared, muebles en los que habrían de cabalgar potes de leche, Toddy y Ovomaltina, latas de sardina, diablitos, jugos Yukery, mantequilla holandesa, pepitonas, cajas de galletas de soda. Más allá, discretamente disimuladas, las cajas de Modess que las mujeres, cuando las compraban, en voz baja reclamaban envolverlas en papel periódico para no ser objeto de la curiosidad y burlas de los jodedores.

En la pared izquierda de la bodega, Pablo fabricó un marco de madera que con meticulosa exactitud llegó a ser el justo espacio de una nevera color amarilla, de puerta pequeña el congelador y puerta grande el refrigerador. Esa obesa Frigidaire fue la primera que congeló el aliento y el paladar de los habitantes de La Veguita, pues a partir de allí quienquiera que necesite cuajar una gelatina o requiera de una gavera de hielo en cubitos, no tenía sino que encargárselo al servicial Pablo.

Toda bodega debe tener un nombre, lo cual se dio por consenso. ¿Qué nombre ponerle? Algún nombre farandulero, un personaje, una película, una canción de moda. Se barajaron algunos nombres: “Madrid”, por el chotis de Agustín Lara. “La Múcura”, que había popularizado recientemente Bobby Capó. “La Bodega del Ñato” por Daniel Santos, El “Tíbiri-Tábara”, del mismo cantante. “La Bodega del Ñato” lucía como muy lógica, pero alguien reflexionó: ¿Qué carajo es ñato? Nadie supo responder, pero ñato es una palabra que sonaba muy fea y nadie sabía su significado, y enseguida se descartó ese nombre. ¿Qué tal “Guararé”? propuso Domingo el loco. El ritmo pegajoso “Pasando

*por Guararé, la tierra del sucu-sucu...*” impactó a todos los presentes, y en medio de la aprobación unánime se selló el nombre de la bodega.

Si Pablo quería conservar su apellido Linares, se equivocó de todas todas. De ahora en adelante sería por siempre Pablo Guararé. Si la democracia es un valor, el hecho de que una comunidad le hubiera puesto por consenso nombre a su primera bodega, no cabe de duda de que ese día 7 de julio habría de ser un día memorable. De allí en adelante la bodega de Pablo sería un centro cívico para dirimir discusiones y planear acciones de bien común, al menos en eso creía Pablo cuando mandó a clavetear en la pared exterior del negocio, en forma de bandera, la lámina de metal, fondo ocre con letras negras, donde se leía desafiante: “Bodega Guararé”.

No cabe dudas de que la bodega de Pablo Guararé nació con pie derecho. Toda la comunidad de La Veguita la sintió suya, ya no había que subir a la Calle Real para hacer las compras donde Manolo, mucho menos donde Juan La Rata, como a cinco cuadras más lejos. Por ejemplo, ni a Juan La Rata ni a Manolo les daba la gana de despachar el kerosene, porque les dejaba un mal olor en las manos, en cambio Pablo Guararé atendía él solo, pacientemente, a sus clientes, exigiendo orden; si a la señora Lozano le tocaba el turno, él procedía a despacharla: medio de manteca, tomaba la cuchara de palo, destapaba una lata de manteca, la servía en el papel estraza y ya estaba lista. Un real de queso, partía un pedazo de queso, le daba dos vueltas al papel y ya estaba. Una botella de lejía, tomaba la botella vacía, la colocaba en el suelo, traía la botella llena y ya estaba. Dos litros de kerosene, tomaba el envase, vertía dos veces el contenido de una cántara de un litro y ya estaba. Más nada. Sacaba la cuenta: total Bs. 1,25, decía dos y medio, tomaba los dos bolívares de la señora Lozano, iba hacia la gaveta que fungía de caja registradora y le daba vuelto a la señora Lozano. Luego iba al fondo, se lavaba las manos y ya estaba listo para atender, con la misma paciencia, el pedido del próximo cliente.

La bodega de Pablo abre puntualmente a las siete de la mañana, con o sin lluvia, incluyendo los domingos y días feriados, a excepción de Semana Santa, Navidad y Año Nuevo. En los días santos, vendía un arroz con coco delicioso y además vendía cocos secos para que los impenitentes jugadores cazaran apuestas. El certero golpe seco y el sonido de cristal roto del coco perdedor, que se hendía dejando salir el agua

turbia de una savia entre salobre y dulzona. Pablo vendía en un bolívar cada coco a los jugadores, compraba los cocos rotos a medio y luego los vendía al público en un real, negocio redondo para Pablo.

La bodega de Pablo comenzó cerrando a las seis de la tarde, de lunes a sábado. Luego, por presión de su clientela, postergó su jornada y por último no era raro que permaneciera abierta hasta las ocho de la noche. Toda una jornada dura de trabajo intenso, pero socialmente útil.

Nadie nunca le escuchó una queja, al contrario, en medio de su rupestre sencillez, entendía que su trabajo tenía que ser duro porque era ante todo un servicio público; así de abierto, bonachón y servicial era Pablo. Los domingos, mientras Manolo y Juan La Rata no abrían, él cerraba al mediodía, pero no era raro que asimismo permaneciera abierto hasta las dos de la tarde, sobre todo cuando jugaban Cervecería y Magallanes en el estadio Cerveza Caracas. Los bandos de cervecedores y magallaneros discutían al calor de las jugadas que escuchaban en el aparato de radio de capilla que poseía cerca de la gaveta donde guardaba el dinero. Pablo siempre se cuidó de inclinarse hacia alguno de los dos equipos, o a lo mejor no sabía nada de béisbol, pero en uno u otro caso, su instinto le aconsejaba ser prudente y equilibrado, y mantener siempre una moral muy alta, hasta el punto de que no permitía que se pronunciaran malas palabras en su negocio.

Nada de vender licores en su negocio. Si algún borrachito como “Venado” o “El Tigrito” se acercaban a la bodega, la amenazante humanidad de Pablo los disuadía. Cigarrillos sí vendía, tal vez porque él mismo era un empedernido fumador. Doble Águila, Sport, Capitolio y Jonrón, a real la cajetilla. Los rubios americanos, Lucky Strike, Camel, Phillip Morris, Chesterfield, los vendía a un bolívar. El criollo Alas costaba real y medio. Pablo no era pendejo, Pablo no fiaba a nadie. Tenía el clásico díptico “Yo vendí de contado/yo vendí a crédito” y el “Ni fío, ni doy, ni presto”, lo cual, al parecer, disgustó a mucha gente y tal vez por allí comenzaron las intrigas en contra de Pablo.

En la bodega de Pablo se ventilaban cuestiones de interés común. No obstante, la incipiente dictadura militar de turno, se hablaba de juntas promejoras de la comunidad. Pablo apoyaba la idea del asfaltado de la calle, alumbrado público, la pila de agua para la cuadra, la escuela para la vecindad. Todos esos eran temas cotidianos en la bodega. Pablo no vivía en La Veguita, pero la quería entrañablemente, por eso

la gente lo sentía como parte de ella. Nadie nunca, ni entonces ni después, prestó su casa para discutir acerca de problemas comunales, tal como lo hacía Pablo con su bodega.

La vida transcurría plácida en La Veguita, al menos así lo creía Pablo. Nunca hubo hechos de sangre, de vez en cuando uno que otro agarrón entre las familias Díaz y Lozano por viejos reconcomios. Las pandillas del Tiro al Blanco, que venían en actitud provocadora para terminar en grescas cuando los jóvenes de La Veguita les respondían. Los pleitos o conflictos entre los vecinos los dirimía el jefe civil de la parroquia El Recreo. Robos no se conocían en La Veguita, por eso Pablo nunca tomó ninguna precaución, no obstante, su muy surtida bodega tendría mucho que perder.

Nuevos vientos de progreso comenzaron a soplar para la comunidad de La Veguita y sus alrededores. Se abrió el Grupo Escolar José Martí, situado muy cerca, en la Calle Real del barrio El Cortijo, lo cual significó una verdadera revolución educativa y social. Se pavimentó la carretera hacia el barrio Tiro al Blanco, y así comenzaron a circular unos buses mejor dotados. Detrás quedaron los vetustos autobuses color verde perico del Transporte Guzmán, ahora le pasaban cerca las unidades rojo y gualda del servicio municipal de transporte, para cubrir la ruta Sarría-Las Ibarras, al principio a un costo de una locha, después a medio real. También los llamados “carritos de a real” hasta El Silencio. Se abrieron nuevas fuentes de trabajo, ya no era solamente la Cigarrera Bigott, allá lejos en el sector Santa Rosa. También se establecieron la Panificadora Altagracia y una empresa textil que fabricaba medias de seda. Para diversión de sus habitantes, se abrieron los cines Sarría y Guaicaipuro, a un bolívar la entrada. Ya no había que ir hasta el Cine Candelaria para ver las rocambolescas películas mexicanas.

Pero servicios públicos básicos, tales como el asfaltado de las calles, seguían siendo una calamidad. El servicio de agua potable era muy irregular, las colas en la fila pública en procura de una lata de agua eran interminables. Todo esto lo vivía Pablo muy de cerca. En una reunión que tuvo lugar en la bodega de Pablo, amenizado con el café que siempre tenía en su termo, se formó una junta de vecinos y se redactaron algunas cartas a la Gobernación del Distrito Federal, en procura de soluciones a problemas comunes, todo un esfuerzo comunal bien intencionado, pero ingenuo.

Para ese momento era evidente el auge que había tomado la bodega. Al momento de su inauguración había muchos espacios vacíos, pero el día que se constituyó la junta de vecinos, materialmente no había espacio disponible por donde caminar en la bodega. Los sacos de maíz y otros granos se apilaban por doquier, junto con los cilíndricos papelones, las cajas de cartón repletas de mercancías, los paquetes de velas, y de jabón Las Llaves, los paquetes de cigarrillos que esperaban el turno de la venta. Ese día asistieron treinta vecinos, que se acomodaron en la acera, mientras Pablo los dirigía desde el poco espacio que quedaba entre el mostrador y la puerta de entrada, el cual hubo que correr un metro más hasta la puerta de salida hacia la calle.

Esta prosperidad, al parecer, comenzó a despertar envidias; era evidente de que no todo el mundo quería bien a Pablo, pues además parecía molestarles sobremanera el carisma o el ángel que tenía. Trataron en vano de perjudicarlo. Algún chismoso, alegando razones políticas, hizo que lo citaran a la Seguridad Nacional. Esa malévola intención, sin embargo, se estrellaba contra la simpatía que la gran mayoría de la gente sentía por Pablo. Pero, lamentablemente, eran intereses poderosos. Nunca nadie supo con certeza quién o quiénes estaban detrás de todo aquello. Un sujeto sospechoso comenzó a rondar de noche la bodega de Pablo. Se acercaba a la puerta metálica y concentraba su mirada en el candado, única protección del negocio. Un vecino puso sobre aviso a Pablo, por lo que una noche cerró la bodega y fingió que se marchaba. Al cabo de un rato volvió y encontró al sujeto en la misma actitud. Al reclamo de Pablo la respuesta fue salir corriendo presuroso del lugar sin mediar palabras, dejando tras de sí un tufo de ron mal digerido.

Al día siguiente y en los días subsiguientes, Pablo hizo el comentario de lo acaecido a algunos vecinos de su confianza, de quienes recibió diversas y contradictorias explicaciones. Algunos se alarmaron, pues era la primera vez que se hablaba de robos en La Veguita, otros restaron toda importancia, precisamente, por la misma razón. Total, que Pablo seguía preocupado, pero bajó la guardia al recibir la seguridad de que los vecinos estarían alertas. De lo que no se percató Pablo era de que la gente en La Veguita se acostaba temprano y de que la iluminación era escasa. Después de las once de la noche, solamente se oía el rumor de los grillos y en ocasiones la interjección aguardientosa de un beodo noctámbulo.

Pero, una terrible mañana, al acudir Pablo como de costumbre a su negocio, encontró la puerta metálica entreabierta y un desorden total en la bodega. Toda la mercancía tirada por el suelo, la puerta de la nevera abierta de par en par. Se dirigió rápidamente a la gaveta donde guardaba el dinero, y, para su horror, la encontró completamente vacía. Se habían llevado los billeticos de 10, 20, 50 y 100 bolívares que Pablo había amarrado con una liga. También los centavos, lochas, medios, reales, bolívares y pesetas de a dos, y alguno que otro fuerte que pacientemente Pablo había empaquetado en rollitos de papel muy bien compactados, de a veinte unidades cada uno. Luego inició una búsqueda ansiosa por cada rincón de aquel caos, con una remota, absurda esperanza, pero no encontró ni rastros del dinero.

En un momento dado, en medio de tanta turbación en su estado de ánimo, se sentó en la silla de madera donde solía hacerlo. Tomó aliento. Volvió a pasear la vista por el caos reinante. Lentamente se reincorporó y comenzó a recoger las latas de sardina, de leche, de Toddy, de diablitos, para ponerlas en el mostrador. Medía con la vista los potes sobre el mostrador y los comparaba con los espacios vacíos de los anaqueles. Coincidían perfectamente, o sea, no se habían llevado ningún pote. Se encaminó a la Frigidaire, abierta de par en par y advirtió que los heladitos de jugos de frutas que había puesto a congelar la noche anterior, no habían cuajado, luego entonces reflexionó que el robo no debió ser tan tarde en la madrugada. Allí también estaban las botellas de refrescos a temperatura natural, no faltaba ninguna, luego entonces terminó de convencerse de que el robo había sido perpetrado en algún momento antes de la medianoche.

Por primera vez se asomó a la calle, vio las orejas donde estuvo pegado el candado y las encontró dobladas. El ladrón las había forzado. Del candado, ni rastro. La única expresión vulgar que alguien le oyó a Pablo en esa circunstancia fue un “nojooooda”, así, arrastrando la o, cuando reflexionó que el ladrón se aprovechó alevosamente de la oscuridad y la soledad de la calle. Además, ¿dónde estaban los vecinos, que no se habían percatado de nada, especialmente Juan y su familia?

Al poco rato empezaron a llegar los vecinos, los clientes y los curiosos, a hacer conjeturas. La noticia se había difundido por la cuadra como reguero de pólvora. En pocos minutos había una multitud en la puerta. Luego, las estúpidas preguntas: ¿cómo había sido posible?,

¿cuánto se robaron?, ¿quién fue el autor? Contra su costumbre, Pablo se envolvió en un hosco silencio. Algunos vecinos ofrecieron una vaga ayuda, pero Pablo no estaba para escucharlos. Pidió permiso para que lo dejaran solo, orden que fue inmediatamente acatada. Los muchachos se escurrían por entre los adultos, pero todos los presentes se colocaron a prudente distancia.

Pablo cerró la puerta, y ya adentro, siguió en sus hondos pensamientos mientras continuaba en su labor de volver a colocar todo en su sitio. Al sacar las cuentas de cuánto había vendido y pagado a sus proveedores, calculó que el efectivo robado era más o menos cuatro mil bolívares, o sea, diez días de ventas. De pronto vio un papel manuscrito en el suelo, lo recogió y al leerlo, resultó ser una “cadena”, en la cual se conminaba a rezar 7 padrenuestros y 7 avemarías durante 7 días y pasar el papel a 7 personas para que hicieran lo mismo, con la advertencia que si desobedecían les sobrevendrían desgracias, caso contrario, podría esperar un futuro de riqueza y buenaventura. Dobló nuevamente el papel y lo colocó en la gaveta del dinero. Solo entonces se le ocurrió hacer un inventario de la mercancía robada. La mercancía estaba intacta, si quedaba algún vacío en los anaqueles, seguramente lo habría vendido en los días anteriores. De pronto advirtió la desaparición de todos los tabacos, chimó y velas. También las imágenes de santos, que Pablo coleccionaba. De pronto también vio en un almanaque que estaba colgado de la pared, una roja marca de lápiz justo en la fecha 7 de julio. La fecha de ese día era de 8 de julio, convenciéndose entonces, en forma definitiva, que el robo había ocurrido antes de la medianoche. Ya cerca del mediodía, salió a la calle, colocó un candado nuevo y se marchó. En el camino no saludó ni respondió el saludo de nadie. Se le veía pálido y demudado.

Ni ese día ni el siguiente abrió Pablo la bodega. Los clientes que aún ignoraban el robo, al ver la puerta cerrada e indagar lo ocurrido, haciendo una mueca, exclamaban: “Pobrecito, cómo puede ser...”, pero seguían su camino hacia la bodega de Manolo, quien se sentiría muy extrañado por la presencia de gente que tenía años sin acudir a comprarle nada.

Al otro día llegó Pablo a media mañana, pero acompañado de un personaje, zambo como él, pero bajito, flaquito, de pelo entrecano, doblado por los años. Ambos portaban unos paquetes envueltos en papel. Se encerraron largo rato, luego salieron, Pablo cerró nuevamente

el negocio y se marchó. Nadie nunca supo lo que hicieron dentro del negocio. A la mañana siguiente, pero más tarde de lo habitual, reanudó Pablo su rutina. Se le veía ausente, callado, asustadizo, a veces hosco. Cuando alguien quería referirse al robo lo paraba en seco. La brusquedad de su respuesta estaba en proporción inversa al aprecio y la confianza que le profesaba al curioso. De lo que hicieron Pablo y el otro personaje quedó alguna evidencia al sentirse un olor de humo de tabaco que no había circulado en dos días, así como olor a yerbas quemadas y unas extrañas vetas blancas en el piso, semejantes a creolina, que Pablo presuroso lavó con un balde, un trapo y un haragán. Era evidente el resentimiento de Pablo por las inconsecuencias de los vecinos. No sintió que hubiera solidaridad por quienes había hecho tanto esfuerzo por el bien común.

La rutina de Pablo a partir de allí comenzó a involucionar paulatinamente. Ya no abría los días domingo, y los sufridos vecinos de La Veguita lo resintieron, porque ni Manolo ni Juan La Rata lo hicieron nunca. A partir de allí, en los días de semana abría cada vez más tarde, primero a las 8:00, luego a las 8:30, después a las 9:00 de la mañana. En la tarde cerraba a las 6:00. Los sábados cerraba a veces al mediodía.

Un buen día, trajo como ayudante a su sobrino Marcos, quien poco a poco comenzó a suplir más y más las ausencias de Pablo. Había días que ni siquiera se presentaba por su negocio. El panadero Fernando, el portugués, frunció el ceño y exclamó algo ininteligible en su media lengua madeirense, al enterarse de que ya no le vendería más el pan a la bodega. Las señoras que hacían granjerías, ya no le vendieron más. El isleño que traía las bolsas de carbón también se retiró. La otrora bien surtida bodega comenzó a mostrarse escuálida, el local cada vez más y más vacío de gente, casi no se vendía nada. La actividad de la junta promejoras del barrio se pospuso para siempre. Un día cualquiera ya no se abrió más la puerta de la bodega.

Al poco tiempo de cerrada la bodega, empezó a sentirse un olor nauseabundo. Alarmado, Juan Díaz, por conjeturas de un posible suicidio de Pablo, forzó el candado y encontró el cadáver putrefacto de un gato que se había muerto precisamente sobre el mostrador. Todos en el vecindario exhalaban un suspiro de alivio. Con un pañuelo en la nariz, tomó Juan el cadáver del gato y lo botó en la quebrada.

Los muchachos presenciaron los anaqueles vacíos, unos cuantos potes que ya comenzaban a oxidarse, las verduras descompuestas. En la semipenumbra del local, al cual le habían cortado la luz, “El Tigrito” afirmó haber presenciado el movimiento de unas sombras que misteriosamente se balanceaban. Un muchacho abrió la Frigidaire que se encontraba inundada por el hielo derretido, encontrando solamente unas pocas botellas de refrescos y restos de alimentos. Las alimañas habían invadido el local.

Tiempo después, Juan Díaz tomó posesión nuevamente de su local y comenzó, con ayuda de un albañil, a desmontar las estructuras de madera, las cuales tiraba inmisericorde a la calle. Todo fue rechinar de maderas semipodridas, el chirrear de clavos oxidados y el corretear de cucarachas y ratones. El aviso, fondo ocre con letras negras, donde se leía desafiante Bodega Guararé, corrió la misma suerte de los anaqueles.

Ya para finalizar su labor de dismantelar los restos de la bodega, después de remover de su sitio la Frigidaire se percató que en la blanca pared estaba toscamente dibujado con pintura negra un gigantesco número 7.

Ante tan inesperado hallazgo, el albañil se sobrecogió, Juan se asustó, y solo entonces se dieron cuenta de que la fecha del día en que estaban dismantelando la bodega era 7 de julio, justo un año después del robo a la bodega de Pablo.



## **Jesús, María y José**

Esta historia me la contó una noche hace muchos años, con lágrimas en los ojos, un exdevoto de la Sociedad Jesús, María y José. Óigase, pues, con el ejemplar silencio con que Dolores escuchaba la voz del Redentor en sus revelaciones.

### **La bienvenida de Pacheco y Francisco**

Ese año, el frío de Pacheco y el cordonazo de San Francisco se habían adelantado en su llegada. Desde la cima del Ávila bajaban espesas nubes premonitorias de intensas lluvias, de granizo y neblina. El día fijado para la procesión, el 3 de octubre de aquel año de gracia, se presentaba inusitadamente frío y gris. La noche anterior, gigantescos fognazos habían iluminado la noche caraqueña con centellazos que cruzaron el firmamento con su ensordecedor paso, desde el norte, en la frente de la mole orográfica del Ávila, hasta el sur, en las lánguidas serranías de la Cortada de El Guayabo. Los asustadizos moradores de Caracas y sus alrededores miraban con ansiedad y con pánico hacia la bóveda celeste de esa noche generosa de nubes y cicatera de estrellas. A intervalos irregulares, una raya sinuosa, fugaz, de luz intensa, aparecía

en el vago horizonte. Segundos después, un como estruendoso resonar de gigantescas rocas ignotas que rodaban, quebraban el silencio nocturno. En una de esas tantas veces desapareció el fluido eléctrico y la ciudad quedó en penumbras. Casas, edificios, árboles y gentes pasaron a ser siluetas que cada nuevo relámpago revelaba inquietas y nerviosas. En las casas, la gente corría presurosa, a tientas, a encender las velas y a cubrir con paños y sábanas los espejos. Las calles de la ciudad estaban desiertas, los patios de las casas se poblaron de cruces de palma bendita y un coro de voces elevadas al Santísimo pretendía detener al cataclismo, a través de el Trisagio, el Padre Nuestro y el Ave María, musitados por muchos labios impotentes. La gente se arrodillaba y extendía los brazos al Todopoderoso. A las diez en punto de esa noche cayó el cordonazo de San Francisco por los lados de Los Caobos, destruyendo árboles centenarios. El terror llegó al clímax. Sin embargo, los más viejos, aquellos que durante largos años habían presenciado el ritual estático-atmosférico, comprendieron que todo había pasado y con un “Gracias a Dios”, trataban de infundir ánimo a los demás.

Para el momento en que cayó el cordonazo, ya muchos participantes de la procesión del día siguiente, 3 de octubre, se encontraban en Caracas. Buses de oriente, de occidente y del centro del país, así como de los llanos y de los Andes, habían arribado ansiosos a la aterida ciudad. Algunos peregrinos habían alquilado buses para su traslado a Caracas, y en las puertas de las pensiones del centro de la ciudad se encontraban estacionados dichos vehículos, luego de un agotador viaje por las polvorientas carreteras del país. Se cuenta que también venía gente de las Antillas, de Colombia, hasta de México. Tal era el renombre que había adquirido Dolores, la Iluminada de Sarría. Muchos de los peregrinos, no acostumbrados a estos fenómenos naturales, vieron muy malos presagios en la bienvenida de rayos y centellas que les dio la naturaleza.

Pacheco castigaba con dureza a desprevenidos maracuchos y guayanese, quienes no habían tomado la precaución de traer abrigos. Esos forasteros, algunos devotos de Jesús, María y José, y otros folclóricamente curiosos de la Iluminada de Sarría, muchos esperanzados por un milagro, otros tantos agradecidos por favores recibidos, venían como todos los años a participar de la procesión que cada 3 de octubre tenía lugar en Sarría, organizada por la Sociedad Jesús, María y José y dirigida por Dolores. Esos forasteros, más los habitantes de otros barrios de Caracas,

especialmente de Sarría, sede de la Sociedad, formaban la abigarrada multitud de devotos o curiosos del ritual pagano-cristiano que entre rezos y cánticos recorría en romerías las pobretonas calles de El Cortijo de Sarría hasta Guaicaipuro, Santa Rosa, Maripérez, y viceversa.

Muchos de esos peregrinos hacían ingentes esfuerzos económicos y personales para estar presentes en ese acto, pero no todos eran pobres. Dolores Rengifo llegó a ejercer un sólido liderazgo y un gran poder de convocatoria. En el seno y en el entorno de la Sociedad Jesús, María y José convivían grupos muy plurales, tanto como todo en el país. Esa diversidad produjo continuos roces y conflictos por la contradicción de intereses que prevalecía en la conducción de la Sociedad. La misma ubicación geográfica de la Sociedad Jesús, María y José en un barrio pobre, al igual que la extracción social humilde de Dolores, trajo más inconvenientes en las relaciones entre los socios. Sin embargo, en esa procesión anual, como siempre, se daban la mano el pobre y el rico, el analfabeta y el letrado. Tampoco faltaba algún político o algún logrero, que, independientemente que fuera o no creyente, tratara de sacar algún provecho personal en aquella inmensa muchedumbre.

## La revelación

Fue un 3 de octubre, día que conmemoraba la primera revelación que con los años se convertiría en la fecha sagrada de aquella cofradía. Fue la noche, varios años atrás, en que Dolores escuchó una ínclita voz.

—Dolores, Dolores, escucha. Las nubes están oscuras, el agua dulce corre por los caños y las matas son más verdes.

Una sorprendida mujer, madura, de figura ascética, magra, morena y de ojos vivaces, miró a todos lados. La voz prosiguió:

—Dolores, soy yo, Jesús, no temas. Vengo a hablarte. Te he elegido para que le transmitas a tus semejantes que ha llegado la hora de la verdad. Recuerda, mi reino no es de este mundo. Di a tus hermanos, mis hijos, que por muchos años tú serás mi heraldo.

La voz del Redentor era una voz metálica, algo dulzona, que venía de todas las direcciones. Al mismo tiempo esa voz vibraba, como salida de un fonógrafo algo desafinado.

Ese 3 de octubre, Dolores no escuchó más esa voz. Para Dolores no era extraño oír voces, por eso no se asustó ni se sorprendió, aunque

esta vez sí se emocionó, porque no era de un mortal, sino de Jesús. En las tenidas espiritistas, Dolores había interpretado el diapasón de coros que semejan el ruido de las olas que se perciben al acercarse un caracol al oído, pero aquella voz era diferente. El timbre era de un español gramaticalmente impecable, pero con un vago acento de un inmigrante afrodescendiente de las islas del Caribe. A veces esa voz omitía la última vocal o sílaba de cada palabra para decir “mund”, en vez de mundo, “hermá”, en vez de hermanos. Le intrigaba la construcción parabólica de las ideas. ¿Cómo interpretar esa parte del discurso al referirse a las nubes oscuras, el agua dulce y al verdor de las matas?

Pero Dolores no comentó a nadie acerca de aquella revelación escuchada en la intimidad de su habitación, aquella noche del 3 de octubre, pero tampoco pudo conciliar el sueño, y la rutina de su vida se alteró totalmente.

Unos quince días después, en el mismo escenario y a la misma hora, Dolores tuvo su segunda revelación:

—Dolores, entiende: el alcohol es malo, el tabaco es peor. Lejos está mi muerte, pero muy cerca mi natividad. Di a tus hermanos que la Sagrada Familia vela por ellos...

Por unos segundos la frase se cortó, luego prosiguió más lenta, pero más imperiosa:

—Di a tus hermanos que recen todos los días tres padrenuestros y tres avemarías a las cinco de la mañana, para su salvación.

Ese mandato de rezar tres padrenuestros y tres avemarías a una hora tan desusada, se convirtió, a partir de allí, en el ritual de los creyentes del discurso de Dolores.

Dolores desde siempre fue una ferviente católica, de esas que no faltaba a su misa dominical, de comulgar los primeros viernes de cada mes y prender cada día una lamparita, trébol de corcho, mecha de sebo, nadando en una taza de aceite, a las doce en punto del mediodía, en ofrenda al Corazón de Jesús y a la Virgen del Carmen, musitando en silencio unas ininteligibles oraciones, moviendo casi imperceptiblemente sus labios, como en un trance. Dolores pertenecía a varias cofradías católicas en diversos sitios de Caracas. La Sociedad del Nazareno, en la parroquia San Juan, La Preciosísima Sangre, en El Recreo, y a otras. En todas destacaba por el fervor de su fe, su invocación constante al dogma de la Santísima Trinidad. Pero también profesaba una extraña

inclinación hacia el ocultismo, hacia los fenómenos esotéricos, hacia los arcanos. Leía mucho a Joaquín Trincado, su libro de cabecera. Por ello sabía de la temporalidad de la carne y de la eternidad del espíritu. Deploraba el hartazgo de muerte de una humanidad que se debatía para ese momento en la Segunda Guerra Mundial.

Otro día la voz reveló:

—Dolores, es hora de construir. La guerra es la peste del mundo. El que quiera salvarse, tiene que venir a mi seno. Ruega por los no creyentes porque de ellos será el fuego eterno...

Y la voz se apagó en medio de un chisporroteo de frases entrecortadas.

Dolores, a todas estas, a sabiendas de que Jesús se dirigía a ella, no sabía a ciencia cierta qué hacer. Hasta entonces varios meses después de aquel 3 de octubre, seguía sin compartir con nadie el secreto de esa comunicación con el altísimo, pero se le notaba inquieta, con unas profundas ojeras que delataban sus continuos insomnios. Las voces de sus familiares y amigos le sonaban huecas, demasiado terrenales. La cotidianidad le fastidiaba. Le irritaba tener que realizar las más elementales funciones fisiológicas. Ya estaba a punto de asumir posturas ascéticas.

## El milagro del pan

En esas profundas meditaciones se encontraba Dolores cuando ocurrió el milagro del pan. Por aburrimiento o meloso compromiso personal, fue a visitar a una familia en el sector Turmerito, parroquia El Valle. En la panadería Las Madrices, muy famosa en la época, compró un pan, delicada torta esponjosa de tostada, morena cobertura, para obsequiársela a sus anfitriones. La visita transcurrió aburrida, y ya para finalizar la tediosa velada, quisieron partir el pan obsequiado por Dolores, pero encontraron grabadas en su áspera superficie tres letras en alto relieve: JHS. ¡Esas letras no estaban en el pan cuando Dolores lo compró! Todos se extrañaron, menos Dolores, quien reclamó llevarse el pan de vuelta para su casa en Sarría. Pasados los meses y los años, ese pan permanecía incorruptible y tan fresco como el primer día. Esa noche, oyó de nuevo la voz:

—Dolores... (luego una frase ininteligible para ella)... de la gente, quiero que hagan el bien. Las olas rebasan el río, yo soy el alimento del alma, comienza tu obra...

La frase “comienza tu obra” y el milagro del pan, coincidentes en el tiempo, le hicieron comprender su destino de grandeza espiritual. Su reino no es de este mundo, es verdad, pero le preocupaba su propia condición humana, la debilidad de la carne, los pecados, las pasiones, pero también las grandezas humanas.

A los pocos días decidió comunicárselo todo a un Gran Maestro de la Comuna Universal, espiritista como ella, pero un hombre acaudalado, dueño de una empresa industrial del mueble. A su vez ese personaje se lo comunicó a otros cofrades y en unas pocas semanas muchos compartían ya el secreto, incluyendo a los familiares de Dolores. Pero no era cuestión de asumir una actitud contemplativa, había que darle organicidad a todo aquello, pero el carácter de la sociedad (místico, religioso, pagano, cristiano o espiritista), tendría que venir de una revelación de Jesús. Después vendría todo lo demás, es decir, la obra de los mortales: (objetivos, fines, recursos materiales) de esa entidad. Dolores creyó llegada esa revelación cuando a principios del mes de diciembre del año siguiente de aquel 3 de octubre, escuchó la voz más estentórea, más varonil, más imperativa que nunca:

—Tu barco navega en procelosos mares y los pescadores no alcanzan su alimento. No permitas la entrada de los mercaderes al templo. Reza tres padrenuestros y tres avemarías a las cinco de la mañana para la salvación de tus hermanos. La paz del mundo llegará cuando todos los hombres y mujeres se tomen de sus manos en un gran lazo universal, como hago yo con mi padre y mi madre.

Esa era la revelación: un templo desde donde dirigir sus oraciones al cielo, una sociedad fraternal como la Sagrada Familia Jesús, María y José.

## El templo

Un 12 de marzo se fundó la Sociedad Jesús, María y José, con el objetivo inmediato de construir un templo y practicar el bien social. El templo habría de construirse en Sarría, así que se procedió a adquirir un terreno cerca de la casa de Dolores, un terreno en pendiente al que hubo necesidad de darle forma de terraza, a fuerza de pico y pala,

para sacarle el mayor provecho. En la terraza superior, que daba hacia la Calle Real de El Cortijo, se construiría el templo, la capilla de Jesús, María y José. En la terraza intermedia, una estructura flexible que sirviera de sede de las dependencias administrativas de la Sociedad, y a la vez de casa de habitación. En el nivel inferior, que daba hacia la calle La Veguita, un local grande, a modo de galpón, el cual con el tiempo habría de servir de sede a la escuela primaria que fundaría la sociedad.

Fue la primera construcción sólida que se realizó en El Cortijo de Sarría. Desde el principio las obras despertaron la admiración de los vecinos del incipiente barrio, pero una terrible tarde del mes de julio se desató sobre Caracas, un fenómeno inusitado, una violenta tempestad con vientos huracanados. Por el aire volaban las planchas de zinc de las débiles viviendas. Los vecinos del barrio, aterrados por el meteorito, corrieron a refugiarse en la estructura de lo que habría de ser la capilla, que aún no tenía ni techo, ni piso cementado, pero allí todos se sintieron seguros. Y esa misma tarde, con la capilla a medio construir, se realizó el primer acto de fe de la liturgia cristiano-pagana de la Sociedad Jesús, María y José. Allí se rezaron muchos padrenuestros, muchas avemarías, allí se pidió misericordia al Señor. Al cesar el “ventarrón”, como de allí en adelante se conoció al fenómeno, para suerte de todos, sin causar daños personales, se marcó el hito histórico de ser el segundo milagro de Dolores como Elegida de Dios, después del milagro del pan.

La construcción de la capilla se aceleró cuando, a raíz del “ventarrón”, surgió en escena la señorita Picó, a quien le atribuían el poseer mucho dinero, dizque porque era dueña de muchas casas en El Guarataro y sus alrededores de la parroquia San Juan. Lo cierto fue que una mañana los vecinos vieron llegar a una solterona cincuentona, blanca, de nariz chata y facciones toscas, vestida de negro, con guantes, bien maquillada, tocada con un cursi sombrerito del mismo color del vestido, de espejuelos metálicos, pelo rubio enmarañado. Llegó la señorita Picó en una limosina color negro marca Citroën de un modelo viejísimo, que la acompañó por muchos años, siempre impecablemente limpio, a pesar del polvo y el lodo reinante en las calles del barrio. La señorita Picó, con un dinamismo inaudito, aportó su energía personal y el dinero necesario, y mucho antes de lo previsible estuvo construida la capilla de Jesús, María y José, mole gris que destacaba entre tanta pobreza reinante en el barrio. Su estructura de concreto y ladrillos de arcilla y

techo de sólida platabanda a dos aguas, fue frisada en fino granito bien acabado, rematada con vetas grises. En ambos extremos de la fachada se alzaba una cornisa, en una de las cuales algún día habría de estar la torre del campanario, la cual nunca se construyó, y, exactamente en el medio de ambos, otra cornisa rematada con una cruz de mármol.

El interior de la capilla, también frisada y pintada de gris, estaba cruzado por columnas muy bien moldeadas que dividían el templo en tres naves, la del centro, más amplia, y las dos laterales, rematados al fondo con un altar a todo lo ancho. Detrás del altar, un espacio destinado a la sacristía. El altar dominaba el ámbito de la capilla a modo de eminencia por la altura de cuatro escalones. A la altura del primer escalón una cerca de simétrica estructura de fino mármol blanco-grisáceo, del mismo color del altar. El piso de la capilla, de granito muy bien acabado, con unos flejes para evitar resquebrajaduras, también igual que todo el piso y todo el templo de color gris. La entrada principal de la capilla era muy ancha y alta, como para que penetrara suficiente cantidad de luz al interior. Se instalaron dos puertas de caoba pintadas de marrón oscuro, puertas que nunca se cerraron por mandato de la voz de Jesús que ordenó a Dolores no hacerlo, simbolizando tal vez la apertura del reino de los cielos.

Ese mandato se reflejó en un aguinaldo del Conjunto Jesús, María y José:

La capilla está abierta  
de noche y de día,  
rezaremos todos  
tres avemarías...

En cuanto al color gris predominante, casi monocromático, en la estructura de la capilla, tiene que ver con la primera revelación a Dolores, por su referencia a las nubes oscuras. Encima del altar, mucho más arriba del pan eternamente fresco, que reposa en una urna de cristal, se montó un cuadro de la Sagrada Familia, Jesús, María y José, pintado por una mano evidentemente poco hábil. Los personajes del cuadro, mofletudos y retacos, muy distintos de la imagen cinematográfica con que representan a los santos. Si el artista quiso reflejar bondad en los tres sujetos del cuadro, lo que irradia la escena en cambio es pura

cursilería. María tiene cara de circunstancia, y José refleja en su rostro una como infinita melancolía.

Otra noche escuchó Dolores la voz:

—Tus hermanos te quieren, pero tienes que ser la pastora de tanta oveja descarriada. En tu redil falta humildad. Tienes que leer y hacerles comprender las bienaventuranzas...

Dolores trataba de interpretar el mensaje de aquella otra revelación. De todas las bienaventuranzas, aquella del voto de pobreza, castidad y valores morales como la familia, el trabajo, la honestidad, es la que, a su juicio, debía enfatizar. En vista de ello, convocó a los miembros de la sociedad y les hizo saber que los más pudientes tenían que aportar más bienes materiales en beneficio de los pobres y en una exhortación que parecía más bien una orden marcial, hizo que se comenzara a trabajar en pro de los humildes. La señorita Picó se encargó de llevar adelante la parte social del proyecto, crear una escuela para una comunidad que carecía del más elemental centro de estudios, pero que además tuviera un comedor escolar para paliar el hambre y un ropero escolar para cubrir las desnudeces de esa infancia. Igualmente, un dispensario médico gratuito. En poco tiempo ese proyecto se volvió realidad. El voto de castidad sí fue mucho más difícil de implantarlo, sobre todo con los hombres. Algunos hacían chistes de mal gusto al respecto. Otros, sencillamente lo contradecían flagrantemente.

Personajes cardinales de la Sociedad Jesús, María y José y del servicio humanitario que prestaba, eran, por una parte, el médico, y por la otra, la señora que preparaba y se encargaba de acarrear el almuerzo para los niños de la escuela.

El dispensario médico gratuito y abierto para todos fue una verdadera bendición para la comunidad. El doctor Horacio Chacón Vargas era muy querido y apreciado por la multitud de pacientes que sentían en su profesionalismo de galeno integral un alivio para sus dolencias corporales y morales, hasta el punto de que en la pacata sociedad de la Caracas de entonces, el que, por ejemplo, una mujer se dejara ver y tocar sus senos y sus genitales por la mano y los ojos de un hombre, aunque esta fuera la mano y la mirada de la ciencia, era algo inusitado y ejemplar.

En cuanto al comedor escolar, una cosa muy curiosa era el ver cómo los objetos se van pareciendo a sus dueños. Tanto tiempo estuvo

la señora María transportando todos los días la gigantesca vianda desde la casa de Dolores, donde se preparaba la comida, hasta la sede del comedor escolar de la Sociedad Jesús, María y José, que el carrito donde ella acarreaba la comida copiaba el ondular cansino y sinuoso de sus piernas arqueadas por los años.

## La difusión de la fe

A partir también de esa revelación de las bienaventuranzas, la Sociedad emprendió una cruzada catequizadora para ganar prosélitos, o sea, esas ovejas descarriadas que le refería la voz en la misma revelación. Por las calles de Sarría y otros barrios de Caracas salió el voluntariado que se encargaría de atraer esas ovejas al redil de Jesús. Esos catequizadores, personas humildes, de pocas luces, salieron al encuentro de la gente sin biblias ni breviarios, solo con el don de la palabra, pero sea por la notoriedad que los medios de comunicación (prensa y radio para entonces) habían dado a Dolores, sea por la fe que desplegaban los devotos de la Sociedad Jesús, María y José, sea por el dinamismo que había sabido imprimirle a la cruzada la señorita Picó, o todos esos factores juntos, lo cierto fue que la adhesión popular al discurso de Dolores crecía a ojos vistas. Incluso, se incorporaron personalidades destacadas en el quehacer comercial, artístico, educativo, político y farandulero, y con todo ese liderazgo se generó una dinámica expansiva que trascendió el ámbito de Caracas para extenderse a casi todo el país, y aun al exterior.

Cuando hubo suficiente notoriedad como para que no pasara desapercibido a los factores sociales influyentes, entró a escena el clero, el cual, a través del arzobispo de Caracas y sus párrocos, comenzó a desatar una sistemática campaña de oposición a lo que ellos consideraban una herejía, una blasfemia, una secta pagana, una impostura, hasta hechicería llegó a decir un connotado sacerdote en su famoso sermón de las Siete Palabras del Viernes Santo en la basílica de Santa Teresa.

En este punto, Dolores llegó a dudar. Renegar de su sólida formación católica era punto menos que imposible. A raíz de todo ese movimiento, Dolores fue expulsada de las cofradías católicas a las que pertenecía, bajo la acusación de tener pacto con el diablo. En su homilía dominical, los sacerdotes asustaban con la excomunión a todos aquellos fieles que quisiera

tuvieran algún contacto con aquella secta. Especialmente virulentos fueron los salesianos, tal vez por la cercanía de la sede de esa congregación en Sarría, por el temor de que la Sociedad Jesús, María y José pudiera eventualmente restarles influencia y feligresía.

Dolores cayó en estado depresivo, era demasiada carga emocional sentirse rechazada por lo que hasta ese momento fueron sus camaradas de fe. Echar marcha atrás sería imposible, eso era defraudar a los millares de gentes que habían creído en ella y de paso cancelar una hermosa obra social de la que se beneficiaban una legión de desheredados de la fortuna.

Para entonces ya había concluido la Segunda Guerra Mundial. La humanidad sacaba el macabro balance de sus millones de muertos bajo los cañones y bombardeos, con la crueldad atómica de Hiroshima y el Holocausto en Europa. Pocas semanas antes del desenlace final, la voz le había anunciado:

—Desde aquí contemplo las angélicas jerarquías de un himno de paz. El río púrpura se ha vuelto glauco. El éter es ahora violeta y turquí. Las mieses florecerán abonadas con la miel de la bondad. Ya es tiempo de multitudes que verán más claro el horizonte, las tinieblas del mal perecerán. Los claveles florecen, pero son muy colorados.

Por coincidencia o lo que fuere, en esos días ocurrió el armisticio con Japón, que puso fin a la Segunda Guerra Mundial, y derrocaron al gobierno de Medina Angarita, hechos que Dolores interpretó como premonitorios a partir de esa nueva revelación.

## **La Iluminada de Sarría**

Con la irrupción del régimen político surgido del derrocamiento del presidente Medina, los nuevos gobernantes, con innegable aliento popular, promovieron actividades que encontrarían apoyo en la Sociedad Jesús, María y José, la cual prestó sus instalaciones para la campaña de alfabetización masiva y acelerada en los barrios caraqueños. Legiones de iletrados concurren al local de la escuelita en Sarría, a las clases impartidas por una juventud ávida y entusiasta. Todo era animación, música, teatro, excursiones todos los domingos a Los Castillitos, en la Puerta de Caracas. Hasta los más indiferentes se incorporaron a estas actividades. Solo eso le faltaba a la Sociedad Jesús,

María y José para sembrarse en el alma del pueblo, no importa que la actividad no fuera promovida por ellos, el caso es que mucha gente humilde se sintió identificada con ese proyecto. En ese movimiento artístico se revelaron los talentos musicales de quienes posteriormente constituyeron el conjunto de aguinaldos Jesús, María y José, famoso por muchos años en todo el país.

La audiencia de la Sociedad se hacía cada vez más numerosa, hasta constituir un movimiento de masas. Cada vez mayor número de devotos se acercaban a Dolores. La humilde casa de Dolores en Sarría se congestionaba de gente que esperaba el turno de entrevistarse con ella, para plantearle cualquier cosa. Fue entonces cuando comenzaron a atribuirle a Dolores poderes milagrosos y llamarla la Iluminada de Sarría, con facultades extrasensoriales, de curar enfermos, de adivinar el futuro, de resolver problemas morales, todo lo humano y lo divino. Su comunicación con Jesús le daba ese carácter mágico-religioso.

Las audiencias que al principio concedía Dolores eran muy largas, a veces sus entrevistas duraban más de una hora con cada devoto. El otro factor negativo era que la casa de Dolores, ubicada en Sarría, un barrio pobre y de muy difícil acceso, con calles intransitables, especialmente en la época lluviosa, carecía de alguna comodidad. Esto trajo como consecuencia, que el presidente de la Sociedad Jesús, María y José, antiguo burócrata del régimen gomecista, acostumbrado a atender las interminables antesalas de ministros, prefectos y jefes civiles, tuvo a bien ceder su casa en la urbanización El Conde, cerca del centro de Caracas, y organizar con meticulosidad burocrática, las entrevistas con Dolores.

La prioridad sería para la gente de cierta relevancia, ejemplo: artistas, profesionales, comerciantes, políticos. En segundo lugar, los pacientes de alguna enfermedad física o mental. Luego, la gente venida del interior del país, no importaba su condición social. En todos los casos, previa cita. Todos los aspirantes a hablar con Dolores debían tener claro que el tiempo de la entrevista debía ser corto, no más de 5 o 10 minutos. La casa de El Conde sí ofrecía las comodidades mínimas: de gran amplitud, con el discreto encanto de la clase media, agua potable, una recepción, café para los visitantes. Con todos estos factores, la lista de espera para entrevistarse con Dolores se haría ahora mucho más

larga. Para ese momento, la popularidad de Dolores, la Iluminada de Sarría, había permeado todos los estratos de la sociedad.

## **El pastor de almas**

Atraído quizás por la curiosidad, monseñor Francisco Castillo Méndez, un cura muy estudioso e inteligente, quien por sus ideas de avanzada, de hecho con propuestas adelantadas en varias décadas, que fueron razones más que suficientes para haber sido execrado por el clero caraqueño, fue en busca de Dolores. Entre esas propuestas del ejercicio de los ritos católicos, postulaba la eliminación del celibato sacerdotal y oficiar las misas en el idioma castellano. De una entrevista con Dolores en la casa de El Conde quedó sellado el compromiso que él sería el párroco de la capilla Jesús, María y José. Para sellar ese pacto, Dolores se aseguró de escuchar la voz de Jesús en una revelación:

—Pastor de almas, señor de las mercedes, una estrella brillará en el firmamento, las campanas llamarán a los fieles, mas no adoren al becerro de oro.

La escena estaba servida para la creación de una nueva parroquia cuyo ámbito geográfico paradójicamente abarcaba a toda la ciudad de Caracas, extraña parroquia en la que, aun con la hostilidad del clero, se realizaban todas las funciones inherentes a una parroquia eclesiástica, bautizos, confirmaciones, misas, matrimonios.

En su febril imaginación, monseñor Castillo Méndez propiciaba, además, la creación de una nueva Iglesia católica, no apostólica ni romana, sino americana y mestiza. Castillo Méndez sostenía que entre los libros apócrifos de la Biblia, existía uno que contenía la saga de un pueblo salvaje, pero moralmente puro, que a la llegada del hombre blanco fue pervertido, esclavizado, perseguido, sus dioses destruidos, sus templos incendiados, sus riquezas saqueadas. El cuerpo y la sangre de esos pueblos se llenaron de pestes y enfermedades terribles, contaminada por los invasores.

Esos libros apócrifos también dirían que una corriente moralizadora, purificadora, rescataría a la humanidad, comenzando por ese nuevo mundo, desde donde irradiaría una nueva Biblia, con un nuevo discurso. El Mesías volvería, pero volvería a ese nuevo mundo. Ya no sería en Galilea, sino en América, en Venezuela, reflexionaba Castillo

Méndez. El nuevo Vaticano residiría en Venezuela, habría vírgenes y santos criollos. Ese discurso se recogió en un famoso aguinaldo del Conjunto Jesús, María y José.

Si la Virgen fuera andina  
y San José de los llanos  
el niño Jesús sería  
un niño venezolano.

Castillo Méndez y la señorita Picó se entendieron muy bien desde el principio. Cuando Castillo Méndez le pidió acondicionar la capilla para adecuarla a la nueva función de sede parroquial, la señorita Picó encargó a un artista decorar el baptisterio con una escena del bautismo de Jesús en el Jordán. El resultado fue que en ese cuadro, Juan el Bautista y Jesús lucían excesivamente flacos y macilentos, con unas túnicas raídas, con los pies sumergidos en un Jordán de un extraño color azul por un lado y achocolatado por el otro. En esa pila bautismal se volvieron cristianos muchos niños, que pasarían a ser fieles de la parroquia, pero también muchos adultos, que aun cuando habían sido bautizados previamente, según el rito católico, querían mediante ese gesto, reafirmar su fe en Dolores y en la nueva Iglesia telúrica y mestiza, que proponía monseñor Castillo Méndez.

La misa dominical se celebraba a las nueve de la mañana. A falta de un campanario, se instaló una cuerda donde colgaba una campana con su badajo. El sacristán tiraba desde abajo a la cuerda, y la bronceína campana, al balancearse, dejaba escuchar el característico llamado a los fieles. Cuando sonaba la campana, se hacía sentir el ingenio de la gente de Sarría. Algunos vecinos se les antojaba su rítmica onomatopeya con un “*Carauta y pan pa'l sacristán...*”.

Cada domingo la capilla reventaba de fieles, no solo de vecinos de Sarría, sino de otras partes de Caracas, quienes agotaban rápidamente los pocos asientos disponibles, y muchos de ellos, impasiblemente, de pie, escuchaban durante dos horas o más, el acto litúrgico, discurrido en español, no en latín, ni aburrido como en las otras iglesias de Caracas. Además, esa misa tenía otros atractivos. La limosna u óbolo no se recogía en la misa, sino que cada quien, voluntariamente, se la

entregaba al sacristán. Posteriormente, Castillo Méndez administraba esas contribuciones y se las devolvía a la comunidad en obras sociales.

Castillo Méndez, en su afán revolucionario, cambió la liturgia y la parafernalia de las misas; por ejemplo, solamente ponerse de pie o sentarse, nunca arrodillarse, y asimismo, impartir la comunión antes del sermón u homilía, que era el momento que la gente esperaba con más ansiedad. El discurso de Castillo Méndez casi siempre se basaba en un hecho bíblico, pero no de la Biblia cristiana, sino de su propia Biblia. El hecho es que con frecuencia abordaba el hecho social mediante un lenguaje incendiario, tocando temas como la pobreza, el atropello a los derechos humanos, la corrupción política, la redención de los oprimidos. Pero Castillo Méndez, a sabiendas de que el país estaba bajo una dictadura militar, se cuidaba muy bien de disfrazar su explosivo discurso social con la cotidianidad, y lo hacía muy hábilmente. Solo la sabia intuición del subconsciente colectivo identificaba, por ejemplo, al padre borracho e irresponsable que castigaba y hambreada a sus hijos, con la actuación de la Junta Militar de entonces.

En medio de esos avatares, un imprudente episodio puso en apuros a la Sociedad Jesús, María y José, en ocasión de una actuación radial del conjunto de aguinaldos, en la cual su director se atrevió a difundir una inocente cuarteta a través de la emisora, por lo cual fue citado a la Seguridad Nacional, salvándose por poco de ir a dar a la cárcel. La frase que pinchó la sensible piel de la dictadura, conmueve por su sencillez:

Ondas Populares  
planta tu bandera  
y que todo el mundo  
diga lo que quiera.

Castillo Méndez ofició numerosos matrimonios, tanto de parejas que por años habían vivido en concubinato, como también de jóvenes parejas animosas, con amor de juventud. Entre ellos se recuerda, por el impacto que causó en Sarría, tal vez en toda Caracas, un matrimonio no consumado que tuvo lugar en la capilla Jesús, María y José, oficiada por Castillo Méndez. La novia, hija de una humilde y honorable familia del barrio; el novio, un joven de familia acomodada residente en la burguesa parroquia de La Pastora. Después de largos y costosos

preparativos se celebró la boda, pomposa y solemne. Una vez que los novios se hubieron marchado a su luna de miel, corrió el güisqui y la champaña, pero dos horas más tarde regresó la pareja nupcial, el novio hecho un energúmeno, la novia desecha en lágrimas ¡El novio venía a devolver la muchacha a su padre, porque no era doncella!

Al enterarse de este hecho bochornoso, al día siguiente, en ocasión de la misa dominical, Castillo Méndez montó en cólera. En su sermón, él, que no creía en la virginidad de María, desató una mordaz filípica acerca de la hipocresía y la falsa moral de la sociedad. Al escuchar esas palabras, muchas mujeres que lo escuchaban, bajarían la frente.

A raíz de este episodio se hicieron más tensas las relaciones entre Dolores y Castillo Méndez. En un momento dado, protagonizaron una fuerte discusión, donde, entre otras cosas Dolores le increpó debido a las quejas de algunos fieles, quienes se sentían ofendidos al ver revelado en público el secreto de la confesión. A su vez Castillo Méndez le hizo saber a Dolores su queja por el fanatismo de algunos devotos, en particular los casos del negro Martín y Carmen la Loca, quienes según Castillo Méndez, se encontraban enfermos mentalmente por sus posturas fanáticas ante el discurso de Dolores. Asimismo, le impactaba ver ciertas manifestaciones y conductas para él irregulares y sin sentido, de algunos miembros de la feligresía. Esa reunión entre ambos se cerró luego que abordaron otros asuntos de interés más inmediato, en particular la procesión que tendría lugar en los próximos días.

## La procesión

A resultas de esta agria discusión con Castillo Méndez, Dolores tuvo otra revelación. Esta vez no fue en horas de la noche, como de costumbre, sino a las tres de la tarde, hora presunta de la muerte de Jesús y en vísperas del 3 de octubre, fecha de la procesión anual.

—Los corceles donde cabalgaban los bárbaros arrastrarán las luces de mi reino. Una espesa sombra cubrirá tu rostro, Dolores. El lobo devorará las ovejas de mi redil y pronto vendrás a mi seno, pues el pastor emprenderá un viaje al Oriente eterno. Algunos fieles que toman tu palabra no te quieren bien. Siento que tu palabra desfallece porque a algunos les falta fe.

¡Una gélida ráfaga recorrió el espinazo de Dolores! Si no había escuchado mal, y esta vez la voz fue más parsimoniosa que nunca, le estaba anunciando su muerte inminente. Rompió a llorar con un amargo llanto que le llenaba de sal su garganta. Solo entonces le dio importancia a la grave enfermedad que padecía. Pero con entereza admirable, siguió adelante con los preparativos de la procesión, que ese año prometía ser más numerosa y más participativa que de costumbre. Sin embargo, no dijo ni una sola palabra a nadie de su malestar ni de la revelación.

La procesión comenzó a partir de la una de la tarde, amenizada por la banda musical de la Sociedad Jesús, María y José. Las calles de El Cortijo de Sarría estaban llenas de barro por el aguacero caído la noche anterior, y el día se presentaba de un gris plomizo. Para los traviosos muchachos del barrio de El Cortijo de Sarría aquella era una envidiable ocasión para divertirse. Jocosamente, se paraban frente a los músicos que tocaban los instrumentos de viento, chupando ruidosamente unos limones, lo cual estimulaba las glándulas salivares de los músicos, quienes tenían que dejar de tocar el instrumento para sacudir las boquillas repletas de saliva. Daba risa escuchar los valeses y las marchas interpretados a ratos con la ausencia de los indispensables trombones y bombardinos.

Al promediar la tarde, se escucharon las explosiones de los primeros petardos previos a la salida de los feligreses de la capilla, en medio de los cuales se destacaba el grupo que llevaba en andas, en una especie de parihuela, la imagen de Jesús, María y José. Castillo Méndez, tocado con su sobrepelliz de gala, atento al más mínimo detalle, se situó al frente de la procesión, impartiendo enérgicas órdenes.

Un coro de infinitas voces echó al vuelo las estrofas del himno de la Sociedad Jesús, María y José:

Quien desee paz y alegría  
 vida y salvación  
 a Jesús, María y José  
 busque con amor y fe.

El acompañamiento musical apenas se escuchaba, ahogado por las estruendosas voces espontáneas de miles de devotos. Los que intentaban

andar de rodillas por las ásperas calles de tierra, eran inmediatamente reconvenidos por Castillo Méndez, quien había prohibido tan absurda costumbre. Los que llevaban en andas la imagen de Jesús, María y José, marchaban y contramarchaban en un rítmico cuarto de tono. Los peregrinos que habían llegado el día anterior desde diversos lugares del interior del país, eran tal vez los más animosos, sobre todo los provincianos del Zulia y de oriente, a quienes se les veía en actitud curiosa, asombrados, como extraviados en aquel rincón de la ciudad. En general, la multitud seguía entonando con gran ardor y fe, una y otra vez, el himno de la Sociedad Jesús, María y José, y rezando una y otra vez los innumerables padrenuestros y avemarías, a lo largo de la procesión.

Ya había caído la noche cuando la multitud llegó a la esquina de El Paradero en Sarría, muy cerca de la sede de los salesianos. Los peregrinos ya habían encendido las velas, las cuales protegían con pantallas de papel para que la brisa no las apagara. El pacheco castigaba con más fuerza, pero la gente aguantaba impasible. Desde lejos, la trémula lumbré de los miles de candiles encendidos daba a la escena un acento de misterio.

De pronto, llegaron en tropel varias camionetas de la Seguridad Nacional. El mismo Pedro Estrada y el negro Sanz en persona dirigían el estúpido operativo de represión. El primero en ser detenido fue Castillo Méndez, quien a pesar de sus protestas fue llevado a empujones a una patrulla, luego cayeron presos otros directivos de la sociedad. La gente aterrorizada corría en todas direcciones. El áspero chasquido de las peinillas que golpeaban las carnes, también el llanto de ancianitas que pedían misericordia, se confundían con los pasos apresurados de los fieles que huían desfavoridos por las calles. Muchos cayeron al suelo y fueron pisoteados por quienes corrían con el terror reflejado en sus rostros. Algunos se arrodillaron con los brazos extendidos en actitud de pedir piedad a los esbirros, quienes sordos y ciegos a los ruegos de la gente, los seguían maltratando. El sedicente odio deformaba en forma grotesca los rostros de los chacales. El genio maléfico de Pedro Estrada, en cambio, observando todo aquello desde una prudente distancia, sonreía satisfecho.

Todo ese operativo de represión había sido cuidadosamente planificado. Días antes, una comisión de salesianos encabezada por un cura alemán fascista de apellido Henniger, director de la escuela Don

Bosco, había ido a intrigar al dictador acerca de una conspiración comunista de Castillo Méndez. Además, las altas esferas políticas de la dictadura recelaban acerca del movimiento de masas de la Sociedad Jesús, María y José.

Todo fue confusión esa noche. Se hicieron inútiles gestiones ante el dictador, de quien se dijo que estaba fuera de Caracas. Fue imposible localizar al ministro del Interior, “Bacinilla” Planchart, quien, a sabiendas de lo que iba a ocurrir, dio la orden de que no se le molestara mientras se emborrachaba en el Club Paraíso.

Hubo un intento de resistencia civil. Los que cargaban en andas la imagen de Jesús, María y José, la colocaron en el suelo y desnudaron sus pechos en abierto desafío a los esbirros de la Seguridad Nacional, quienes desconcertados, no se atrevieron a seguir propinando planazos a la gente. La procesión terminó raleada en número de fieles. Solo unos pocos peregrinos regresaron a la capilla. Así terminó aquella multitudinaria procesión, la última que organizó la Sociedad Jesús, María y José. De la cárcel de El Obispo, salió expulsado monseñor Castillo Méndez directo al exilio.

Días después, la directiva de la Sociedad Jesús, María y José, con admirable sentido de las realidades, se reunió de urgencia. Castillo Méndez fuera del país y Dolores gravemente enferma, eran demasiadas adversidades para aquella gente, pues se trataba de sus dos pilares fundamentales. Se acordó entonces continuar y profundizar la obra social. Se reforzó la presencia del Conjunto de aguinaldos Jesús, María y José, se destinaron mayores esfuerzos y recursos económicos a la escuela, al dispensario médico y al comedor escolar.

Con este rudo golpe a la sociedad, la salud de Dolores se resintió mucho más, y a los pocos meses falleció totalmente deprimida y aislada, pero absolutamente serena, tal vez porque justo una semana antes de morir, tuvo esta revelación del Redentor:

—Denuestos que ayer golpearon a la razón y a mi familia, hoy se irradian de luces hacia el horizonte. El véspero ha llegado para ti, Dolores. Acepta su destino manifiesto, pues tu obra se enrumba por otros caminos.

Dolores no oyó más nada esa noche, pues cayó en un trance y dos lágrimas copiosas rodaron por sus huesudas mejillas. Era el llamado del Redentor hacia su prometido reino que no es de este mundo.

Para perpetuar en la historia de Caracas y de todo el país la saga de Dolores Rengifo, la Iluminada de Sarría, el Conjunto de aguinaldos Jesús, María y José continuó brindando por años sus bellos villancicos con sabor criollo, en especial aquel que se compuso en homenaje póstumo a Dolores:

Era el tres de octubre noche grande y bella  
escuchó Dolores que hablaban con ella.

Era una voz dulce aquella que oía  
y se preguntaba quién la llamaría.

La voz del Redentor se apagó para siempre para los mortales devotos de la Sociedad Jesús, María y José. Donde quiera que esté ahora Dolores, esa voz le debe seguir recordando su obra inconclusa.

## De película

Mientras Pedro Infante cantaba la canción ranchera “El mil amores”, sobre el níveo tapiz de la pantalla del cine Miranda, los espectadores de la localidad patio miraban inquietos y maliciosos hacia el cielo, poniendo las palmas de las manos hacia arriba para percibir mejor la tenue llovizna que caía sobre el pueblo. Eran las ocho de la noche de un día jueves del mes de diciembre, humedecido por una garúa retardada en el tiempo, pues era de las últimas de una temporada particularmente seca. Nadie prestaba mucha atención a la película donde en aquel instante se desarrollaba una escena filmada en los acartonados estudios de Churubusco Azteca, S.A. de C.V., una escena de serenata a la luz de la luna, absolutamente artificial y fuera de contexto de la trama.

Los espectadores de la localidad patio, donde no había techo, proferían insistentemente la frase “lluvia, lluvia” con la malsana intención de aprovechar la confusión para colarse a la localidad preferencia. Roberto, el propietario del cine, lleno de natural suspicacia, se colocó estratégicamente en la puerta de acceso que comunica ambas localidades con las manos debajo de las axilas y el pecho erguido, en actitud amenazante, presto a persuadir a esos oportunistas, no se les ocurriera cometer tal abuso.

Esa noche no ocurrió nada en particular, es decir, no hubo, como otras veces, el trasiego masivo de una localidad a otra, por dos razones: la primera porque Roberto en tres ocasiones bajó presurosamente las escaleras desde la caseta de proyección para actuar de celoso cancerbero del orden de su negocio. La otra razón es que no llovió durante la proyección. Luego de terminada la función, después de las once de la noche, cuando ya las calles del pueblo estuvieron desiertas, entonces sí se desató el chubasco, primero con unos gruesos goterones que parecían un arpegio, en una atropellada carrera en sentido este-oeste, volviéndose enseguida una espesa catarata, desde las cargadas nubes hasta la tierra sedienta. Esa noche en Guatire la gente se acostó arrullada por el sensual placer que produce dormitarse mientras afuera se desatan las fuerzas ciegas de la naturaleza.

El cine Miranda de Guatire tuvo su sede en un local que originalmente fue el solar de una añeja casa colonial. Roberto Quiñones adquirió el inmueble, demolió las viejas estructuras dejando solo un cuadrangular espacio sin construir, de 20 metros de ancho por 50 de fondo. Luego hizo erigir la infraestructura del cine, una pared muy alta al frente, la cual se abría en una puerta que abarcaba casi todo lo ancho del terreno. Los primeros 10 metros de la estructura lo ocupaba el vestíbulo, con piso de cemento pulido, donde se construyó la taquilla, especie de jaula de concreto con una ventanilla protegida por tres cabillas transversales. Allí se vendían las entradas, un cartoncito color rojo para preferencia, a un costo de dos bolívares, y un cartoncito color amarillo para la localidad de patio a un costo de tres reales. A la izquierda de la taquilla, se ubicaba la escalera que daba acceso a la caseta de proyección.

Los 40 metros restantes de la estructura se dividían por igual en dos localidades, separadas por una cerca de tubos de un metro de alto. En la localidad preferencia se construyó una estructura techada con asbesto rojizo. En la localidad patio, el techo era... ¡el admirable cielo siempre azul de Guatire! Allí se construyeron unos bancos de concreto, sin espaldares, donde los espectadores se sentaban semiacurrucados para hacer menos penoso el cansancio que produce en la espalda el estar sentado sin reclinarsse durante los 100 minutos que de ordinario duraba la proyección de la película.

La capacidad del cine era suficiente para albergar hasta 300 espectadores, 150 para cada localidad, pero Roberto se conformaba si en la

única función diaria de lunes a viernes se vendían 300 bolívares, en las dos funciones de los sábados, a razón de 350 bolívares cada una, y en las tres de los domingos 400 bolívares cada una. La meta de Roberto era obtener por concepto de venta de boletos un ingreso entre doce y quince mil bolívares mensuales, suficientes para cubrir los gastos y obtener una utilidad que compensara el tremendo esfuerzo de trasladarse todos los días desde Caracas, sostener su disipado tren de vida en Guatire y además justificar ante su esposa, con dinero en mano, el hecho de tener un negocio tan lejos de su domicilio, descuidando de paso sus otros dos negocios en la capital.

Este bizarro diálogo se producía casi a diario entre Roberto y Francisco, el taquillero-aseador-vigilante y hombre de confianza de Roberto.

—Francisco, ¿cuánto se vendió hoy?

—Teciento bolivades, Dobeto.

—¿Repartiste la propaganda?

—Sí, Dobeto, tú sabe que yo siempre depato la totaanda.

Francisco sufría desde niño problemas de lenguaje. No era en verdad muy aventajado, pero sí muy laborioso, atento, honrado y sobre todo leal a Roberto. Francisco cuidaba incondicionalmente los intereses de Roberto. Nunca le faltó un centavo al entregar las cuentas de la venta en taquilla. Después que comenzaba la función, Francisco, por órdenes de Roberto, daba vueltas por el cine, silencioso como una sombra, atento a todo lo que aconteciera. Cuando las parejitas de jóvenes, en sus escauceos de besos y abrazos en la penumbra cómplice, pasaban a mayores atrevimientos, entonces la vista de gatopardo que poseía Francisco, en medio de la oscuridad, descubría los sospechosos movimientos de los enamorados, se acercaba hasta ellos y, con un carraspeo de su garganta, les hacía volver todo a su sitio. Las parejas, sudorosas, jadeantes y frustradas, tenían que simular una forzada normalidad.

—¡Francisco, pajúo! —murmuraba el atribulado amante.

Cuando no bastaba ni su cercana presencia ni los carraspeos de su garganta, entonces Francisco entonaba la canción mexicana “Volver, Volver”, en su media lengua gagareta.

—Este amod apasionado anda todo adbodotado...

Las manos volvían a su sitio, después de abotonar blusas, subir los cierres de las braguetas y abrochar cinturones.

En una oportunidad en que ni siquiera valió el expediente de la canción mexicana ni la curiosidad de los demás espectadores, entonces Francisco ordenó prender las luces. Los senos al aire de la joven provocaron fruición entre los hombres presentes y críticas, perplejidad y envidia en las mujeres.

Estas cosas sucedían porque Guatire carecía de sitios de diversión y de parques donde los jóvenes y los no tan jóvenes pudieran dar rienda suelta a sus amoríos. Roberto, consciente de ese hecho, de ninguna manera iba a permitir que su negocio se convirtiera, como él solía decir, “en un burdel”. Por ese tiempo, estaba en boga una cacería de brujas propiciada desde Caracas y apoyada por la prefectura de Guatire, para hostigar a las parejas de novios y amantes en los parques y otros espacios públicos.

Francisco, además, se encargaba de la limpieza y aseo del cine. Todos los días, al promediar la tarde, se le veía con una escoba y un balde en la mano, barriendo las conchas de maní, paqueticos vacíos de Ping-Pong, caramelos, Susy, cajitas de chiclets Adams, que el infantil Francisco se llevaba a la boca para producir un como desafinado ruido de clarinete. Luego, con los pantalones remangados hasta las rodillas y un garrafón de creolina, limpiaba los baños, que desde lejos emanaban un penetrante hedor amoniacal. A las cinco de la tarde el local estaba completamente listo para recibir a los espectadores.

La publicidad de las películas que se exhibían en el cine se hacía a través de carteleras colocadas en sitios estratégicos del pueblo, nada de prensa o radio, que no existían en Guatire. Alejandro, el otro empleado del cine, se encargaba de dibujar en cartulinas el nombre de la película y el nombre de los actores, acompañado de alguna frase efectista en alusión al contenido de la cinta:

“El Enmascarado de Plata viene por la revancha”.

“Vea cómo Susana perdona a Rogaciano el huapanguero”.

La cartelera de las Cuatro Esquinas, en especial, era muy esperada por los muchachos que se daban cita en ese sitio, el más concurrido del pueblo. No bien veían llegar a Alejandro y a Francisco, cuando se le acercaban curiosos. A Alejandro, que era muy hablachento, le buscaban conversación para que contara las incidencias de la película de la noche anterior, lo cual le parecía muy divertido.

—No me gustó cómo termina la película. Al carajo ese que mató al papá de la muchacha, al final no le hicieron nada.

—Alejando, cuéntales como se cayedon a coñazo en la cantina —terciaba Francisco.

A continuación, en una rutina que se repetía casi a diario, Alejandro contaba con lujo de detalles las escenas de cómo el héroe de la película se liaba a puñetazos con tres o cuatro bandidos y al final los vencía a todos.

Todo eso sucedía en un pueblo de amodorrada rutina como Guatire, donde nunca sucedía nada relevante, donde las películas mexicanas, de intención heroica y romántica, aun en medio de su ficción, la gente las relacionaba con su propia realidad. De Guatire podría decirse con razón: “Tan lejos de Dios y tan cerca de Caracas”, parodiando la tragedia mexicana descrita en una película que un día se exhibió en el cine. Los 40 kilómetros que lo separaban de Petare, que igual podían ser 40 leguas, a través de una estrecha y sinuosa carretera, bucólica y llena de recuerdos y leyendas, es el camino de la ciudad próspera y dinámica al burgo de reminiscencias históricas, pero detenido en el tiempo.

Después de pasar por Guarenas, la cinta de asfalto se deslizaba por un paisaje agreste. A la derecha, la serranía abrupta, rotunda. A la izquierda, el hilo de agua y el refrescante paisaje de la verde degradación que se percibía en la Cordillera de la Costa. Uno que otro rancho mostraba la presencia de niños terrosos y barrigones, mujeres harapientas y descalzas. Las recuas, astudizas, parsimoniosas y cojitranças, pinceaban un perfil deshumanizado en medio de las carencias materiales.

Guatire desde siempre tuvo vocación de villa destinada al descanso del viajero que iba y venía desde y hacia Barlovento. Más que asiento humano permanente, sería una ciudad dormitorio, constituyendo una como eterna provisionalidad. Por esa razón, una somnolienta comunidad de calles irregulares, torcidas y estrechas, como puestas al azar por ausencia de un urbanismo consciente, daba una breve bienvenida al viajero por una calle ancha que comunicaba con otra calle en forma de herradura, para tomar otra vez la carretera rumbo a Barlovento. Al norte, El Calvario, al sur Cantarrana; llenando el tremendo desnivel de estos dos polos, yacían unos cuantos cientos de casas de estructura chata, de adobe, tapia y tejas, pintadas con el caleidoscopio de un pueblo que no perdía su vaga esperanza de redención. Día tras día, la madrugada fresca y la tarde caliginosa, igual un miércoles que un

domingo, en esa quietud de las calmas tropicales. Guatire bostezaba su ancestral estancamiento.

A ese pueblo fue a dar Roberto Quiñones un día domingo en la tarde, tal vez para repetir su encuentro con una mulata de caderas firmes y senos erguidos que unas semanas antes le había despertado su lujuria, pero a quien, dado su avanzado estado de embriaguez, no había podido hacerle el amor.

Roberto no era hombre de medias tintas, mucho menos cuando se trataba de mujeres, así que ese día domingo se acercó solo en su Pontiac, no como la primera vez que había ido en compañía de tres camaradas de farra. Los vapores del alcohol de la primera visita le habían nublado la memoria para desandar sus pasos hasta dar con esa mulata que le prendió la chispa de la lujuria, y por esa razón, le dio por recorrer las calles del pueblo en busca de su Dulcinea. Observaba cada detalle, las casas alineadas, techos de tejas descoloridas, añosas puertas y ventanas de madera, los pequeños negocios, panaderías, bodegas, tiendas de mercancías secas, los inefables botiquines de mostradores altos y mesas esparcidas para las interminables tertulias de los borrachitos.

En uno de esos botiquines se detuvo Roberto para descansar y refrescarse con la media jarra de cerveza Caracas a la cual era tan adicto. Cuando se hubo servido el primer vaso, que vació de un solo sorbo, comenzó a entablar una conversación con los circunstantes.

—¿Conocen ustedes a Régulo Sánchez, a Efraín Ramírez, a Pedro Quintero? —se refería a sus compañeros de farra de la primera visita.

—Sí, los conocemos —dijo alguien, pero en seguida Roberto le notó en su rostro la mentira.

—¿Conocen ustedes a una negra que se llama... —se dio unos golpecitos en la frente, para significar la traición de su memoria... — con unas tetas grandotas... —y ponía las manos en su robusto pecho, para denotar volumen.

—Yo le puedo presentá a una negra buenota... ¿Le gustan las negras? ¿De onde es usted? —preguntó un mulato pensando más en cómo hacer para pedirle que le brindara un trago que en otra cosa.

—¿En este pueblo hay cine? —preguntó Roberto, cambiando la conversación.

—No, el que había lo quitaron —contestó el que despachaba detrás del mostrador.

Roberto miró impaciente hacia su reloj de oro, eran las 4 de la tarde. Sacó de su cartera un verde billete de 20 bolívares para pagar su consumo, luego hizo una seña como quien dibuja un redondel, para expresar que se tomara el vuelto y brindara cervezas a los parroquianos presentes. Salió a la calle, arrancó su Pontiac, que estaba estacionado medio cuerpo en la acera para no estorbar el paso de otros vehículos en la estrecha calle, y se marchó del lugar. Buscando el camino de regreso a Caracas se perdió en una callejuela, de la cual tuvo trabajosamente que retroceder unos 150 metros, pues sencillamente se había tragado la flecha. Cuando al fin se vio en la carretera, dio un suspiro de alivio y aceleró la marcha de su vehículo, para sumirse en sus hondos pensamientos.

No obstante, su frustración al no encontrar a la mulata, se olvidó de ella por el rato transcurrido después de pasar frente al bar El Tamarindo, en el camino a Guarenas y hacia La Urbina, lapso en el cual impulsivamente, como todo lo que hacía, decidió establecer una sala de cine en Guatire. Hombre con espíritu de aventura para los negocios y las faldas, su imaginación le presentó la oportunidad de zanjar la vieja disputa de su esposa con la amante que mantenía por los lados de Puente Hierro en Caracas.

Partir de la nada para instalar una sala de cine en Guatire no fue tarea fácil. Se valió de sus relaciones comerciales para una entrevista con el gobernador del estado, con el fin de conseguir un lote de terreno en Guatire y con 140 mil bolívares de capital compró un inmueble en la calle Miranda y acometió de inmediato los trabajos necesarios para hacer realidad ese proyecto.

El día sábado de la inauguración del flamante Cine Miranda, Roberto presentó un espectáculo de talento vivo, incluyendo un cantante traído de Caracas, un conjunto de música llanera, enmarcado y animado por Joaquín, recitador de poesía gaucha, de poesía negroide y de poesía romántica. La entrada, a un costo de 30 bolívares, se agotó rápidamente, fue todo un éxito artístico y económico. Para atender a ese espectáculo, se hizo presente, por primera y única vez en Guatire, la esposa de Roberto.

Todos estaban satisfechos, pues ya Guatire contaba con una sala de cine. Hasta entonces, la única real diversión de ese pueblo eran las esporádicas presentaciones de circos y los llamados caballitos, es decir

carruseles o tío vivos, espectáculos itinerantes que durante una semana o quince días hacían las delicias de sus aburridos pobladores, pero esa magia se desvanecía pronto, apenas al desmontar las carpas y los aparatos. Tras las huellas de los camiones que cargaban toda la utilería, solo quedaba el espacio vacío, la basura regada y la ilusión de unos niños que despedían con tristeza, quién sabe hasta cuándo, su mundo de sueños y fantasías. Por eso, a partir de su inauguración, el Cine Miranda comenzó a representar para los vecinos de Guatire, niños, adolescentes y adultos, por primera vez en su historia, a través del solaz y esparcimiento que brindarían las películas que allí se exhibirían, un motivo permanente para divertirse.

Roberto en particular también tenía motivos para sentirse muy optimista acerca del futuro de su negocio. Ya hacía planes para traer a Guatire el mismo espectáculo de calidad que tenían los habitantes de Caracas, al exhibir las películas de moda, en un escenario que igualara en lo posible las facilidades de los espectadores de la capital. Sin embargo, al principio, en verdad, el negocio económicamente marchaba por debajo de sus expectativas.

La pregunta de rigor a Francisco el taquillero:

—Francisco, ¿cuánto se vendió?

—Sesenta bodívades, Dobeto.

—Coño, ni pa' los cigarrillos.

Pero no por eso Roberto se desanimó. A continuación contrató a Joaquín, quien ya se había convertido en su hombre de confianza en Guatire, para que grabara en un equipo de difusión sonora, y difundirlo por el pueblo y sus alrededores mediante una camioneta, frases y consignas efectistas, bien construidas y de impacto publicitario.

—“Vea esta noche en el Cine Miranda, una película que le hará vibrar de emoción, una página de amor arrancada de la vida misma”.

A continuación mencionaba el nombre de la película y sus actores.

O esta otra:

—“Vea cómo un pueblo se hizo justicia por sí mismo. La Revolución mexicana, con Pancho Villa y Zapata. Acción, música, romance. Vaya con su familia esta noche al Cine Miranda y disfrute por tan solo dos bolívares, o tres reales, de una hermosa película que usted recordará toda su vida”.

Esa estrategia publicitaria, más otros ajustes que hizo en su negocio, produjeron de inmediato un efecto económico muy favorable; las ventas de boletos se multiplicaron.

Un eufórico Roberto invitó para celebrar su éxito a su amigo Joaquín. Después del décimo trago de ron, le hablaba tan de cerca a su amigo que le salpicaba la cara con su espesa saliva de beodo. Esa noche Roberto construyó en su imaginación un Cine Miranda similar a los mejores teatros de Caracas, el Lido, el Metropolitano o el Imperial. Más tarde, un Roberto con la libido exacerbada por el alcohol, propuso a Joaquín salir a buscar mujeres. Ya era de madrugada, así que el prudente Joaquín rechazó la invitación, pero le indicó una difusa dirección en Guatire donde encontraría una negra “bien buena”. Al despedirse, cada quien tomó su rumbo. Roberto acudiría a la cita indicada por Joaquín, donde permanecería hasta el amanecer. Esa noche comenzaría a vivir su vida tormentosa de negocios, alcohol y sexo con la que habría de escribir un escandaloso capítulo en la historia de la bohemia de Guatire.

Pasaban los meses y el impacto social que había causado la existencia del Cine Miranda en Guatire se hacía cada vez más patente. Por ese tiempo, el país presenció la caída de la dictadura militar que había estado gobernando en el país. Posteriormente, llegaría la democracia, trayendo consigo profundos cambios en el desenvolvimiento social y cultural de Guatire. Un despertar de nuevos horizontes se hacía sentir en el ánimo de la gente. El hecho de ser el nuevo Presidente de la República un personaje nativo de esa población, pudo haber contribuido a elevar la autoestima de sus pobladores. A través de líderes de la comunidad que se dedicaron a cultivar el potencial cultural de sus pobladores, se fundó el CEA, entidad promotora del rescate de sus tradiciones culturales y folklóricas. Además, se promovieron grupos musicales de danza, teatro, corales; todo un renacer de las tradiciones seculares de ese pueblo.

A su debido momento, el Club de Leones de la localidad promovió un reconocimiento público a Roberto, considerando que, a pesar del poco tiempo que tenía de existencia el Cine Miranda, había dado un gran aporte a la cultura y al entretenimiento del pueblo. Se le otorgó una hermosa placa de “Honor al Mérito”, un diploma y un traje de charro, para serle entregados en medio de un muy concurrido evento social, con abundancia de comidas y bebidas.

Esa noche un eufórico Roberto, vestido con su traje de charro, aupado por el consumo de bebidas alcohólicas, reveló un inédito talento histriónico, imitando a diversos artistas mexicanos, para él muy familiares a fuerza de verlos tantas veces en la pantalla del Cine Miranda. Se creía el *alter ego* de Jorge Negrete, Pedro Infante, Miguel Aceves Mejía. Su excelente imitación de Cantinflas, con sus gestos y expresiones, y su disfraz de “Siete Machos”, fue muy aplaudida por la numerosa concurrencia, que le hacía una ronda de admiración y jocosidad.

Siendo el centro del jolgorio de esa noche, monopolizaba la atención de los concurrentes al relatar de viva voz los intrínquilos de su negocio. Allí se comentó abiertamente, sin cortapisas, el proceder de Alejandro y Francisco en el manejo de la proyección de las películas, entre ellos, cómo a su conveniencia, robaban minutos enteros de película, cómo hacían para empatar las cintas de celuloide rotas o dañadas, cómo reaccionaba el público cuando se sentían afectados por esos procedimientos, mencionando la manida frase “suelta la botella”, o el “métele la teta” cuando un niño lloraba en plena función. También se comentó acerca de la conducta de Francisco ante las parejitas de enamorados en plena función, y cómo reaccionaban los empleados al sentir las protestas del público. Esa noche, la concurrencia no solo celebraba lo gracioso de la actuación de Roberto, también expresaban cuánta influencia había ejercido en sus vidas la existencia de esa sala de cine en Guatire.

Al día siguiente, después de esa noche de sarao y alcohol, Roberto debió reflexionar que a pesar de su éxito económico y social en Guatire, no obstante haberse ganado rápidamente la confianza de las fuerzas vivas, de políticos, del prefecto, de los comerciantes, del cura párroco, también de hermosas mujeres, a pesar de todo ello, todavía se encontraba insatisfecho, pues aún tenía una deuda de honor que saldar, casi tres años después de transcurridos los hechos de la primera vez que por obra de un azar lo habían hecho ir a parar al pueblo de Guatire.

No se le borraba de su mente la derrota sexual que había sufrido en su encuentro con una mulata, de quien desconocía su nombre. Durante todo ese tiempo, no perdía oportunidad de preguntar a todo el mundo, buscando alguna pista, algún indicio, para reencontrar a aquella mujer de carnes firmes, de recio pecho y anchos hombros. No podía olvidar el goce de haber acariciado aquellos senos, cómo los tocó bajo el corpiño. Cómo esa noche la mulata aceptó pasivamente sus caricias, pero

cuando en su manoseo los apretaba demasiado, ella lo tomaba fuertemente por su muñeca, y forcejeaba con él para sacar esa mano del interior de su blusa. Su insistencia al introducir su mano por entre la falda para acariciar aquellos muslos bronceados, que al tropezarse con el satén que cubría el sexo, la mulata los apretaba para aprisionar como pinzas, paralizando esa mano fisgona hasta adormecerla.

Al final de todos aquellos escauceos, más por cansancio que por deseo, la mulata lo retó a hacerle el amor, pero en ese preciso instante Roberto se vació en un vómito ácido, ruidoso, torrencial, que le inyectó de sangre las pupilas lacrimosas. Luego, al palparse su pene flácido, alicaído, y el sudor frío que le corría por todo el cuerpo, ambos comprendieron que por esa vez sería imposible consumir el acto erótico.

En esa impenitente búsqueda, una caliginosa tarde de domingo, fue a dar a la vecina población de Araira. Luego que su Pontiac absorbiera todo el polvo de la rústica carretera, después de pasar por la pronunciada curva del sector El Rodeo, de pronto, tuvo la visión de esa aldea, hundida en una cárcava, tal como si, en vez de un pueblo, una mano perversa hubiera construido una manga de coleo. A lo lejos, Roberto divisó en la calle principal una mulata vestida con una falda multicolor que se balanceaba un poco más abajo de sus rodillas y un pañuelo que le cubría su enmarañado pelo. Tal como la había imaginado, al fin había dado con Felicia, la mulata que le había robado tantas horas de sueño. Le tomó la mano tibia, le habló con su convincente voz de seductor, y en pocos días Roberto tenía instalada a Felicia como su concubina en una casa de Guatire.

De esa manera ponía fin a sus diarios viajes a Caracas, tan cansores y casi sin sentido, pero no por eso dejaría su vida bohemia en Guatire; al contrario, en la casa que compartía con Felicia, cada noche, al finalizar su trabajo en el cine, se daba cita con todos sus amigotes, bebiendo y cantando hasta la madrugada, de paso, molestando a su concubina con chistes de mal gusto y haciéndole preparar comidas, celebrando entre risotadas tantas humillaciones, como esa de abrir grotescamente su boca a todo lo ancho, inclinando su cuello hacia un costado, diciéndole a continuación:

—Un buche de agua, negra.

Felicia, pacientemente, tomaba la botella de licor y se la vaciaba en la boca, más allá de su capacidad, hasta empararle la camisa.

Con frecuencia se ponía a cantar canciones rancheras y a parodiar escenas de películas, con el acento mexicano mal imitado.

—¡Sírvame un tequila! —no importa que fuera cerveza o ron.

—¿Cómo está mi cuate? —y golpeaba fuertemente la espalda de algún compañero.

—¡Luego luego usted me quiere emborrachar! —acto seguido se empinaba un botella de licor.

Ya de madrugada, al marcharse todos sus compinches, entonces, como para borrar el malestar que le produjo aquel primer encuentro con Felicia, la emprendía sexualmente con ella, en cualquier sitio de la casa. Después de consumir brutalmente el acto sexual, se quedaba dormido, entre sonoros ronquidos, semidesnudo, con frecuencia vomitado.

Felicia se encontraba al borde de la desesperación, ya decidida a marcharse de la casa, pero un buen día comenzó a sentir en sus senos, en sus caderas, en sus muslos, la brasa de la mirada de Jesús Ignacio, uno de los compinches de Roberto, de los que casi a diario asistía a las francachelas en su casa. Un poco turbada, se alejaba hasta el fondo de la casa, pero hasta allá la perseguía esa mirada lujuriosa.

En un momento dado, comenzó Felicia a medir la diferencia de trato que recibía de ambas partes, el maltrato de Roberto versus la mirada inquisidora de Jesús Ignacio, sujeto callado, comedido, silencioso, como serpiente en acecho. La agresión sexual que le propinaba Roberto, en comparación con la promesa de sentirse legítimamente deseada y respetada. En ese contexto, no le sería difícil a Felicia acceder a los requerimientos del rival de su concubino.

Pocos días después, en su propia casa, comenzaron los encuentros sexuales entre Felicia y Jesús Ignacio. De allí en adelante, movida por la venganza, la mulata asumió su infidelidad, ese triángulo amoroso que le despertaba su curiosidad y el desafío a lo prohibido, para insuflarle el valor suficiente y recibir todas las noches a Jesús Ignacio en el lecho. Las citas clandestinas con el amante furtivo, que se trepaba por paredes y techos hasta el patio de la casa, luego la huida, justo a tiempo cuando el desprevenido Roberto oprimía el cerrojo para abrir la puerta de la vivienda.

Muy pronto, la intuitiva malicia de los vecinos burlaría la astucia de los amantes clandestinos. Sencillamente, miles de ojos, oídos y lenguas viperinas los hicieron objeto del chisme y la maledicencia,

que comenzó a permear todos los estratos de la sociedad. Al final, lo de siempre; todo el mundo, menos el agraviado, estaba al tanto de esa infidencia.

Como era también de esperarse, algunos indicios llegarían a oídos de Roberto, a través de mensajes expresos y subliminales, a través de frases cargadas de ironía y evidencias encontradas en su casa y en su negocio. La venenosa expresión escuchada por boca de uno de sus compinches, lo puso más en alerta:

—¡Los cachos matan!

Igualmente, encontrar aguacates en la capota de su vehículo, pero sobre todo la actitud fría y esquiva de Felicia, lo acercaron más al borde de su suspicacia y de la decisión de salir en busca de lo que ya para ese momento tenía tantos elementos de certeza. Comenzó a rondar su vivienda a cualquier hora del día, pero siempre encontraba a Felicia entregada a sus quehaceres domésticos. Inventaba toda clase de coartadas, aun muy consciente de lo difícil que resultaría encontrar a alguien que le diera el detalle clave para corroborar lo que consideraba inminente. Sin embargo, después de agotar su astucia de todas las formas inimaginables, una tarde, la cochina verdad salió a relucir por boca de Francisco:

—¡Jesús Inacio, cuando tú pasa la película!

La mente de Roberto se nubló, sus piernas flaquearon, presa del demonio de los celos. No tuvo en ese momento más pensamientos que El Barbarazo y el cursi boleterito de Orlando Contreras, muy de moda para ese momento:

Un amigo mío  
a la que yo un día llevé hasta el altar,  
un amigo mío, en mi propia casa...

A partir de ese momento, esbozó un plan para lavar su honor. Fue a Caracas a buscar su revólver y a vigilar muy de cerca los pasos de Jesús Ignacio y Felicia. A toda hora pasaban por su mente las escenas de películas mexicanas donde veía reflejado su drama. Un día sábado no aguantó más y se decidió a acabar con su tormento.

Desde horas del mediodía comenzó a consumir una botella de anís, en traguitos cortos, intermitentes, que castigaban su lengua. Para la hora que comenzó la segunda función del Cine Miranda, ya su

organismo había absorbido altas dosis de alcohol, que, sin llegar a emborracharlo, lo proveyó, sin embargo, del valor necesario para atreverse a todo.

En un momento dado le dijo a Alejandro que se ocupara, en su ausencia, de la proyección de la película, que muy pronto regresaría. Se expresó con una voz tan trémula, tan hosca, que el empleado intuyó sus intenciones, pero no le dijo ni media palabra. Salió del cine con pasos apresurados, palpándose con su mano izquierda el revólver oculto en su bolsillo, y arrancó el Pontiac hacia el encuentro con su drama. Dejó estacionado el vehículo como a 100 metros de la casa, cruzó La Cañada de los Perros, esa noche de plenilunio en que la jauría aullaba con gran fuerza. Sigiloso, abrió la puerta principal y en puntillas llegó a la habitación, que en ese momento se encontraba con la puerta entreabierta. En efecto, allí en la cama, estaban los dos tortolitos, desnudos y exhaustos, ella boca abajo, con su voluminoso trasero al aire.

Roberto quedó paralizado como la Momia Azteca de la película mexicana. Su primer impulso fue dispararles para ahogar en sangre su honor mancillado, pero prefirió, con el hilo de voz que brotó de su anudada garganta, gritarles la orden imperiosa:

—¡Se me paran de ahí y se me van pa'l carajo!

La aterrorizada pareja obedeció instantáneamente, pero cuando pretendieron ponerse sus ropas, recibieron esta vez otra orden terminante del indignado Roberto:

—¡No, se me van así, desnudos en pelota, para que los perros les muerdan el culo!

Ambos salieron a la calle ante la mirada curiosa de los vecinos. El concierto perruno subió de tono, mientras la bronceína escultura del voluptuoso cuerpo de Felicia despedazó en las mil partículas de su transpiración la ceferina noche lunar.

## Pisicorre

Caracas buscaba ansiosa su identidad urbana dentro de un perfil humano que no terminaba de comprender su trascendencia de aldea a ciudad. El fresco valle de Caracas situaba sus últimas estribaciones hacia el naciente, en los alrededores de la estación del Ferrocarril Central, por los lados del barrio Santa Rosa, razón por la cual a la franja de terreno apenas despejada de maleza donde se practicaba el mejor béisbol de entonces, se le llamó popularmente el Stand del Este, ubicado muy cerca de esa estación ferroviaria, en realidad un modesto estadio para la práctica del que ya por los años 30 se había convertido en el deporte o pasatiempo preferido de los caraqueños. En las tribunas de madera y techo de zinc, construidas en semicírculo desde el *home* hasta la primera base por la derecha, y hasta la tercera base por la izquierda, cabrían unos mil quinientos espectadores, quienes en los juegos dominicales, especialmente entre las divisiones Royal Criollos y el Magallanes, desataban su furia beisbolera, presenciando las incidencias de ese evento deportivo.

Más tarde, el dinamismo urbano, lento pero seguro, demolió esas instalaciones para convertirlo en la sede de una subestación de distribución eléctrica de la Compañía Electricidad de Caracas, dejando

sepultado para siempre el viejo estadio, pero no la pasión y la nostalgia de quienes unieron como una simbiosis existencial su vida con el béisbol. Aunque la picota del progreso determinó el destino inexorable del Stand del Este, la historia del béisbol en Caracas quedaría en ese rincón de la ciudad indeleblemente grabada en la mente de sus fanáticos.

Entre aquellos tantos fanáticos que no faltaban a un juego dominical en el Stand del Este, que sufrían y gozaban alternativamente, hasta la última víscera, las derrotas y triunfos del Royal Criollos, estaba Armando Lozada, “Armandito”, para todo aquel que lo viera introvertido, silencioso, nervioso, con su rostro hundido entre sus manos trémulas por la tensión del juego; para todo aquel que lo viera ponerse de pie y oscilar sus brazos hacia arriba y hacia abajo con sus manos apuñadas y gritar hasta quedar afónico los triunfos de su equipo; pero también para todo aquel que lo viera deprimido, hosco y silencioso, cuando perdía el Royal Criollos, su equipo preferido.

A Armandito la vida le tendría reservado un sitio destacado dentro de la práctica deportiva, tal vez por eso nunca le atrajo la escuela, de la cual, después de muchos esfuerzos de su padre, pudo apenas pasar del primer grado de instrucción primaria. Ese desinterés le hacía pasar el tiempo en el salón de clases, pensativo, ensimismado, dibujando en su mente jugadas de béisbol, como ausente, con la mirada perdida en el vacío, mientras que sus maestros, en primer lugar la señorita Manuela y luego el bachiller Cubillán, explicaban las elementales lecciones de escritura, lectura y aritmética. Ni la palmeta de Manuela ni los sacudones en el brazo que le daba el bachiller Cubillán lo sacaban de su abstracción. Todos los esfuerzos resultaron inútiles; por esa razón, un buen día, el director de la Escuela José Martí de Maripérez, decretó la expulsión del zagaletón Armandito, de 14 años, quien ya apuntaba la complexión atlética del pelotero en que habría de convertirse años más tarde. El motivo de su expulsión: bajo rendimiento escolar y la inconveniencia de seguir estudiando junto a niños de 7 u 8 años, él con demasiada edad, estatura y experiencia.

Fue entonces cuando Armandito, ya libre de la obligación formal de asistir a la escuela, con la cual nunca se sintió identificado, inició la búsqueda ciega de su espacio vital. No encontrando más alternativas, se dedicó a la vagancia, porque, no obstante, los regaños de su padre, tampoco le dio la gana de buscar algún empleo. Simplemente

se levantaba muy tarde en la mañana, se iba en ayunas desde su casa en el cercano barrio de Sarría hasta el Stand del Este, cuyas puertas encontraba cerradas. Procedía entonces a treparse a las tribunas a través de la cerca de alambre, para sentarse íngrimo y solo en la tribuna izquierda, aquella donde solían hacerlo cada domingo los fanáticos del Royal Criollos, cuando realmente se celebraban los juegos, y desde allí, sin más compañía que su pensamiento, reconstruir en su febril imaginación un candente partido de béisbol. La fantasía lo llevaba a ver a un lanzador alto, flaco, de brazos huesudos, cómo lanzaba un proyectil blanco hacia donde un hombre obeso, el bateador, semicurvado al tomar impulso para el batazo, esgrimiendo un trozo de madera esmeradamente torneado y pulido, esperaba golpear el blanco proyectil y lanzarlo después del violento choque con el bate hacia donde la fuerza, la habilidad y el azar pudiera enviarlo.

La vista de Armandito se dirigía especialmente hacia el extremo izquierdo del terreno, el sitio más remoto del estadio, donde alguien previsivamente había sembrado muchos años antes un árbol de ceiba, de curiosa figura feminoide, que a la distancia semejaba un cimbreante cuerpo de mujer, con delgada cintura y voluptuosas caderas, semejante a esas coristas francesas que Armandito había contemplado en los amarillentos carteles del Hotel Majestic, una tarde en que desertó del colegio para ir a pie hasta el centro de Caracas. La distancia del *home* hasta esa ceiba debía ser más o menos unos 550 pies, donde solamente hombres con la fuerza de Babe Ruth o Joshua Gibson, sus ídolos de siempre, serían capaces de alcanzarla con sus batazos.

Armandito reconstruía en medio de su soledad los fildeos de Marianito Bordón, “El ángel de los bosques” atrapando con seguridad los batazos del equipo contrario, en las cercanías de la escultural ceiba. También reconstruía las jugadas de César Nieves, “la escoba criolla”, quien no dejaba pasar un solo batazo por sus predios, al “diablo” Escalona, con sus relampagueantes dobles matanzas, y al seguro Nieves Rendón, con sus estirones en primera base, para robarle varios metros al corredor contrario. Pero la mayor atracción la ejercían para él los lanzadores, especialmente si además eran buenos bateadores, tal como Balbino Inojosa y Vidal López. Lanzadores relevistas como Plácido Delgado también gozaban de sus simpatías. Entre los jugadores extranjeros admiraba especialmente a “Cocaína” García, aquel

negrazo cubano que debutó en Venezuela propinando un juego sin *hits* ni carreras al equipo contrario.

De esa manera transcurrían para Armandito tantas horas de su rutina diaria, hasta que las primeras sombras del crepúsculo caraqueño y el reclamo de su estómago vacío por tantas horas de abstinencia alimentaria le hicieran volver a su cruda realidad. Al regreso a su casa, su padre, el viejo Isaías, en medio de su desesperación, lo golpeaba inmisericordemente con una gruesa correa de chivo sin curtir. Pero a Armandito parecían no dolerle esos cuerazos, pues su pasión beisbolera compensaba con creces los moretones en su cuerpo y en su espíritu.

El tiempo pasaba, y cuando la cosecha de adolescentes fue creciendo en el barrio de Sarría, entonces ya Armandito no estuvo solo en el Stand del Este, pues numerosos muchachos desocupados como él lo acompañaban, y entonces, en forma espontánea, comenzaron a formarse grupos en número de diez, veinte, y aún más, para jugar, de lunes a sábado, ruidosas caimaneras, manifestación voluntarista de esa juventud que drenaba en ese espacio sus energías juveniles.

El día que la empresa la Electricidad de Caracas decidió demoler el Stand del Este, hubo, por parte de los aficionados, lágrimas, tristeza y nostalgia, pero la pasión beisbolera de esos jóvenes siguió intacta, simplemente ahora se trasladaban a otro espacio abierto, situado en las cercanías, en este caso, un inmenso lote de terreno baldío ubicado justo en medio del barrio El Cortijo de Sarría, destinado hasta ese momento a servir de servidumbre de paso de los habitantes de ese sector.

Por ese tiempo, en plena Segunda Guerra Mundial, el ombligo del béisbol en Caracas se trasladó al estadio Cerveza Caracas, situado en San Agustín del Sur, coincidiendo con la apoteosis popular del triunfo de la representación criolla en la IV Serie Mundial de Béisbol Aficionado en La Habana, verdadera explosión de júbilo en todos los estratos de la sociedad venezolana, lo cual terminó de consolidar ese pasatiempo como el deporte nacional. Todo era entusiasmo y felicidad en el país, los flamantes campeones mundiales, con Daniel "Chino" Canónico a la cabeza, adquirieron la categoría de héroes. Como tal fueron recibidos por una entusiasta multitud al descender del barco que los condujo hasta los muelles del puerto de La Guaira, donde fueron recibidos en hombros y desde donde fueron llevados en caravana por la vieja carretera hasta Caracas. Allí fueron recibidos en persona

por el propio Presidente de la República, quien presidió la ceremonia en la cual se les declaró hijos ilustres de la patria.

En ese contexto social y deportivo, Armandito y sus compañeros se daban cita cada día en ese lote de terreno del barrio El Cortijo para realizar sus caimaneras. Muy pronto, debido a su entusiasmo y condiciones atléticas, se hizo del liderazgo indiscutido de ese movimiento de espontáneos. Los partidos entre los miembros de ese grupo, pero también con mucha frecuencia en intercambio con los jóvenes del barrio vecino, el Tiro al Blanco, se hicieron rutinarias. Previo a ese intercambio deportivo, los vecinos de ambas barriadas, en las ocasiones en que se veían las caras, formaban grescas que terminaban en violentas riñas, con puñetazos, pedradas y botellazos. Ahora los unía la camaradería del deporte.

Además de Armandito, muy por encima en calidad al resto de sus compañeros, comenzaron a destacarse en el bando de Sarría los primeros peloteros, jugadores que posteriormente conformarían el club representativo del barrio. Armandito se decidió por convertirse en lanzador, pues condiciones naturales le sobraban: estatura, buen brazo, ágiles movimientos para virarse hacia las almohadillas, pero también estaba dotado de poder al bate. Para un mejor dominio de sus lanzamientos, aprendió en forma autodidacta a lanzar curvas, observando detenidamente en especial al *pitcher* Emilio Silva, cuando concurría como un aficionado más a los juegos de béisbol organizado que tenían lugar en el estadio Cerveza Caracas. Desde las tribunas, se fijaba cómo el zurdito agarraba la bola, la rotación de su brazo y su mano izquierda, luego el impulso de su cuerpo. Con mucha constancia y disciplina practicaba horas enteras hasta que finalmente aprendió a lanzarlas, convirtiéndose en un verdadero as entre sus compañeros, al servirles los esquivos lanzamientos que, al hacer verdaderas cabriolas en el aire, desconcertaban a los bateadores contrarios.

Los juegos se celebraban en medio de increíbles limitaciones; sobraba el entusiasmo, pero faltaban los medios materiales. Las partidas comenzaban todos los días, de lunes a domingo, a partir de las diez de la mañana, y solo eran interrumpidas por la oscuridad crepuscular de las seis de la tarde, los fuertes aguaceros en Caracas durante los meses de mayo a noviembre, o cuando la pelota se perdía en el monte circundante. Nada de uniformes ni calzado adecuado para la práctica

deportiva, ni siquiera guantes, ni bates, pues cada quien tenía que procurárselos. Las pelotas eran cuidadas como un tesoro, quien poseyera alguna, se convertía en dueño del juego. Los bates se fabricaban a partir de trozos de madera más o menos torneados a fuerza de cepillo y lija.

Debido a esas limitaciones, las reglas del juego se simplificaron. No se cantaban bolas ni *strikes*, ni se permitía el robo de bases, ni el bateo y corrido ni el pisorcorre. Tampoco se permitía lanzar curvas, pues los bateadores se quejaban, alegando que se trataba de lanzamientos “enjoyados”. No se llevaban estadísticas, no había *umpires*, ni rayas de demarcación para *fair* y *foul*. Para cantar las jugadas *out* o *safe*, solo se apelaba a la buena fe de los jugadores.

La dinámica social que se daba en ocasión de las rutinarias caimaneras en el inmenso lote de terreno en medio del barrio El Cortijo, trajo consigo el efecto colateral y simultáneo de otros grupos que también lo utilizaban, pero con otros fines. Jugadores de bolas criollas, de dominó, de barajas y otros juegos de envite y azar, se agrupaban en diversos sitios para llevar a cabo esas otras actividades. También, como secuela inevitable, comenzó a operar la economía informal, a través de vendedores de alimentos, dulces y golosinas criollas, tal como lo hacían Jaime el chichero, Alfredo el raspadero, Rafael el dulcero; pero asimismo, bebidas alcohólicas, en este caso cerveza y hasta tragos de ron.

Fue en esa circunstancia, sin duda producto de varios años sin ocupación definida, en medio de su consuetudinaria ociosidad, cuando Armandito comenzó su alocada carrera hacia la adquisición de vicios como el alcohol y el tabaco. Desperdiciaba su innegable talento social y la admiración que mucha gente de su entorno sentía hacia sus habilidades deportivas, para lograr consumir de gratis bebidas alcohólicas. Se hizo cliente cotidiano de bares y taguaras, de manera especial en “La Batería”, situado en la esquina de La Libertad del barrio Sarría, negocio especializado en la preparación y venta de toda clase de licores criollos preparados a base de aguardiente ligado con berro, anís, naranja, ciruelas pasas, pero igual consumía cerveza, ron, cocuy. Para ese menester, siendo un desocupado, le sobraba el tiempo; con frecuencia se iba a dormir en la alta madrugada en medio de una extrema intoxicación etílica.

En un momento dado, sobre todo los sábados y domingos, verdaderas multitudes de jugadores y curiosos eran atraídas y se agolpaban

alrededor de los jugadores, tanto de béisbol como los mal entretenidos, en un contexto donde se acababa de aprobar la Ley de Vagos y Maleantes; por lo tanto, todo ello se consideraba como un delito, y como tal era perseguido por la policía. La sola presencia de las autoridades era seguida de veloces estampidas de los presentes. Para evadirlas, el ingenio criollo inventó un código de protección ante la persecución policial, comenzando a utilizarse claves, o santo y seña, a través de palabras como Pisicorre, cuya sola mención bastaba para huir en desbandada por los numerosos vericuetos que accedían al lote de terreno. Esta expresión se haría después muy emblemática en el discurrir cotidiano del barrio.

Como era de esperarse, de esa dinámica llegarían a ocuparse, para bien y para mal, los medios de comunicación. Debido a las quejas de los vecinos, pero también de algún periodista acucioso a quien pudiera interesarle la actividad deportiva, con frecuencia todo ese devenir era reseñado por la radio y por los medios impresos. Mientras algunos periodistas, como el popular AVJ, le veía algún futuro a ese movimiento, otros como Temístocles Meleán, (a) “Temis Mele”, los fustigaba con mucho sarcasmo en su programa radial. Por otra parte, los locutores del popular noticiero “Panorama Universal”, exclamaban a dúo: “¡Qué belleza de trabajadores!”, refiriéndose a los desocupados que participaban en las actividades prohibidas por las autoridades.

En un momento dado, sobre todo a raíz del triunfo venezolano en la Serie Mundial de Béisbol, se consideró que estaban maduras las condiciones para organizar todo aquel movimiento, que hasta ese momento era espontáneo, en todos los ámbitos de Caracas, a instancias tal vez de algunos cazatalentos pertenecientes a la Liga Interobrera, o tal vez de la Liga de Béisbol Aficionado de Primera División. El hecho es que para esa misión, en el caso específico de Sarría, fue designado “Patechacho” Rodríguez, expelotero de cierto renombre, quien siempre se caracterizó por su dinamismo, habilidad organizativa, y sus amplios conocimientos de ese deporte.

Su primera tarea fue convocar a sucesivas reuniones y prácticas sobre el terreno, donde se fueron definiendo los talentos. Entre Armandito, quien durante tanto tiempo había aguardado por ese momento, y Patechacho, se estableció una estrecha corriente de afecto y colaboración. Con febril actividad se iniciaron las prácticas, durante

las cuales el dirigente se admiraba al ver cómo un joven que apenas rozaba el analfabetismo, pudiera conocer de manera intuitiva las reglas del béisbol, aquellas que ignoraban incluso muchos jugadores profesionales.

En dos meses estuvo formado el equipo representativo del barrio Sarría. Juan Pampiro, regordete y colorado, primera base. Vinicio Gámez, segunda base. Su hermano, apodado “el Nene”, tercera base. Campo corto, “el Chingo” Tovar, a quien también por el tamaño de sus fosas nasales lo apodaban “Nariz de cañón”. Jardineros: “el Mono” Rubén, “Comemango” y “Carecaballo”. Como receptor fue colocado “el Negro” Ibarra, importado de la parroquia San José. El cuerpo de lanzadores estaba conformado por Armandito, “Camagüey” y Yoly Castillo. Suplentes: “Fu Manchú”, Rubén Quintana y “Martillito”. *Manager*, por supuesto “Patecacho” Rodríguez.

El nombre del equipo, supuesto a ser Piscicorre, al principio parecía no gustarle a Patecacho, pero se rindió ante la evidencia de que era el nombre de batalla de todo un movimiento beisbolero, nacido al calor de la dinámica social del barrio El Cortijo. Además, reflexionaba sobre el hecho de tener el nombre de una jugada emblemática de ese deporte. Poco tiempo después, a costa del patrocinio de algunas empresas industriales de Caracas, el equipo fue dotado de un vistoso uniforme gris plomizo con letras cursivas rojas en el pecho y una flamante P en la gorra, también de color rojo. Además, hubo recursos para adquirir los útiles necesarios para la práctica del deporte; calzado, guantes, mascotas, peto, careta, chingalas, bates y pelotas. ¡Al fin el sueño de Armandito parecía hacerse realidad!

Antes de iniciar la primera práctica de picheo, bateo y fildeo con todos los jugadores uniformados, Patecacho lanzó una perorata acerca del simbolismo, el orgullo y el cuidado al usar el uniforme del equipo, el cual debía estar siempre impecablemente limpio. Sin embargo, después de dos horas de trajinar por el campo, los uniformes recién estrenados se encontraban completamente empapados en sudor, llenos de un polvo rojizo, las gorras deshechas, y en el ambiente se respiraba un penetrante olor de aromas axilares. A continuación, los deshidratados jugadores salieron desesperados a consumir algún líquido, refresco o raspado, y en el caso de Armandito, dos medias jarras bien frías, consumidas con desafortada ansiedad.

Después de concluida la práctica, un personaje nativo de Curiepe, a quien los vecinos del sector conocían como “el Negro Eusebio”, se empeñó en ensalmar los guantes y demás útiles deportivos. Simplemente los alineó en el suelo y a cada uno de esos objetos, como si se tratara de seres animados, les hizo la señal de la cruz acompañada de extrañas palabras de ascendencia afroamericana. Todos prestaron silenciosa atención al acto mágico-religioso. Algunos sonrieron, Patecacho esbozó un rictus de escepticismo, otros se imaginarían extraños presentimientos. Armandito, en cambio, ya al borde de su consuetudinario estado de embriaguez, apenas si se percató de la solemne ceremonia.

Pocas semanas después comenzaron, con intervalos de cada fin de semana, los intercambios de Piscorre con otros equipos de Caracas. En todos los casos, el equipo obtuvo triunfos resonantes. Con El Almendares del barrio Tiro al Blanco, el resultado fue de 15 carreras a 3. Con los Indios de El Retiro, el resultado fue de 18 a 4. Así sucesivamente con los equipos de El Valle, El Cementerio, Catia, Petare, siempre con abultado marcador a favor de Piscorre. Factor clave de esos resultados fue el desempeño de Armandito en su condición de lanzador y en ocasiones también cuarto bate del equipo.

Estos triunfos entusiasmaron a los vecinos de Sarriá, un barrio orgulloso de ser cuna de famosos peloteros, como una manera de seguir esa tradición. Por esa razón, una legión de vecinos siempre acompañaba al equipo donde quiera que este iba para respaldarlo, lo cual se celebraba con alegría y entusiasmo. Sin embargo, entre toda esa alegría, en cada ocasión se producía la nota discordante de la conducta de algunos jugadores, en especial de Armandito, quien siempre insistía en festejar con excesivo consumo de bebidas alcohólicas.

Al fin estuvieron maduras las condiciones para la afiliación de Piscorre a la Liga Interobrera, con el fin de participar en el torneo de ese año. Con ese objetivo, Patecacho consideró necesario gestionar empleos a la mayoría de los jugadores del equipo, individuos sin oficios definidos, quienes además se encontraban desempleados. Sin embargo, después de muchos esfuerzos, logró colocar a Armandito en la empresa industrial Tapas Corona, situada en San Martín, a otros en la Cigarrera Bigott y al resto en la Cervecería Caracas, todos empleos temporales, y en calidad de peones.

Para Armandito significó el primer empleo de su vida; sin embargo, poniendo como inconveniente el que tendría que trasladarse tomando dos autobuses, desde su residencia en Sarría hasta el otro extremo de la ciudad, comenzando su jornada a las siete de la mañana. Ante esas objeciones, recibió la amenaza de botarlo del equipo. El viejo Isaías se sintió tan agradecido por ese gesto que, con lágrimas en los ojos, donó 300 bolívares, sacados con mucho sacrificio de su bolsillo, para los gastos del club. Ese sábado siguiente Armandito se gastó en aguardiente casi todo su salario en la taguara La Batería.

En razón de su probada calidad, el club Piscorre recibió invitaciones para realizar partidos amistosos fuera del ámbito de Caracas, en primer lugar a Santa Lucía del Tuy, para medirse a Los Luciteños, equipo de tradición beisbolera, un verdadero trabuco. El resultado, como era de esperarse, fue una derrota aplastante, pero no todo fue negativo en esa gira; todo el mundo prestó gran atención al pitcheo de Armandito, quien al menos contuvo el bateo de sus rivales durante cinco entradas, aunque después se derrumbó ante su poderío.

Para Armandito, la experiencia tuyera fue excitante; primera vez que salía de Caracas, pero esta vez, nada más y nada menos, ¡lo iba a hacer por ferrocarril! Uno de los sueños de su vida, por la familiaridad que para él significaba haberlos visto diariamente en esos años de su diario éxtasis en el Stand del Este.

La cita era en la estación terminal del ferrocarril en Santa Rosa ese domingo a las 6:30 de la mañana. Por lo temprano de la hora, era tal su ansiedad, que ese sábado de la víspera no bebió, pero tampoco concilió el sueño, de modo que sin tener idea de la hora, todavía muy oscuro, corría por las calles desde su casa hasta la estación. El gendarme que la cuidaba miró con mucha extrañeza al joven que se sentó a esperar en la acera, durante bastante tiempo, la partida del tren. Cuando al fin arrancó, con un resoplido de vapor, un extasiado Armandito comenzó a ver cómo desfilaba ante sus ojos la campestre geografía caraqueña: Sabana Grande, El Country Club, Chacaíto, Chacao, Los Dos Caminos, Petare, Mariche, El Encantado, más allá, y ¡al fin! En Santa Lucía, el cálido recibimiento de la gente, luego el partido de béisbol en el bien cuidado estadio de esa población.

La otra experiencia en que Piscorre salió a jugar fuera de Caracas, fue por invitación de la liga beisbolera Guaicaipuro, para celebrar un

partido amistoso en Los Teques, experiencia también muy gratificante para Armandito. Luego de tomar el bus en la plaza La Concordia, esta vez la geografía urbana y rural de Caracas se deslizó por Antímamo, Mamera, Macarao, Las Adjuntas. Luego la cinta de asfalto que corría paralela al río y al Gran Ferrocarril de Venezuela, enfilando por entre la montaña a la derecha y el cañón del Guaire a la izquierda, hasta llegar a la entrada de ese apacible burgo, que les dio la bienvenida, como siempre, con el cielo nublado y vestido con el colorido de su sabor aldeano.

Armandito absorbió toda la magia de Los Teques, con su verdor increíblemente intenso, más intenso, aún en medio de la melancólica niebla que la cubría esa mañana. El correr del tiempo se había detenido en el musgo de sus techos ocre, con sus obesas tapias armoniosamente alineadas para configurar estrechas y empinadas calles de esmerada limpieza. El estadio de Los Teques, en medio de lo que en tiempos remotos debió ser un bucólico solar, constituía un inmenso poliedro, con lejanos horizontes esmeralda en los jardines para retar el poder y la habilidad de los bateadores. Su otro goce como fanático beisbolero consistió en recordar, en el sitio donde realmente ocurrieron, las pretéritas hazañas y festivas anécdotas de jugadores de la talla de Joshua Gibson y Satchel Paige, vividas en ese estadio y rememoradas como simpáticas anécdotas tantos años después.

La ceremonia de apertura del juego de Piscorre contra Los Ángeles de Miquilén fue muy aplaudida y celebrada por todos los asistentes. El presidente de la Liga de Béisbol Guaicaipuro realizó el lanzamiento inicial, luego de un desfile de bellas jóvenes vestidas de alegres colores. Armandito se soplabla las palmas de sus manos para insuflarles calor en aquella fría mañana dominical. Aunque el resultado del partido fue adverso a Piscorre, los visitantes disfrutaron mucho esa gira, cuya culminación fue una ternera, acompañada de guarapita, todo cortesía de un comerciante de la localidad. Armandito degustó con visible placer el agridulce licor hasta quedar su mente tan nublada como el clima reinante. Al regresar a Caracas siguió la parranda hasta la madrugada, con el sucio uniforme que aún llevaba puesto, para emprender el camino a su trabajo, adonde llegó justo a tiempo, a las siete de la mañana del día siguiente, con la cruda resaca todavía fundida en su aliento.

El desarrollo del torneo de la Liga Interobrera de ese año, cuya sede fue el estadio San Pablo en La Quebradita, fue de un relativo éxito para Piscorre. Llegaron de terceros de un total de diez participantes. Armandito destacó en el torneo, al constituirse en el *pitcher* más destacado, con cinco triunfos sin derrotas y una efectividad de 1.20, pero además conectó cuatro jonrones, uno de los cuales causó asombro por su largo recorrido. La prensa especializada destacó mucho su actuación, hasta el punto que un conocido periodista llegó a ponderarlo como un “Vidal López blanco”, tal fue su actuación como lanzador y bateador de gran consistencia. Patecacho, por su parte, también recibió reconocimientos por su actuación como dirigente y su habilidad para manejar a su club. Todo era alegría y satisfacción en el seno del club y en la comunidad de Sarría.

Mientras tanto, la vida privada de Armandito se desenvolvía hacia una evolución en apariencia favorable, en primer lugar por su desempeño deportivo, también porque ahora exhibía una cierta estabilidad laboral, logrando sin mayores esfuerzos de su parte un salario nada despreciable de 150 bolívares semanales, razón por la cual comenzó a ser objeto de atención por parte de algunas jóvenes residentes del barrio, en especial de Reyna, a quien le despertaría su admiración, pero su actitud de extrema cortedad ante la presencia femenina, aunado a su aspecto físico muy descuidado y a su apagada voz de alcohólico y fumador empedernido, pronto la desilusionaron.

En otras circunstancias, su preocupado padre lo aconsejaba, instándolo para que incluso ingresara a la escuela nocturna hasta completar su educación primaria. Por su parte, Patecacho, en numerosas ocasiones, con gran preocupación por tratarse de su principal baluarte, lo amonestaba severamente, incluyendo amenazas de expulsarlo del club conjuntamente con Camagüey y Yoly Castillo, el trío de lanzadores con que contaba el club, pero nada de eso parecía inmutarlo.

A lo largo de los meses siguientes, las prácticas y los intercambios deportivos de Piscorre con otros equipos de Caracas continuaron en forma rutinaria. Ya cercano a iniciarse el próximo torneo de la Liga Interobrera, Patecacho intensificó los preparativos para ese compromiso, haciendo algunos ajustes en su elenco de jugadores, en las estrategias deportivas, y asumiendo con gran seriedad la realización de las prácticas. En medio de esos preparativos, el club Piscorre fue invitado

de una manera muy deferente a una gira de fin de semana para celebrar encuentros en Maiquetía, Naiguatá y La Sabana. Había gran expectativa por esos partidos, para lo cual se realizaron laboriosos y costosos preparativos por parte de los organizadores. Sin embargo, en forma muy reprochable, los tres lanzadores del club, Armandito, Camagüey y Yoly Castillo, no hicieron acto de presencia. El bus estuvo estacionado esperando por ellos en El Silencio hasta pasado el mediodía, en medio de la ira de los compañeros y de su dirigente. Por tanto, esa gira nunca llegó a realizarse. A esa hora, el trío todavía se encontraba trasnochado en medio de una atroz borrachera.

Tal incumplimiento, que causó un vergonzoso bochorno en los medios deportivos de la liga beisbolera de Vargas, fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Patecacho, quien montó en cólera, y muy a su pesar, cansado de la indisciplina de esos jugadores, de una vez se propuso disolver el club Piscorre. Esa decisión se llevó a cabo, y todos los miembros del club quedarían suspendidos indefinidamente para participar en actividades de béisbol organizado en cualquier liga de Caracas. Una honda frustración y desencanto cundió en el ánimo de la gente de Sarría. No contento con eso, Patecacho hizo que se despidiera a Armandito de su trabajo, de paso intrigando para que no se le empleara en ninguna de las empresas relacionadas con la actividad beisbolera. A sus 27 años, Armandito, otra vez íngrimo y solo, sintió cómo el mundo se le derrumbaba a sus pies.

Alguien quiso darle, piadosamente, otra oportunidad para jugar, aunque fuera en caimaneras, y lo puso a lanzar. Sumido más que nunca en el alcoholismo, Armandito había perdido coordinación y reflejos. Lanzó una bola suave y franca que el bateador contrario se la devolvió con toda la fuerza de una terrible línea que dio en su cráneo, quedando inconsciente, vomitando sangre y con estertores mortales. Salvó su vida por un verdadero milagro, pero su carrera deportiva llegó al final. Cuando se hubo recuperado, la sombra que ya era Armandito siguió como un espectro silencioso y ausente presenciando eventos beisboleros en Sarría y otros escenarios de Caracas.

Cruel ironía para él ver a otros jóvenes animosos, desbordando la energía juvenil en partidas de béisbol, mientras él se encontraba en tan miserable condición, vencido por el vicio. ¡Él, que toda la vida soñó con ser un famoso pelotero!

\*\*\*

Pisicorre es un escape, es probar hasta dónde llega la destreza o la habilidad de un fildeador y de un corredor. La vida es a su vez un tránsito de extrema dureza, donde las oportunidades pasan por delante de los ojos de los hombres como en un filme de pesadilla. Armandito transitó por la vida con la destreza y la habilidad de un buen pelotero, pero la visión de pesadilla de las imágenes que pasaron delante de sus ojos lo atrapó en medio de la vorágine de unos sueños jamás realizados.

Un buen día Armandito se abstuvo de beber, para sumirse en medio de la depresión que lo embargaba, para reflexionar acerca de su miserable existencia. Pisicorre es una jugada muy peculiar en el béisbol. Hombre en base, menos de 2 *outs*, un elevado a los jardines; el corredor tiene que quedarse clavado en la almohadilla hasta que el jardinero atrape la bola, momento en el cual el corredor se lanza a la conquista de la base siguiente, el jardinero devuelve la bola en una carrera fulgurante con el corredor. Armandito corrió siempre en desventaja en su carrera con la vida.

Armandito fue puesto *out*.

## Espanto y brinco

—Buenos días, señor cura, dígame cómo está usted. Siempre estudiando, siempre leyendo, Virgen de Atocha por caridad...

Era Emilia, quien ejecutaba una sencilla danza al compás de sus pies, tomando el borde de su falda con ambas manos, subiéndola ligeramente por encima de sus rodillas. Era una rítmica tonada, como parte de una fantasía musical que debía presentarse en unos pocos días y que esa tarde ella ensayaba con seriedad y dedicación, pues formaba parte de un nutrido espectáculo musical a presentarse con el objetivo de atraer público y despertar el interés de los vecinos del sector hacia la Junta Promejoras del Barrio El Cortijo de Sarría, cuya sede estaba situada en el domicilio de don Salvador Vargas, calle El Lazareto N.º 20. Don Salvador concebía este proceso como una manera de llamar la atención de las autoridades civiles para que atendieran las necesidades de esa olvidada comunidad, carente de los más elementales servicios públicos: asfaltado, agua potable, tratamiento de aguas servidas, alumbrado, escuelas, dispensarios médicos.

Don Salvador era un ciudadano honorable, muy respetado por los habitantes del barrio, quien desde el primer momento prestó su casa de habitación para que los jóvenes con algún talento artístico realizaran

presentaciones culturales: canto, música, danzas, teatro, poesía, basados en la confianza y el respeto que su persona despertaba entre todos los habitantes de ese sector.

El hecho es que muchos años antes de comenzar a poblarse el barrio El Cortijo de Sarría en esos terrenos existió un cementerio, y en las cercanías también existió un hospital, mejor dicho, un pudridero humano de enfermos de lepra, de Lázaros, de allí su nombre: El Lazareto. De lo que fue ese dispensario, u hospital o pudridero humano, quedaba como único testimonio un inmenso y sólido muro de cal y canto, de donde se colige que debió ser algo así como una fortaleza militar, no para resistir un ataque externo, sino todo lo contrario, para asegurarse que de allí no saldrían los pacientes a contagiar a la gente con la maldita peste bíblica. Se cuenta también que allí trabajaban unas abnegadas monjitas que piadosamente ayudaban a bien morir con mucha resignación cristiana a los enfermos, quienes al fallecer eran llevados envueltos herméticamente en unas sábanas blancas, para ser sepultados en el vecino cementerio, presurosamente, en unas rústicas tumbas anónimas.

Se dice también que ese era el camposanto de tantas víctimas procedentes de diversos sectores de la Caracas de entonces, en especial aquellas que sucumbían en las frecuentes epidemias de esos años, tales como el cólera, la peste bubónica o la gripe española. Por tanto, no se trataba de difuntos cualquiera, sino de agentes contaminantes. Sin embargo, por la razón que fuere, en algún momento se clausuró el Lazareto y se discontinuó la práctica de continuar sepultando cadáveres en ese cementerio, y a partir de allí, un largo y espeso manto de olvido se tendió sobre ese lugar, pero tal vez por vagas referencias bíblicas, se crearía para siempre un halo misterioso, donde la superstición exacerbaba la imaginación popular, dando lugar a leyendas, relatos y consejas de espantos macabros y aterradores, que helaban la sangre de quienes escuchaban esos testimonios y que, como consecuencia de ello, lo heredarían sus primeros habitantes.

La estructura del Lazareto se fue desmoronando a lo largo de tantos años de abandono, pero quedó en pie un sólido muro, tal vez el frente o su fachada lateral, que al crearse el barrio facilitó el urbanismo, pues marcó un perfecto corte de esquina, al final de lo que con el decurso del tiempo se denominó, en su memoria, la calle El Lazareto.

Una vez que esa comunidad fue tomando forma, quedaría constituida, de hecho, la Junta Promejoras del Barrio El Cortijo de Sarría, donde el poder de convocatoria de don Salvador atrajo a un numeroso grupo de habitantes del sector, no solo artistas, sino también curiosos que cotidianamente se daban cita en su acogedora vivienda, generándose una dinámica social que, de acuerdo con su criterio, ayudaría a apuntalar el objetivo de mejorar la calidad de vida de sus habitantes. Como era de esperarse, allí también se daban cita el chisme y la maledicencia, también los contadores de cuentos, toda una dialéctica que marcaría para siempre la existencia del barrio, quizás también trascendiendo a otros sectores de Caracas.

Don Salvador había tomado muy en serio su rol de patrocinador de esos espectáculos artísticos, por lo cual su casa estaba siempre abierta a partir de las horas de la tarde, hubiera o no ensayos. La gente entraba libremente de una vez al corral de esa vivienda, dotada de un piso cementado donde se acomodaban como espectadores frente a una especie de escenario. Cuando correspondía, los ensayos comenzaban a eso de las 6:00 p.m. y terminaban a la hora que la dinámica social así lo determinara, muchas veces en horas de la madrugada, si se trataba de días sábados o domingos.

Tomando en cuenta que el incipiente barrio carecía de alumbrado público, y estaba situado en medio de una gran profusión de terreno enmontado, es decir, un paisaje agreste, casi rural, las noches se sumían en una oscuridad casi total, ayudando a que la imaginación de la gente derivara hacia la superstición. En este caso, las tertulias en casa de don Salvador muchas veces se dirigían hacia relatos de difuntos, de fantasmas, de espantos. Con mucha frecuencia salía a relucir toda la variedad caraqueña de espantos, aquellos que tomaban forma de humanos, como La Sayona, La Llorona, El Descabezado; igualmente, todos los que tomaban forma de animales, como La Mula Maniá, o forma de objetos como El Carretón, también todos los que formaban parte de la liturgia cristiana, como el Diablo o Satanás o Mandinga, además de algunos personajes muy puntuales, como el ánima de una monjita muy piadosa que durante muchos años trabajó en El Lazareto para ayudar a bien morir a los pacientes de esa enfermedad. De igual manera cuestiones más simples, como los suspiros que exhalaba la muchacha que se había muerto virgen con su traje de novia puesto, al perder a su

prometido, con quien tenía previsto casarse. Salían a relucir también las leyendas negras acerca de los gatos, de las lechuzas, de los vampiros, de las aves canoras nocturnas, como la *pavita*.

Lo peor para algunas almas simplonas y asustadizas, no era tanto escuchar contritas esos relatos en medio de la tibia quietud de una casa hospitalaria, suficientemente iluminada y en compañía de otras personas, el gran problema a vencer era el miedo que unánimemente experimentaban todos los que después tenían que marcharse a sus casas en medio de una soledad de grillos y de cocuyos, conscientes de que, bajo sus pies, enterrados a pocos centímetros de profundidad, probablemente se encontraban los huesos o el polvo de los huesos de difuntos yacentes en la eterna soledad y desamparo de quienes habían pagado tributo a la muerte en medio de crueles sufrimientos. Se corría el rumor, con visos de certeza, que al descomponerse esos cuerpos, las almas irredentas reclamaban su espacio de justicia divina a través de fognazos lumínicos que emergían de la tierra en medio de la noche, por medio de los llamados fuegos fatuos.

El miedo supersticioso que ellos mismos habían contribuido a exacerbar como agentes activos o pasivos de esos macabros relatos, los unía a la hora de caminar en la actitud solidaria de hacerse mutua compañía para compartir ese miedo, incluyendo a aquellos que presumían de ser muy machos, al igual que las mujeringas, quienes temblaban y gritaban al sentir que el mogote se movía por el paso de algún animal silvestre o de algún noctámbulo de circunstancia.

La fauna de espantos y aparecidos que cotidianamente se debatía en las interminables tertulias en casa de don Salvador, abundaban en detalles acerca de las características morfológicas y filosóficas propias de cada espanto o duende o aparecido que conformaba el abundante catálogo de la superstición popular. Acaloradas discusiones acerca de si La Sayona y La Llorona eran el mismo personaje que se mimetizaba según las circunstancias. La patética Llorona era el espectro o alma de una mujer que había perdido a su hijo, pero que en su peregrinación esperaba encontrarlo. Muchos afirmaban haber escuchado el llanto de esa madre impenitente que entre sollozos lastimeros conmovía el silencio de las madrugadas:

—Por aquí lo perdí, por aquí lo he de encontrar.

Según otros, La Sayona sería la feminista que aspiraría vengar la afrenta de alguien que en vida la engañara, asumiendo la actitud de

una vampiresa para atraer machos en busca de aventuras, a quienes intentaría disuadir de su propósito con un tremendo susto.

La Mula Maniá sería una bestia de tiro de solo tres patas, que correría espantada por todos los caminos, tal vez para evitar ser esclavizada nuevamente por algún jinete del apocalipsis, pero en este caso, no obstante, carecer de un cuarto trasero, eso para nada le impedía correr a velocidad de los purasangres del hipódromo.

El Carretón sería la contraparte de esa mula de tres patas que huye sin parar, pero que en actitud sumisa espera encontrarse con esa bestia de tiro, para formar juntos el convencional juego de ser ambos esclavos, la mula que arrastra y el carretón que obedece a esa fuerza motriz.

El Diablo, Satanás o Mandinga, con todo y sus cachos, deidad del mal, su rabo en forma de flecha y su eterno hedor a azufre, tentando a los humanos al pecado, de paso, sin la autoridad moral que lo capacite para alguna actitud de arrepentirse de sus pecados.

Por último, sumidas en el desamparo, las pobres ánimas en pena, habitantes del purgatorio, verdaderas indigentes del cosmos, pidiendo que alguien se apiade de ellas, buscando indulgencias a través de rezos oficiados por curas de misa y olla, para definir algún día, de una vez por todas, su estatus de ser en forma definitiva, condenadas o perdonadas.

El acto cultural bien completo y balanceado para el que Emilia se preparaba febrilmente, estaba previsto para una fecha muy próxima. Además de la actuación de Emilia, estaba programada, entre otras, la actuación de dos cantantes, así como un guitarrista y una banda de percusión, una declamadora y una pareja de cómicos excéntricos, estos últimos autodenominados Apapucio y Cucufate, quienes ya tenían algún tiempo actuando con éxito en salas de cines de barrio de Caracas.

Don Salvador cuidaba celosamente y era muy severo en sus juicios acerca de la modalidad y la calidad de los espectáculos que él patrocinaba, fijando de manera minuciosa y unilateral las condiciones en que se harían esas presentaciones, entre ellos los días y horas de los ensayos.

Al fin había llegado ese día viernes tan esperado del ensayo final del espectáculo que tanta expectativa creara entre la comunidad de Sarria y otros sectores de Caracas.

El primero en montarse en el escenario fue Chicho, quien se encontraba aún molesto por un chiste inocente del que había sido objeto

por parte de Carmen, su novia, quien al verlo sorbiendo una chicha, simplemente, ingenuamente, había exclamado:

—Yo vi a Chicho tomándose una chicha.

No había acompañamiento musical, pues el guitarrista se había retrasado, pero el muy puntual don Salvador lo urgió a que interpretara su número, que aún no se había aprendido de memoria, por lo cual tuvo que leerlo directamente de un cancionero que patrocinaba el fabricante de Sal de Uvas Picot.

Así cantó Chicho:

En un bosque de la China  
una china se perdió  
y como yo era un perdido  
nos encontramos los dos.

Como el cancionero intercalaba expresiones tales como bis, coro, etc., de una manera muy natural, el inefable Chicho continuó su canción.

Y yo a que sí  
y ella a que no (bis).

Todos los presentes estallaron en risa, menos el circunspecto don Salvador, quien de inmediato le ordenó sentarse y lo conminó a que se aprendiera de memoria su número.

Ahora le tocaba el turno a Estilita, quien acompañada del guitarrista, interpretó una cursi canción infantil.

A a a, mi gatita mala está  
no sé si se me salvará  
o se me morirá  
a a a, mi gatita mala está.

Luego con la e

e e e, a mi gusta el café  
no sé si lo tomaré  
o si yo lo dejaré  
e e e, a mi gusta el café.

Después siguió con la i, luego con la o, y al llegar a la u, así cantó:

u u u guayabitas del Perú  
que me trajo mi abuelita...

Sin pena ni gloria ante la actitud de don Salvador, quien al mirarla de reojo le expresó su inconformidad a la frustrada cantante.

Para cuando le tocó el turno a Emilia, ya el guitarrista y la banda de percusión estaban preparados para actuar. Emilia se presentó vestida con una falda tal vez un poco más corta de lo debido y comenzó a zapatear y dar giros a la izquierda y derecha, al compás de los tambores y la batería de los músicos, mientras el guitarrista tocaba en esos momentos cuando la danza se hacía más lenta y la percusión silenciaba. Al terminar, los espectadores aplaudieron la actuación y un satisfecho don Salvador felicitó a Emilia, con la mirada de reojo concentrada en sus piernas, descubiertas un poco más arriba de sus rodillas.

Después le tocó el turno a la declamadora Flor. Confundido en el público que presenciaba el espectáculo, un vecino de ella, llamado Rafael, su eterno enamorado platónico, se la devoraba con la vista. Flor escogió recitar el poema “Píntame angelitos negros” de Andrés Eloy Blanco. La escena debía estar constituida por tres participantes, la declamadora Flor, un guitarrista para interpretar música de fondo, y el tercer personaje, el compadre de la negra Juana, quien debía ser un caballero que saliera espontáneo de entre el público presente, a quien le tocaría iniciar el poema con esta introducción:

Ah mundo, la negra Juana  
la mano que le pasó  
se le murió su negrito, sí señor.

Más adelante, debía volver a intervenir para advertir a Juana el imposible de encontrar ángeles negritos en el cielo.

Desengáñese, comadre  
que no hay angelitos negros.

Todo el mundo dirigió su mirada a Rafael, como invitándolo a que se convirtiera en ese espontáneo. El personaje se negó, mejor dicho, no se dio por aludido, no movió ni un músculo, clavado como estaba en su silla, turbado ante la presencia de Flor, incapaz de dar ese paso que le habría permitido estar cerca de ella, sentir de cerca su aura, pero temeroso de quedar en ridículo ante los presentes, matando de paso su remotísima esperanza de llamar la atención de Flor, dejaría atascada en su garganta esos versos, posponiendo quizás para siempre la oportunidad de hacerle patente su amor secreto.

Surgieron más de cinco espontáneos, pero Flor escogió a un moreno, pues atendiendo a su lógica elemental, el compadre de la negra Juana debía ser un moreno barloventeño.

Comenzó Flor su declamación:

Ay, compadrito del alma,  
tan sano que estaba el negro.

Flor exageraba los movimientos de sus manos y de sus brazos, sobre todo en la parte que decía, “yo no le cataba el hueso”, entonces se oprimía las clavículas y los antebrazos. En la parte que decía “lo medía con mi cuerpo”, tomaba un imaginario niño entre sus brazos, lo oprimía contra su pecho, rematando “se me iba poniendo flaco / como yo me iba poniendo”, apretándose entonces la cintura con ambas manos.

Al terminar su actuación, don Salvador la llamó para sugerirle un mejor uso del lenguaje corporal de manos, brazos y otras partes de su cuerpo. Cuando a sugerencia de don Salvador, Flor repitió su actuación, entonces se fue al otro extremo, casi inmóvil, como una estatua, moviendo solo sus finos labios con un gracioso mohín, por lo cual el paciente don Salvador volvió a corregirla.

En el turno de Apapucio y Cucufate. Estos representaron varios guiones propios de *vaudeville*, muy bien ensayados y ejecutados, demostrando su veteranía de varios años en el oficio. Todos se rieron y disfrutaron mucho del espectáculo de los excéntricos actores, sobre todo aquel pasaje donde Cucufate al referirse con despecho a su exnovia, exclamó:

—Lo que quedó de ella es el chasis y los dos farolitos.  
A lo cual agregó Apapucio:

—¡Y el huequito de la hediondez!

Así se cerró la parte artística de esa noche, luego se sirvió café, un refrigerio y bebidas como ponche y tizana, nada de licores, pese a la sugerencia de algunos.

La escena quedó servida para que los grupos informales comentaran las incidencias de las actuaciones artísticas, hasta que inevitablemente entraron en acción los cuentacuentos, con el charlatán Marcos a la cabeza, como siempre inclinado a relatar cuentos de aparecidos, espantos y fantasmas, donde, con una admirable habilidad histriónica, se ponía siempre en primera persona de los acontecimientos, que invariablemente sucedieron, según él, en el ámbito del barrio Sarría.

El mismo cuento de siempre es que una madrugada en que se dirigía a su casa, al caminar entre las esquinas de San Pascual y El Carmen, comenzó a sentir a sus espaldas el ruido inconfundible de una carreta, toda desvencijada, sin bestia de tiro, que en su acelerada marcha se le iba acercando cada vez más, por lo cual echó a correr tan rápido como pudo, pero cuando estaba ya casi a punto de alcanzarlo, se metió por la puerta de la primera casa que encontró abierta, en este caso la de la familia Narváez, y justo en ese instante la carreta pasó casi rozándolo, casi atropellándolo, y en su alocada carrera se perdió en medio de la penumbra reinante.

Cucufate, que hacía rato escuchaba el relato, hizo esta elemental observación:

—Será que el carretón anda suelto porque la mula manía se le escapó.

La Mula Manía era un animal de tres patas, sin embargo su galope era tan veloz como los que tenían completos sus cuatro miembros. Ante el absurdo de animales mutilados que corren veloces y carretones que andan corriendo por su cuenta, algunos de los presentes reflexionarían acerca de la cuadratura del círculo o del cuento de la quinta pata del gato.

Pero allí no paró el relato de Marcos: con la voz más engolada y sus gestos más pronunciados, siguió contando que cuando aún no había pasado el susto del carretón, se asomó en la ventana de la casa donde había penetrado para salvarse de ser atropellado, para entonces divisar a través de los barrotes de la ventana, una larga e hirsuta cabellera entrecana. No vio la cara del espanto, pero se la imaginó personificada en una vieja con una horrenda boca desdentada, con encías en forma de diabólicas tenazas.

Cucufate, con su habilidad de observar el talento histriónico de los narradores, le dio un codazo en las costillas a Apapucio, diciéndole a continuación:

—Cónfiro, Apapucio, ese tipo actúa pa' la care'l muerto.

En ese instante, don Salvador soltó un sonoro bostezo, señal que todo debía terminarse a la avanzada hora de las 3 de la madrugada. Al marcharse, los asistentes se dividieron en dos bandos: en el primero, como iban en dirección norte, hacia El Cortijo, se agruparon entre otros, Apapucio, Cucufate, Emilia, Flor, Estíflita y Carmen. En el segundo grupo, con dirección sur, hacia Sarría y Guaicaipuro, se incluyeron, entre otros, Marcos, Rosa, Félix, Culebra y varias damas.

Entre brincos por el irregular terreno y con el tácito silencio a veces ahogado por risitas nerviosas y asustadizas, las lánguidas sombras de todos esos personajes hollaron la serena paz de los sepulcros anónimos del antiguo cementerio y las ruinas del Lazareto. Nadie refirió nada del relato de Marcos, pero Apapucio, al observar la tenue luz de un cocuyo que volaba a ras del suelo, exclamó socarronamente para que todos lo escucharan:

—Ese es el fuego fatuo de los muertos que aquí están enterrados.

Silencio profundo, pero una sensación de escalofrío recorrió la humanidad de todos los caminantes, mientras allá arriba el enorme globo selenita incendiaba con una lumbre blanquecina las escasas nubes, muy cerca de Orión, que esa madrugada se antojaba más lumínica, más mineralmente cristalina.

A la semana siguiente se dieron cita otra vez en el mismo sitio los asistentes de siempre a los ensayos y tertulias, pero esta vez se incorporaron algunos maestros y maestras de las escuelas aledañas al barrio El Cortijo de Sarría. No se puso mucho énfasis en los ensayos artísticos, pero se habló de tópicos de interés para la Junta Promejoras. Un rato después se volvió a caer en los relatos de aparecidos y fantasmas. Un maestro de la Escuela Experimental Venezuela, muy inclinado hacia la historia y geografía, sacó a colación el relato del Descabezado.

El Descabezado fue en vida un hombre solitario que deambulaba por las calles de Santa Rosa, Guaicaipuro, Maripérez y Quebrada Honda. Según cuentan, su familia lo abandonó a su suerte por unas ideas raras que profesaba acerca del origen y del fin del mundo, opuestas al sentido cristiano, ideas que le surgieron a raíz de unas fiebres que

supuestamente terminaron por enfermarlo mentalmente. Antes de eso, era un hombre muy pacífico, siempre como ausente, tal vez sumido en hondas meditaciones. Luego de enfermarse se tornó violento, con una extraña fijación hacia los trenes, en rigor, los trenes que corrían a lo largo del Ferrocarril Central, desde la Estación Santa Rosa hasta los Valles del Tuy, que al futuro Descabezado se le antojaban como bestias trepidantes y mensajeras del mal.

—¡Coño e' tu madre!

Solía gritar el supuesto demente, amenazando con los puños a los conductores de esos trenes, quienes con una mirada de conmiseración seguían impassibles su camino.

Una noche, el supuesto demente se quedó dormido sobre la línea del tren, sin que el maquinista pudiera evitar atropellarlo. Los restos mortales horriblemente mutilados del desdichado fueron enterrados en el cementerio contiguo al Lazareto. Al poco tiempo, los vecinos del sector comenzaron a tejer la leyenda del Descabezado, afirmando que solo la cabeza del difunto quedó intacta, separada del resto del cuerpo, y que el rostro quedó haciendo horribles muecas, mientras que otros afirmaban haber escuchado el “coño e' tu madre” que siempre espetaba a los maquinistas. Más tarde, alguien piadosamente erigió una cripta con una capillita en el sitio exacto de la tragedia, donde destacaba una imagen de Santa Rosa de Lima y a un lado un pequeño platón donde la gente dejaba caer algunas monedas para costear las velas que siempre debían alumbrar el sitio, y a veces también para comprar las rosas rojas siempre frescas que lo adornaban. Es evidente que había nacido otro ícono entre los habitantes del sector. Su fama trascendió y el mito del Descabezado ingresó a la lista de espantos de Caracas.

El carácter del difunto, que en vida era muy pacífico y silencioso, al convertirse en espanto se volvió agresivo y grosero. La irreverencia narrativa de la leyenda del Descabezado lo situaba todas las noches caminando presurosamente por la línea del tren, desde Santa Rosa hasta El Encantado, más allá de Petare, asustando con sus insultos a todo el que se le atravesara en su camino. La forma física del aparecido sería la de un hombre alto, fornido, pero sin cabeza, con los brazos y los puños en actitud agresiva; su voz hueca, salida de sus entrañas, a falta del aparato fonador, adquiriría un matiz profundo y lejano. Gesticulaba y amenazaba a los transeúntes, pero cuando la víctima huía despavorida, el espanto se

quedaba riendo con una sonora carcajada, según se dice, muy semejante al ruido de un saco de bolas criollas al arrastrarse por el suelo.

La tertulia de esa noche se habría prolongado mucho más, pero la actitud asustadiza y llorona de Carmen desanimó a la concurrencia, y a las doce de esa noche, otra vez el peregrinaje de los asistentes que, al marcharse, sintieron en sus huesos el frío de un hosco brisote que bajaba del Waraira Repano.

Por cierto que Rafael había quedado muy afectado por su cortedad al no abordar a Flor; peor aún, herido en su orgullo por las burlas y sarcasmos de todos sus compañeros. Entonces fue cuando decidió confrontarla de una vez por todas, cara a cara. Su error consistió en escoger como confidente de sus cuitas a Cucufate, un proverbial mamador de gallo, además, demasiado imbuido en el discurso romántico que sostenía que la manera idónea de ablandar el corazón de una mujer sería a través de una serenata.

Para Cucufate, fanático de las películas mexicanas, el trance de dar una serenata debía ser muy al estilo de Jorge Negrete, donde un Romeo confiesa su amor a la mujer según el modo peculiar de un “quíereme tal como soy”, muy convencional, con frases construidas en modo subjuntivo:

Valentina, Valentina  
yo te quisiera decir.

Después, el *mea culpa*:

Si porque bebo tequila  
mañana bebo jerez  
y porque me ven borracho  
mañana ya no me ven.

Por último, el desafío a sí mismo:

Si me han de matar mañana  
¡que me maten de una vez!

Cucufate se encargó de los detalles de organizar la serenata que Rafael debía brindarle a Flor, así que contrató a Rigoberto, guitarrista-cantante, admirador fanático de Juan del Ávila y Andrés Cisneros.

A las nueve de la noche de ese día sábado, frente a la casa de Flor, situada en los altos del muro del antiguo Lazareto, tres figuras que se movían como fantasmas en la penumbra reinante, Cucufate, Rigoberto y Rafael, llegaban a la parte baja de la casa de la joven.

Comenzó Rigoberto a puntear en su guitarra el interludio melancólico de una meliflua canción. Su voz nasal se alzó por encima de los tonos de su instrumento musical.

Quiero escaparme con la vieja luna  
en el momento en que la noche muere.

De lo que no se había percatado ninguno de los tres caballeros, es que justo al lado de la casa de Flor vivía la familia Luna, cuyo marido era un viejo cascarrabias que se emborrachaba todos los sábados. El señor Luna acababa de acostarse para pasar su borrachera y la señora Luna apenas dormitaba en el sofá de la sala de esa vivienda. El energúmeno Ernesto Luna, al escuchar la canción que según él aludía a su esposa, se paró de la cama, y aun con la limitada velocidad que le permitía su menguada humanidad, más menguada aún por su estado de embriaguez, salió a la calle con una bacinilla llena de un líquido maloliente, y desde la privilegiada posición que le daba la altura del muro del antiguo Lazareto, vació íntegro su contenido sobre la humanidad del pobre Rigoberto, al tiempo que lanzaba esta lenguaraz amenaza:

—¿Con quién es que usted se va escapar, desgraciao?

Rigoberto se violentó al sentir su ropa impregnada de un nauseabundo líquido, estrelló su guitarra contra el suelo, y salió resuelto en busca del autor del desaguisado, pero Cucufate lo contuvo, llevando en el forcejeo su ración de orín.

Impasible, el viejo Luna se devolvió al interior de su casa para pedir explicaciones a su pobre esposa, quien hastiada de lidiar todo el día con su beodo consorte, ni estaba consciente de lo sucedido, ni estaba en disposición de hilvanar ninguna explicación, por tanto masculló una expresión incoherente.

A todas estas, el cobarde Rafael huyó del lugar de los acontecimientos por el incierto camino del antiguo cementerio. Allí estuvieron largo rato Cucufate y Rigoberto, dándose mutuas explicaciones por lo sucedido. Para colmo de males, Flor no estaba esa noche en su casa, se había ausentado por razones familiares.

Al día siguiente, estalló el escándalo, aumentado exponencialmente por el chisme, a todo lo largo y ancho del barrio El Cortijo de Sarría y sus alrededores, dando lugar a murmuraciones y a las bajas pasiones muy propias de las lenguas viperinas. La reputación de Flor quedó en entredicho, por lo cual, su severo padre le propinaría un vergonzoso regaño, prohibiéndole cualquier contacto con la Junta Promejoras del Barrio. Todo el mundo asumió su cuota de un complejo colectivo de culpa. Las viejitas rezanderas convocaron para esa misma tarde la expiación de ese pecado a través de un extenso rosario a la Virgen de Coromoto.

El austero don Salvador estalló en cólera, cancelando para siempre su participación en la Junta Promejoras. El acto cultural, tan larga y laboriosamente preparado, por supuesto que también se canceló. Por si a alguien le podría quedar alguna duda, clausuró la entrada de su casa a todos los posibles visitantes mediante la colocación de un enorme candado.

Todo ese proceso aconteció en vísperas del 18 de octubre de 1945. Pocos meses después, camiones del Inos, del MOP y cuadrillas de la Gobernación del Distrito Federal, protagonizaron el tan deseado brinco histórico de remover la amarillenta tierra del barrio El Cortijo de Sarría, donde por décadas estuvieron enterrados cuerpos y almas casi insepultos, para sembrar en su lugar tuberías metálicas para agua potable y tuberías de concreto para las aguas servidas. Finalmente, la empresa Electricidad de Caracas colocaría numerosos postes de alumbrado público.

El enorme muro del antiguo Lazareto contempló impasible el brinco histórico.

## **El misterio de las tres torres**

El patronímico y la cronología se parecen tanto entre sí que hasta parecen gemelos. Para corroborarlo, hace poco tuve tres experiencias dolorosas-gozosas-gloriosas, que, asociadas con los colores del pabellón patrio, terminaron por convencerme de ello.

### **Amarillo**

Cuando escuché el final de la radionovela *El misterio de las tres torres*, apareció un nombre que en seguida asocié con un hecho cotidiano, particularmente, cuando fui a la playa a contemplar el ritmo de las olas. El ritmo de las olas es cíclico, como cíclico y continuo es la combinación de ciertos nombres y apellidos. Existen nombres y apellidos que cuando se combinan sugieren cosas extrañas.

Ricardo Mirabal era un hijo de vecina que el azar de su vida lo llevó hasta el Matadero de Los Teques, donde aprendió a distinguir el solomo de la pulpa negra, el lagarto de las costillas y el lomito de la falda, hasta el día en que él creyó que dominaba ese arte, y hasta cuando se apareció un buen día en el barrio El Cortijo de Sarría para establecer una pesa y así surtir de carne a los vecinos, hasta hacerse muy apreciado por su numerosa clientela.

Yo no sé, ni tampoco pido que me lo crean, pero el nombre de Ricardo Mirabal me empezó a sonar, desde entonces, igual que teniente coronel.

## Misterio doloroso

Todo comenzaba cuando un locutor decía:

—“Jabón Las Llaves para lavar y Flor de Jabón para el tocador, presentan... *El misterio de las tres torres*, original de Terry J. León...”.

Era un general, era Pedro Munición y era Lucas, tres personajes que habitaban un castillo de torres, torres y torres, es decir tres torres. Allí sucedía lo que al general le daba la gana de ordenar y lo que a Pedro Munición y a Lucas les daba la gana ejecutar, con tal que cumplieran las órdenes del general.

Si al general le daba la gana de mandar a matar a un enemigo, o más simplemente, lo mandaba a poner preso, sus dos acólitos cumplían esas órdenes al pie de la letra y además con gran satisfacción.

En ese Castillo de las Tres Torres campeaba la miseria humana. Los presos políticos entraban para no salir más nunca, a no ser con los pies para adelante. Se torturaba, se vejaba, se dejaba morir materialmente de hambre a los infelices huéspedes de esa mazmorra.

Pero en ese castillo había un misterio, había un fantasma. Nadie lo veía, pero se sentía su presencia cuando aparecía algún cabo de presos apuñaleado por la espalda. Cuando desaparecían las armas de los guardias. Cuando desaparecía la bazofia que se les servía a los prisioneros. Cuando se fugaba algún preso.

El general sospechaba, y tenía fundados indicios para ello, que en el misterio de las tres torres estaba metida la mano de Ricardo Mirabal y de su compinche García, únicos capaces de realizar tales hazañas.

El general odiaba y respetaba al mismo tiempo a Ricardo Mirabal, a quien tenía siempre presente en sus conversaciones cual si fuera una fijación. Tal vez lo envidiaba, pues además de ser valiente y mujeriego, tenía una bonita novia llamada Rosalía. El odio, el amor y la envidia andaban mezclados, como andaban siempre juntos Ricardo Mirabal y Rosalía.

Era extremadamente cruel el general, y para resaltar aún más su crueldad, Alejandro Arratia Oses, el locutor que anunciaba la programación

taurina de “¡A los Toros!”, por Radiodifusora Venezuela, fingía una voz cascada, muy a propósito del general, que era un cascarrabias. Cascaba tanto la voz Arratia, que claramente se escuchaban los escupitajos tras los micrófonos, de tanto esfuerzo que hacía Arratia para cascar su voz. Sin embargo, al día siguiente, Arratia volvía a gritar “¡A los Toros!”, como si nada. Mejor dicho, como si nada no, más bien como si hubiese aclarado la voz haciendo gárgaras con una mezcla de miel con limón. Extraordinaria versatilidad de Arratía, que cenaba en las tres torres y almorzaba con los toros.

Quizás valdría la pena contar que la hora de la justicia llegó, un poco tarde, pero llegó, y llegó para ajusticiar a Lucas, a Pedro Munición y al general, en ese orden. El bravo pueblo se rebeló, al igual que en el episodio de La Bastilla, en este caso, una Bastilla tropical. Llegó arrasando, vengando tantos crímenes, reivindicando tantas víctimas.

El primero en caer fue Lucas. Su cadáver apareció en la primera de las tres torres, entre un montón de escombros. Pero el general y Pedro Munición siguieron resistiendo, se replegaron a la segunda de las torres. Allí surgió García y liquidó a balazos a Pedro Munición. El general se replegó a la tercera de las tres torres. Alejandro Arratia Oses maldecía por boca del general.

—Maldición, ahí vienen esos muérganos, no respetan ni siquiera al general.

Arratia hablaba con tanto odio que esa noche tuvo que escupir más de lo acostumbrado. Detrás del micrófono se sentía cómo carraspeaba su garganta y después el sonoro escupitajo. No era para menos, pues esa noche tenía que hacer un mayor esfuerzo para cascar su voz, pues esa noche el general se encontraba más cascarrabias que nunca.

En un momento dado, Ricardo Mirabal sorprendió al general y lo liquidó de un balazo directo al corazón. Misteriosamente, como eran todas las cosas en el Castillo de las Tres Torres, el general no murió al instante, sino varios minutos después, pero mientras agonizaba, maldecía con estas palabras:

—Todavía tengo fuerzas para decirte que eres un perro, Ricardo Mirabal.

Al día siguiente, cuando Alejandro Arratia Oses hiciera sus comentarios de la programación taurina de “¡A los Toros!”, los apéndices cornúpetos de la bestia de lidia debieron hacer reflexionar a quien hasta la noche anterior hizo esfuerzos inauditos para cascar la voz, que la

vida no vale nada, sobre todo para los generales y para los toros, pues por lo general los toros mueren en la lidia.

El otro Ricardo Mirabal, cuyo nombre sonaba igual a como si fuera teniente coronel, seguía atendiendo impasible, como si nada, su pesa en El Cortijo de Sarría, ajeno al drama humano que se debatía en las tres torres. Para este Ricardo Mirabal, su problema existencial consistía en tasajear la media res o el cuarto de res que le servía el camión transportador de la carne. Con meticulosidad de cirujano, él se veía obligado a lidiar, siendo él apenas un ser de carne y hueso, como en las tardes taurinas, para separar la carne del hueso, pero también el lomito, la falda, la punta trasera, la pulpa negra, el ganso, el lagarto y la costilla.

Siempre se ha dicho que de la vaca (también del toro), se aprovecha todo, y eso es verdad. Allí están también las vísceras, el hígado, el riñón, la panza, el bofe. Las orejas, el rabo y las patas significaban para Arratia Oses los trofeos de una buena tarde taurina, pero para este Ricardo Mirabal son elementos esenciales para preparar sabrosas sopas. ¿Cuál sería la diferencia? Ninguna. Solo es una cuestión de grado. El toro vivo embiste. El toro muerto en bistec.

Un buen día en la vida de Ricardo Mirabal, en que todo indicaba que no sería diferente a cualquier día en su rutina mientras tuvo su pesa en El Cortijo de Sarría, se constituyó, sin embargo, en el día más aciago de su vida. Para cualquier otro mortal, lo que pasó ese día, con toda seguridad pasaría desapercibido, pero no para él, todo un profesional de la carnicería.

De tanto vender carne criolla, él estaba convencido de que lo criollo es superior. Pero ese día, debido al racionamiento de alimentos debido a la Segunda Guerra Mundial, ya no hubo más carne criolla. ¡Qué buena vaina!

El muchacho que le servía la carne, trayéndosela con la cabeza metida en el pedazo de carne desde el camión hasta el gancho donde guindaba el cuarto de res, esta vez no bajó el cuarto de res, sino unas cajas de cartón. Cada caja de cartón contenía una carga de carne cubierta con una especie de gasa, como cuando a una persona le van a practicar una cirugía, o más impresionante aún, como cuando van a amortajar a un cadáver.

Al preguntar Ricardo Mirabal sobre tan inusitada presentación de la carne, el muchacho le dio por toda respuesta:

—Guá, carne argentina —y se encogió de hombros.

Ricardo Mirabal no se inmutó; como todo un profesional, no hizo juicios de valor. Tomó cada una de las cajas y comenzó a examinarlas, despojando a cada pedazo de res de la mortaja que la cubría, observando que, como producto de la prolongada refrigeración que había sufrido esa carne desde las lejanas pampas argentinas, ya no tenían ese color rosáceo que suele tener la carne criolla fresca, sino un bermellón oscuro, casi morado.

Como hombre avezado en su arte carnicero, aunque los argentinos tasajeaban la carne de una manera distinta a los criollos, su experiencia, sin embargo, le permitió distinguir la morfología de cada corte criollo: lomito, solomo, pulpa negra, ganso, punta trasera, lagarto; eso no constituyó ningún problema. El problema surgió cuando tuvo que atender a su habitual clientela, tan convencidas como él de que lo criollo es superior.

—Marchante, mi pulpa negra —inquirió la señora Prajedes.

Al traerle la carne de extraño color casi morado, la señora Prajedes, medio distraída, medio asombrada, medio irónica, le dijo:

—No, marchante, yo no le pedí morcilla.

A continuación, la estúpida explicación de Ricardo Mirabal a la señora Prajedes, quien resignada, se llevó su pedazo de carne.

—Un kilo de ganso —solicitó Petra.

El enorme cuchillo de Ricardo Mirabal hirió el trozo de carne, dejando al descubierto la grasa y los nervios de la res.

—¿Qué vaina es esa, marchante? —preguntó intrigada la señora Petra.

—Carne argentina, ¿se la lleva o no se la lleva?

—Sí me la llevo, pero rapidito, antes de que se me termine de podrir de aquí a mi casa.

Otra marchanta:

—Dos kilos de carne para los perros.

—No sabía que usted tenía perros en su casa —exclamó Ricardo Mirabal.

—Sí, para los perros esos hijos míos, porque esa carne no es para seres humanos.

Otra marchanta:

—Mi orejita y mis tripitas.

—Tengo orejita argentina y tripita argentina.

—Para que mi marido se coma esas tripietas y esas orejitas, con ese aspecto, tendré que decirle que son las orejitas y las tripietas de Libertad Lamarque.

La señora Mena:

—¿Me guardó mis huesos rojos?

—Sí, aquí los tengo, pero son huesos argentinos.

—¿Argentinos?, serán barloventeos, ¡no juegue!

Otra vecina del barrio:

—Dos kilos de hígado.

—Aquí los tiene.

—Pero señor Ricardo, esto no parece hígado, ¡usted sí tiene riñones!

Otra marchanta:

—Un kilo de lagarto con hueso.

—Aquí los tiene, pero no me critique, porque no es carne criolla, sino carne argentina.

—¡Lagarto! —dijo la aludida, recogiendo sus dedos medio y anular y estirando el índice y el meñique.

Ya cerca de las once de la mañana, Ricardo Mirabal se encontraba tan hastiado de las críticas hacia la procedencia de la carne, que decidió no esperar hasta las dos de la tarde, hora en la que habitualmente cerraba su pesa.

Camino a su casa, el sol meridiano de Caracas le escuchó proferir esta reflexión:

—Tan tranquilo que estaba yo y me viene encima primero esa vaina del misterio de las tres torres, comparándome con ese tal Ricardo Mirabal, y ahora esta cuestión de la carne argentina. Yo no tengo nada que ver ni con ese Ricardo Mirabal ni con esa carne argentina del carajo. Todo esto me parece muy misterioso.

Lo que ni siquiera se imaginaba Ricardo Mirabal es que, sin ser general ni nada, su nombre, que sonaba igual que teniente coronel, sin sospecharlo siquiera, él también dominaba, en general, el misterio de la carne.

## Azul

Si uno se pone a analizar, con mucha atención, el lenguaje de los loros, podría llegarse a conclusiones interesantes, porque es bien sabido que cuando los seres humanos hablamos, siempre existe una intención

detrás de las palabras, y eso coarta toda libertad de expresión, aunque la libertad de expresión sea uno de los derechos fundamentales del hombre, consagrado en las Naciones Unidas. El loro, en cambio, dice sus cosas y punto, sin importarle la represión de un escobazo o la risa irónica de los loro-oyentes. Tampoco nadie reivindica el derecho de los loros a decir sus vainas.

La familia Torres, vecina de El Cortijo de Sarría, tenía un loro, con su verde plumaje, su pico exageradamente águilino y sus patas prensiles, es decir, un vulgar y silvestre loro casero. Lo extraordinario de esas tres cualidades de la conformación física de este peculiar loro, es que explicaba el misterio que a veces rodea la vida de los seres humanos cuando estos actúan en función de los loros.

## **Misterio gozoso**

La familia Torres la conforman diez personas, padre, madre y ocho hermanos. De los ocho hermanos, siete son varones y una sola hembra, llamada Aracelys. Para sostener tan numerosa prole ambos padres tenían que salir a trabajar diariamente.

Ahora bien, dentro del rol sexista que la sociedad asigna a la hembra, se supone que esta debe permanecer en casa atendiendo los oficios domésticos, y ese era el rol que efectivamente desempeñaba Aracelys, de acuerdo con el mandato inapelable de su madre, la señora Clara.

Como toda adolescente, el despertar de la libido en su pubertad impulsó a Aracelys a enamorarse, pero en su caso específico de un hombre maduro, de unos 45 años, peor aún, casado y con cuatro barrigones. Aracelys y su amante se citaban en el corral de la casa de la familia Torres, el cual daba a una quebrada, desde la cual se accedía a esa casa a través de una enmarañada maleza. Solo la pasión encendida de un cuarentón que quería retarse a sí mismo, es decir, autorretratarse en la pasión que Aracelys le correspondía con creces, lo impulsaba a empinarse por encima de las breñas y pagar el precio de los numerosos rasguños en su rostro, brazos y piernas, mientras que Aracelys tendría que pagar el precio de arriesgarse a ver su honor mancillado por la maledicencia de los vecinos y el castigo que le habría de propinar su madre cuando la inapelable verdad saliera a relucir.

Miles de años conviviendo con la civilización han desprovisto a los seres humanos de esos instintos de cuando habitaba en las cavernas. En aquellos remotos fastos, los cinco sentidos del hombre funcionaban a plenitud. Su vista percibía cualquier minucia y el movimiento más sutil. Su oído distinguía entre el crecimiento de la hierba y el trinar de las aves. Su olfato distinguía entre la intención agresiva o amigable de quien tuviera por delante. Su tacto y su gusto estaban tan integrados, que al hombre de aquella época le gustaba todo lo que tocaba.

En cambio, el loro de la familia Torres, al igual que sus ancestros en la selva, conservaba intactos sus instintos. El de conservación le guiaba a tener una simbiosis absoluta con su dueña Aracelys, conducta aprendida durante años y años de obediencia y seguimiento incondicional. El que ahora su dueña jugara con un hombre casado en lugar de hacerlo con sus muñecas, no cambiaba para nada la ecuación. Ni siquiera los escobazos de Aracelys para que permaneciera en su estaca y no la siguiera hasta el borde de la quebrada para su cita con su misterioso amante, hacían disuadir al lorito de su deseo de estar al lado de su dueña.

El ave desistió de su empeño de hacerse visible por Aracelys, optando por valerse de su plumaje verde, su pico exageradamente aquilino y sus patas prensiles. El plan del lorito consistía en mimetizarse entre el verdor de las ramas de los árboles. Ya la vista de los seres humanos, a diez metros de distancia, no distingue entre un loro y el follaje de una mata de aguacate, sobre todo cuando el lorito se planta firme y quieto por largo rato en un lugar estratégico, sin hacer ningún ruido.

Ni Aracelys ni su amante advertían la presencia del lorito cuando hacían el amor. Para hacer el amor, por lo menos para hacerlo cómodamente, es menester que la hembra se despoje de su ropa interior, y en los escarceos amorosos de la pareja, es muy probable que el trasero de Aracelys haya estado expuesto a la curiosa mirada del lorito. Después de pasar un largo rato juntos, Aracelys se ponía su ropa interior, el amante se alejaba por entre las breñas y ella regresaba a la cocina de la casa. El lorito, por su parte, la seguía sigilosamente y antes de que esta llegara a la cocina, el lorito, misteriosamente, ya estaba instalado en su estaca.

Cuando la señora Clara llegaba en la tarde a la casa, y veía que los oficios domésticos estaban a medio concluir, la emprendía entonces contra Aracelys a correazos, a palos, a todo lo que encontrara a mano. Cuando se operaba el castigo corporal de Clara sobre su hija, sería solo

por su supuesta ineptitud en cumplir con sus oficios domésticos, no por la relación amorosa con su amante, la cual siempre permaneció en el más absoluto misterio.

Por eso, más misteriosa aún era la expresión oral del lorito desde su estaca, cuando aupaba reiteradamente a la señora Clara para que enfatizara su castigo corporal a Aracelys:

—Dale Clara, dale por el culo Clara, dale Clara, dale por el culo...  
—exclamaba el lorito.

El lorito no podía comunicar otra cosa, tal vez porque el trasero de Aracelys era lo único visible del cuerpo de su dueña durante los encuentros amorosos con su amante.

## Rojo

Barlovento, Barlovento, tierra ardiente y del tambor, tenía su asiento urbano en el barrio Tiro al Blanco. Su numerosa colonia a través del Éxodo (libro bíblico segundo), había impulsado a su gente a establecerse allí y vivir en comunidad, con todos sus defectos, pero también con sus infinitas cualidades.

## Misterio glorioso

De El Clavo, Panaquire, de Río Chico, más allá tal vez de la tolerancia de un sol que tuesta blancos y suda negros, surgió la obesa figura de Juan Siso, maestro de la vieja escuela, de esos que todavía creían que los alumnos le debían una obediencia ciega, aun con sus arbitrariedades, aun cuando tuviera que usar el poder disuasivo de los puños. Tal vez por eso le asignaron el sexto grado de la Escuela Jesús María Páez, situada en la parroquia Candelaria, por si alguno de los tarajallos pependieros que estudiaban allí se le ocurriera pasarse de la raya, pues tendrían que vérselas con aquel negrazo de tabaco en la vejiga, también dotado con la labia de su lengua viperina.

Si había algún misterio en la presencia de este sujeto que, afortunadamente para él, no había pasado por la experiencia de vivir en el *gullag* del barrio Tiro al Blanco sino en la parroquia San José, era su breve vida matrimonial. Ahora que estaba divorciado, en eterna lamentación

de su divorcio, ese individuo era todo un portento en el arte de vivir. Tenía más mañas que burro viejo.

Algo muy bueno de Juan Siso era que había sido educado en Barlovento, donde la superstición es un misterio, tan diferente de otras partes del país, donde es un misterio la superstición.

Su superstición misteriosa no le había corregido la extraña forma de usar su idioma, en extremo desenfadada, a la hora de dirigirse a los alumnos que cometían la fechoría de rayar los pupitres, a quienes les soltaba esta advertencia a boca de jarro.

—¡Ráyate las bolas!

El aludido se quedaba callado, pero Juan Siso debería reflexionar que más que advertencia, sería más bien un elogio, pues solamente sujetos como por ejemplo Simón Bolívar, para realizar todas esas hazañas a lo largo de su vida, tenía que tener las bolas bien rayadas.

Cuando Juan Siso pretendía ser mejor ciudadano de lo que realmente era, entonces le daba por amenazar a sus alumnos con estas misteriosas lecciones de urbanidad, dichas en voz alta.

—En este plantel no deben pronunciarse jamás palabras obscenas, porque el director sería el primero en joder a quien cometa esa güevonada.

¿A quién realmente acusaba Juan Siso, a los alumnos supuestamente mal hablados o al director, que ni siquiera se permitía los agujajes de un negro barloventeño?

Generalmente, el misterio requiere de la sutileza, pero para Juan Siso estaba claro que la sutileza tiene sus límites. Cuando no estaba de humor para ser misterioso ni sutil, entonces soltaba estas perlas, como cuando tuvo que ventilar un problema de flatulencia de uno de sus alumnos.

—Estos peos quedan para la historia. En este libro voy a registrar esta grave falta de disciplina.

Como buen barloventeño, nuevamente, Juan Siso había exagerado, pues nadie puede disciplinar sus tripas, mucho menos registrar los grados de fetidez de un peo.

Otra cualidad de Juan Siso era su patriotismo. Cada fecha patria la celebraba con mucho entusiasmo, el 19 de Abril, el 5 de Julio, el 24 de Junio. En esta última fecha, acostumbraba leerle a sus alumnos episodios de la *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco, sobre todo aquel

pasaje de la batalla de Carabobo donde se relata el heroísmo de Pedro Camejo, el Negro Primero.

Lo misterioso para Juan Siso, era la coincidencia entre factores tales como el hecho de que la batalla de Carabobo hubiese tenido lugar un 24 de junio, y el que allí hubiese participado el Negro Primero por el bando patriota y el general La Torre por el bando realista, pero que también ese día se celebre la fiesta de San Juan Bautista en Barlovento.

¡General La Torre!, se repetía el maestro Juan Siso a sí mismo, con aire de misterio, e invariablemente ese nombre lo remitía al general del misterio de las tres torres.



## La nueva escuela

Desde el principio, las obras despertaron la curiosidad de los vecinos del barrio. ¿Qué iba a resultar de todo aquel afán de tractores y máquinas excavadoras trabajando de sol a sol, removiendo la tierra rojiza para transformar la agreste sabana, ahora convertida en enormes montones de tierra que se esparcían aquí y allá?

Una enorme extensión de terreno, justo en medio de lo que con el tiempo se convertiría en el mero corazón del barrio El Cortijo de Sarría, solamente esperaba que se le diera un destino socialmente útil. Mientras tanto, cuatro hectáreas de tierra ociosa, cubiertas hasta ese momento de maleza, propiedad de Samuel Mac Gil y Roberto Ramírez, dos terratenientes de uña en el rabo, quienes la detentaban desde muchas décadas antes, con el único interés de obtener provecho económico por su revalorización, en ese momento estaban siendo intervenidas para alguna finalidad que los vecinos desconocían. Sin embargo, algo muy trascendente sucedería, debió intuir esa comunidad de gentes sencillas, la mayoría de origen campechano, quienes nunca antes habían presenciado un espectáculo semejante.

La historia de ese proyecto comienza con el derrocamiento del gobierno de Isaías Medina Angarita y la posterior expropiación de esa

inmensa extensión de tierra por parte del emergente régimen adeco, para darle una finalidad útil, transformando el urbanismo de ese sector, pero detrás de ello, el modo de vida de la gente, pues a partir de allí en ese terreno ya no habría más juegos de béisbol, ni sería más el refugio de desocupados, pero tampoco serviría más como una servidumbre de paso para acceder a la esquina de Lourdes, desde donde se abordaban los autobuses hacia el centro de Caracas. Más importante aún, el impacto de lo que allí se edificaría llegaría a constituirse en una verdadera transformación de la vida y la historia, en el orden educativo, político y social, no solo de ese barrio, sino de toda la ciudad.

A partir de la llegada de las maquinarias, y junto con ellas los camiones que transportaban los obreros de pico y pala con su ropa terrosa, comenzaron las especulaciones de los curiosos del barrio, quienes se agolpaban para ver el desarrollo de las obras. Los desocupados, los niños, las mujeres, al igual que los clientes del bar El Especial, una taguara situada en la Calle Real, justo al frente, donde los borrachitos murmuraban con cierto aire de misterio, cuál sería el desenlace de todo aquello. Estando aún tan frescos los sucesos del 18 de octubre de 1945, todo el mundo recordaba los episodios acaecidos en esa fecha y los días posteriores, preguntándose si esa transformación política, de la cual se derivaban esas obras, serían para bien o para mal. Sin embargo, una cosa sí era cierta, a partir de todos esos acontecimientos, ese barrio ya no sería el mismo de siempre.

El más pintoresco de todos esos borrachitos de El Especial, era sin duda, Carlos Ceballos, beodo consuetudinario, quien, como de costumbre, ajumado por el alcohol, comenzaría a repetir a modo de cantaleta, una copla que se había popularizado en medio del golpe de Estado contra el gobierno derrocado.

Quando en La Planicie  
roncan los cañones  
se cagó Medina  
todos los calzones.

Esta vez no eran cañones los que resonaban de esas obras, tampoco sería para sentirse atemorizado, pero en medio de tantos rumores, en país hondamente afectado por la recién concluida guerra mundial, que pasaba por una grave crisis económica, con una altísima tasa de

desempleo y escasez de alimentos, la gente se preguntaba si en el desarrollo de esas obras habría alguna posibilidad de empleo para los habitantes del barrio, tal como sucedió con el viejo Pomponio, quien a través del tráfico de influencias, había conseguido su trabajo como caporal, desatando enseguida una ola de envidia.

En un barrio tan incipiente, carente de servicios básicos, entre ellos iluminación pública, cuando caía la noche las alucinantes siluetas de las maquinarias, ya en reposo después de su febril actividad diurna, exhibían en medio de la penumbra reinante, la silueta de espectros quietos y misteriosos, como fantasmas congelados. Al llegar la mañana, volvía el bullicio con el rugir de los motores y las órdenes secas y autoritarias de los capataces. Un sin cesar de camiones volteos que acarrearaban los materiales de construcción y las herramientas de trabajo, al igual que los camiones cisternas del Inos que traían el agua necesaria para las obras.

En un contexto de viviendas con serias carencias de agua corriente, la que llegaba a través de los camiones cisternas con destino a las obras, y que luego eran depositados en tanques, necesariamente despertaban la codicia de los vecinos, quienes al caer las penumbras de la noche, sencillamente la sustraían, en medio de un alboroto, con sus latas en la mano, creando una verdadera conmoción. En medio de ese caos, algunos aprovechadores de oficio, también se apoderaban de los materiales y las herramientas que se conservaban celosamente en las chozas construidas con el fin de resguardarlas. Con los tanques de agua vacíos y los demás útiles saqueados, las obras frecuentemente se paralizaban, causando retrasos en la obra y un gran malestar de la empresa constructora, por lo cual los jefes urgían al viejo Pomponio, cumanés muy supersticioso, y temeroso de los espantos, a que cumpliera con su deber de caporal y vigilante nocturno, pero este se limitaba a efectuar rondas en los sitios iluminados, mintiendo al decir que los vecinos lo amenazaban con darle unos coñazos si trataba de impedir el robo del agua y de los materiales. El muy cobarde, en su miedo cervical, confesaba en privado que en la noche veía sombras de fantasmas o espantos deambulando presurosos por la sabana, como en una huida hacia adelante, cada uno de ellos con una lata de agua o un paquete en sus manos.

Semejante espectáculo el viejo lo interpretaba, o simulaba interpretarlo, como un castigo divino, porque según él, al removerse la tierra para realizar los trabajos de construcción se estaban profanando los

sepulcros de los difuntos que muchos años atrás habían sido sepultados en esos predios. Entonces, según el decir del viejo Pomponio, esos actos ilícitos significarían la protesta de los pobres difuntos quienes venían a reclamar su espacio en este mundo. Por supuesto que nadie se creyó esa conseja, y cuando ya estuvo construida la escuela, alguien recordaba la maldición gitana que el resentido viejo había proferido con relación al gobierno, al momento en que sería justificadamente despedido de su trabajo debido a la falta de cumplimiento de sus deberes:

—A los que se atrevan a dar clases en esta escuela les caerá una pava eterna, pero tampoco los constructores levantarán cabeza, como castigo de Dios, por lo menos durante diez años.

Mucha gente reflexionó si el tiempo le daría la razón al viejo Pomponio, porque al poco tiempo de formulada esa profecía, derrocaron al presidente Rómulo Gallegos y los adecos estuvieron durante una década exiliados y perseguidos por la dictadura.

El tiempo siguió su curso, pero cuando las obras estaban lo suficientemente avanzadas, ya develado el misterio de que lo que se estaba construyendo sería un centro educativo, no faltó algún vecino del barrio que asumiera posturas pintorescas y llenas de pedantería. El negro Pinocho, quien se caracterizaba por su lenguaje rebuscado, se plantó en medio del patio central y con la solemnidad y afán de hacerse notorio que siempre lo caracterizaba, se mandó este discurso, que según su particular visión, haría historia en el barrio:

—“Pueblo de El Cortijo, miembros y miembras de esta laboriosa comunidad: estos cimientos que hoy veis, constituyen apenas las bases de un auténtico templo de estudios, donde esta generación y futuras generaciones de sarrieños habrán de desburrizarse, absorbiendo las luces del saber. Quiero que sepan de una vez por todas, estimados vecinos, que vosotros seréis los albaceas de un hermoso discurrir de ciencia que habrá de trascender los años venideros. Las luces que se irradian desde este excelso centro educativo, que hoy es apenas un sueño, habrán de esparcir grandezas y glorias para la patria...”

Entre quienes lo escuchaban, el siempre sonriente Fary Fary, vecino del sector, con mucha malicia y sentido del humor, al examinar el contenido del discurso, lo comparó con las cantinflascas peroratas que noche a noche pronunciaba el comediante Rafael Guinand en su programa radial *El Galerón Premiado*.

Al perfilarse las obras, a través de una sólida construcción de concreto, con pisos de armoniosos mosaicos, se percibía la moderna y funcional estructura de un centro de estudios, dotado de amplios salones de clase, abiertos a inmensos patios de recreación cubiertos de un hermoso césped. Un funcional gimnasio dotado con piso de madera. Un auditorio para 500 espectadores. Un bien dotado y espacioso salón para manualidades. Amplios corredores techados que comunicaban entre sí las dependencias administrativas. Oficinas destinadas a la dirección, a la subdirección y al servicio de higiene escolar. Una hermosa biblioteca y, por último, un funcional comedor dotado con las más modernas instalaciones. Hasta ese momento, no se había construido en Caracas, probablemente tampoco en otra ciudad del país, una edificación escolar con tales características.

Pero más allá de ese derroche de funcionalidad y modernismo, el día 16 de septiembre de 1949, con varios meses de atraso debido al derrocamiento casi un año antes del gobierno adeco, las puertas del Grupo Escolar José Martí se abrían a la comunidad de Sarría, Tiro al Blanco, Guaicaipuro, Maripérez, Santa Rosa, El Vigía, San Bernardino, Candelaria, aun de otros sectores más alejados como San José y del centro de la ciudad, para iniciar tal vez la primera gran revolución educativa que tenía lugar en el país.

De esa manera se rompía, no solo con el esquema de las escuelas con sede en galpones, o en las propias viviendas de maestros empíricos, en todo caso, locales improvisados y de estructuras inadecuadas, para ahora dar paso a tan modernas instalaciones. También se rompía el paradigma de los métodos obsoletos para impartir educación. En todo caso, sería la culminación de un revolucionario proyecto educativo concebido por mentes preclaras y progresistas, para poner al día la educación venezolana con las más modernas tendencias pedagógicas del mundo, a través de principios tales como la educación integral, para atender todas las necesidades de formación del ciudadano. La educación de adultos (llamada popularmente la escuela nocturna). La educación preescolar (el *kinder-garten*). La educación para niños especiales. El servicio de orientación escolar (trabajo social). El servicio de higiene escolar (la higienista). La comunidad educativa (sociedad de padres, maestros y representantes). De igual manera, las tareas educativas las impartirían solamente maestros egresados de las llamadas escuelas normales.

Los habitantes de las comunidades cercanas a la escuela recibieron todos estos cambios con la misma actitud con que la gente sencilla asume su vida cotidiana, a veces con alegría y orgullo al contemplar tan bella infraestructura, pero a veces también con la aprehensión que genera la natural resistencia al cambio. Entre las objeciones más frecuentes estaba la coeducación, pues no se concebía que hembras y varones estudiaran juntos. Tampoco el hecho de que se concedieran recesos a mitad del horario de clases, lo cual se consideraba una pérdida de tiempo. También que en el preescolar los niños pasaran la mayor parte del tiempo en actividades recreativas. Se cuestionaban los nuevos métodos de enseñanza de la lectura, que ahora desechaba el deletreo y el silabeo. También las actividades extracurriculares, como los deportes y la cultura. Dentro de todos esos avances, algo que definitivamente impactó a la comunidad, y fue hasta objeto a veces de burlas, fue la implantación de la educación de adultos, al ver desfilar a los abuelos por las aulas de clase, algo inconcebible hasta ese momento.

Todas esas innovaciones harían que el Grupo Escolar José Martí marcara el hito de ser un catalizador social, lo cual se traduciría, especialmente en el barrio El Cortijo de Sarría, en una verdadera integración social nunca antes vista, de lo cual la población se apropió, pues por vez primera se convocó a sus habitantes a una tarea colectivamente útil, lo cual elevó su autoestima.

De allí en adelante, los vecinos se integraron en la tarea común de sumarse al bien colectivo, producto de lo cual nacieron nuevas formas de relacionarse entre sí, compadrazgos, amistades, hasta romances que terminaron en uniones conyugales, todo un proceso de catarsis social. Posteriores acontecimientos, al cambiar la orientación política del país, situarían al Grupo Escolar José Martí en el epicentro de otra revolución, a partir del advenimiento de la democracia.

Pero como casi siempre sucede, una cosa son las buenas intenciones, en este caso de los autores de este hermoso proyecto, y otra los seres humanos que la dirigen. Haciendo honor al dogma en la evolución de las sociedades, en el sentido que los hombres pasan, pero las instituciones permanecen en el tiempo, un buen ejemplo de ello sería claramente el caso del Grupo Escolar José Martí, si nos atenemos a la calidad de la gestión de sus dos primeros directores, comenzando por el profesor Tomás Vásquez, quien en su muy breve gestión de ese

primer año, lamentablemente estuvo muy por debajo de las expectativas, tanto de la comunidad como de las autoridades del Ministerio de Educación, pues su actividad se caracterizó por su escaso compromiso con la educación, concentrándose de una manera egoísta en la práctica individual de deportes, en especial del béisbol, al cual dedicaba casi todo el día, en detrimento de sus deberes al frente del plantel. Al final se marcharía con más pena que gloria.

Lo peor sobrevino con su sucesor, pues al año siguiente, para desgracia de todos, se nombró como director a un tal Padra, negación de todos los genuinos valores de la educación, sujeto déspota, dedicado casi exclusivamente a sus actividades como ganadero en el estado Guárico, descuidando sus deberes como director, peor aún, de hecho vinculado al aparato represivo de la dictadura militar reinante en el país, activo agente de los métodos represivos de ese régimen, orientando sus acciones administrativas hacia una galopante corrupción y aprovechamiento para su propio beneficio de su posición de poder, haciendo inmorales negocios con los útiles escolares de los estudiantes, además, utilizando el chantaje del terror en su condición de esbirro, mediante la delación a la Seguridad Nacional de los maestros y otros miembros de la comunidad educativa que se atrevieran a criticarlo. Con ese propósito, se hizo rodear de una guardia pretoriana de espías y soplones, sin importarle para nada que algunos vecinos del barrio, miembros de la comunidad educativa, fueran perseguidos del régimen. Cabría preguntarse si con el desarrollo de esa nefasta gestión de ese sujeto, se confirmaría con los hechos la maldición gitana que había formulado el viejo Pomponio unos años antes, al ser despedido de su trabajo.

No es por azar que su prolongada gestión de unos ocho años coincidió con el período dictatorial, marchándose al obtener su jubilación, justo unos pocos meses antes de la caída de la dictadura, procediendo como esas ratas que abandonan el barco que se hunde, sin recibir la merecida sanción moral, cuando ya era evidente la crisis que daría al traste con el gobierno de turno. Durante ese lapso, ese sujeto jamás tomó una iniciativa útil, ni se vinculó con la comunidad que le rodeaba; por el contrario, su actitud antidemocrática contribuyó a que se profundizara el aislamiento de la institución que él dirigía, obteniendo a cambio el rechazo de la población, cuya forma de protesta más visible

era la destrucción de las instalaciones, actitud que era respondida con desprecio hacia la comunidad y más represión política a través de las acciones de la Seguridad Nacional.

Un hondo sentimiento de frustración se sintió en la comunidad durante esos años, pues de esa manera se esfumaron los sueños de mucha gente de ver realizada una genuina transformación a través de esa escuela. Sin embargo, allá en los estratos más hondos de la sociedad venezolana, un espíritu de rebeldía y resistencia ante el injusto estado de cosas políticas y sociales, a la larga, motorizaría los cambios para un no muy lejano futuro democrático en el país.

El Grupo Escolar José Martí fue testigo mudo de esa evolución, en primer lugar como centro electoral del fraude cometido por la dictadura el 30 de noviembre de 1952; luego, durante el plebiscito del 15 de diciembre de 1957, mamotreto electorero de la dictadura, convocado para legitimar y prolongar en el tiempo ese régimen. Al acercarse el final, las aulas de ese centro educativo cobijaron muchas reuniones conspirativas en contra del régimen. Desde allí saldrían a la calle, para ser distribuidos por toda la ciudad, los incendiarios panfletos de protesta en contra de la agonizante dictadura. En todos esos eventos, las fuerzas transformadoras del país encontraron un eco favorable en ese centro educativo, hasta que emergió la aurora del 23 de Enero de 1958.

Ese día histórico, las puertas del Grupo Escolar José Martí se abrieron de par en par para dar rienda suelta al jolgorio político popular que tuvo lugar en El Cortijo de Sarría y los barrios aledaños. En sus instalaciones se hizo presente la creatividad de la gente, sancionando moralmente, mediante la figura de la quema de Judas, representados en este caso por monigotes con las figuras del dictador recién derrocado y de Padra, el odiado exdirector. Los espías y soplones al servicio del exdirector huyeron despavoridos de la justicia sumaria del pueblo. También se improvisaron eventos organizados por los partidos políticos que emergían de la clandestinidad.

Ese día y muchos días subsiguientes, no se dictaron las clases convencionales, aquellas que suelen dictarse en una escuela, pero en su lugar, durante ese tiempo de renacer democrático en el país, en lo que una vez fue la nueva escuela supuesta a servir a la comunidad, los vecinos habrían de aprender, de allí en adelante hacia el porvenir, las nuevas lecciones de la naciente democracia. Lo que nació como una esperanza

del pueblo, estaría destinado a albergar los cambios anhelados por las grandes mayorías de los habitantes del barrio El Cortijo de Sarría y sus alrededores, tal vez de toda Caracas.

Tal como dijo alguien en aquellos días cuando se construía lo que habría de ser una verdadera revolución social y educativa, el Grupo Escolar José Martí nacería para cambiar la historia de la educación, irradiando esas lecciones, no solo en el sector donde se construyó, sino también en Caracas, tal vez por todo el país.



## Experto en comercio

En tiempos de María Castaña, quienes quisieran estudiar una carrera corta, es decir, simular que estaban estudiando solo porque se inscribían en una academia comercial para tomar un cursito de entre tres meses y un año, con una profusión increíble de tópicos de estudio pero sin profundizar en ninguno, jamás se les habría ocurrido inscribirse en el Instituto de Comercio Santos Michelena, porque, de haberlo hecho, allí sí habrían tenido que fajarse duro, si es que de verdad querían prepararse para la vida. Eso solo lo podían realizar quienes estaban muy claros en sus objetivos existenciales y que además poseyeran la capacidad de aguante y la constancia necesarias para salir airosos de la prueba de estar durante cinco años pa'riba y pa'bajo con sus libritos y egresar con un título académico debajo del brazo.

Muchos “carreracortistas” se rajaron antes de entrar, otros desertaron en el camino, muchos otros se graduaron y obtuvieron su título, pero de estos últimos, muy pocos llegaron a enterarse de que en los substratos de las células institucionales más íntimas del Instituto de Comercio Santos Michelena, corría paralela una historia, como esos ríos caudalosos que son tributarios de otros ríos más caudalosos que van a dar a la mar que es el morir. Sin embargo, unos pocos privilegiados,

ungidos del don del ingenio para comprender que el Orinoco nace como un insignificante arroyito y muere siendo un portentoso caudal que escenifica un mar de doble orilla, pudieron atrapar en sus espíritus el embujo de ser expertos en comercio.

Esta es una historia que nunca nadie escribirá, porque nunca nadie poseerá la pluma privilegiada para describirla fielmente, pues de no ser así, muchos de los que se rajaron antes de entrar o desertaron en el camino o incluso se graduaron ignorando que esta historia es real, entonces habrían ingresado en el Instituto, no habrían desertado en el camino y se habrían graduado con honores. Por tanto, tal vez es mejor que haya sido así, y que de verdad esta historia nunca se escriba.

De esos pocos seres excepcionales, ungidos de cauces y la gloria de la gracia de haber sido protagonista de esta historia, será el reino de los cielos.

Amén.

## **La historia oficial**

Corría el año de 1821 y las armas patriotas en Carabobo, el 24 de junio de aquel año inolvidable para la memoria del país, dieron al traste con las armas realistas para asegurar nuestra Independencia. En esa gloriosa jornada rindieron su vida y quedaron como mártires los generales patriotas Plaza, Cedeño y Farriar, y el muy valeroso teniente Negro Primero. A todos ellos, la gratitud nacional los eternizó en el bronce en el Parque Carabobo. Así, Ñó Pastor cobijó a Pedro Camejo, Misericordia cobijó a Plaza, Pelelojo cobijó a Farriar y la esquina sin nombre cobijó a Cedeño. Añosos bucares siguieron brindando, como siempre, su generosa sombra, y en algún momento el maestro Francisco Narváez plantó en medio de aquella cuadrícula de verdor, unas obesas figuras desnudas, colosales en dimensión y toscas en las facciones, de indefinidos rasgos indígenas o afroamericanos. Ese conjunto monumental simbolizaba el mestizaje nacional, representado en musculosas estatuas, ante quienes los niños quedaban decepcionados, pues al buscarles el sexo, hombres y mujeres estatuarias lo escondían entre la masa muscular de sus muslos, solo las generosas tetas estaban al aire, para deleite de algún onanista, quien acariciaba la áspera superficie de sus pezones en la inútil búsqueda de la fría pasión cariátide.

La incuria de las autoridades condenó a una eterna sed a la fuente plantada en medio del parque, pues esa fuente ya más nunca escupió el agua y en el fondo de aquel vaso reposaba una maloliente agua verdosa de linfas, larvas y basura. La fuente muda y quieta y el sol canicular de agosto, en forma cruel, desolaban aún más el paisaje. Del resto de ese lamentable abandono se ocupaban los vagos, los beodos, los mal entretenidos y los indigentes de El Conde, La Candelaria y San Agustín, mancillando con sus horrruras las peanas que sostenían los bustos de los héroes de Carabobo, para que todos percibieran el acre hedor de la etílica orina y excrementos de los habituales transeúntes del parque.

En el flanco oriental de aquel parque, calle de por medio, estaba ubicado el liceo Andrés Bello, y el flanco sur lo ocupó durante muchos años el convento de las monjas que regentaban el colegio de señoritas Santa Rosa de Lima. Por tanto, alrededor del parque, la educación laica y la confesional respiraban, ambas por igual, la misma atmósfera que mezclaba en un solo guiso el aroma de los bucares, la hierba recién humedecida por la lluvia y las horrruras de los borrachitos.

Cuando a las monjas del convento Santa Rosa de Lima les dio la gana de largarse para su nueva sede en la urbanización Las Mercedes, ese viejo cascarón disipó las espesas sombras acumuladas durante tanto tiempo, y a continuación abrió sus puertas para dar paso a la luz del Instituto de Comercio Santos Michelena, el centro de formación comercial por excelencia de la Caracas de aquellos años. Entonces, y solo entonces, pasaron a reinar en esas cuatro paredes las mejores tradiciones de la evolución comercial del mundo, el milagro de la partida doble de fray Luca Bartolomeo de Pacciolo, la letra de cambio, el cheque, el papel moneda, Pitman, Gregg, Underwood, las cajas registradoras NCR, las primeras máquinas de escribir eléctricas, en fin, las calculadoras Facit, al evolucionar desde el paleolítico ábaco.

Pero al fin y al cabo, todas esas cosas serían elementos muy fríos; mucho más importante, en cambio, sería el recurso humano del Instituto Santos Michelena. Allí llegaron a convivir armónicamente, entre muchos otros, el nacionalismo portorriqueño de Clemente Pereda, la obesa figura de Amor Escalada, la magra silueta de Jesús Sanabria, la rechoncha figura de Pedro Díaz Seijas, la rumbosa cubanidad de René Castro Vega, la campechana presencia de José Antonio Acha, la parsimoniosa opacidad de José Juan Pacheco, los mostachos de Alfredo Garrido,

la germánica flema de Soto Larrain, la teatralidad de Luis Cortina, la silbante expresión de Macario Sosa, la sobriedad de Ana Cristina de Martín, la facundia lingüística de Neftalí Duque Méndez, la terquedad y el despotismo de Leonardo Sánchez, la brevedad taquigráfica de Pedro González y la serena belleza de Gisela Morazzani.

Más allá de esos personajes, un baluarte de todo este proceso era un sujeto de carupanera esencia, de malas pulgas, con más mañas que burro viejo, odiado por muchos, querido por algunos, pero tomado en cuenta por todos; profesor de Geografía e Historia, factor de todo lo humano y lo divino que sucediera en el Instituto, de alopecia total, la viva encarnación de Gengis Khan, un Bolo Pachá arrancado de las revistas frívolas de la realeza europea. Todo eso y mucho más se resume en el imposible que, si de verdad llegara a existir alguien que quisiera emprender la tarea de escribir la historia del Instituto Santos Michelena, no hay dudas de que en esa atrevida pretensión tendrá necesariamente que escoger entre tomar en cuenta a ese personaje, o mejor aún, simplemente ignorarlo. En este último caso, no pasaría de ser un simple catálogo de anécdotas, en ningún momento una historia digna de ser tomada en cuenta.

## **La historia no oficial**

La mejor historia, al menos la no convencional, es la que nunca se escribe. Por tanto, es muy probable que esta historia nunca se escriba, en primer lugar, porque el principal protagonista pesaría demasiado en esa presunta historia, y en segundo lugar, porque el otro personaje, al adherirse tan superficialmente a los hechos de esa historia, automáticamente se vuelve irrelevante. El principal protagonista sería Ramón de la Cruz Álvarez Angulo y el personaje irrelevante sería Pimentel.

Ramón de la Cruz poseía su historia real, una historia que tiene que ver con el santoral. Para él los únicos santos que pueblan el cielo son Santo Tomás, Santo Domingo y San Toribio, los demás serían simplemente sanes. Para Ramón de la Cruz, los monzones son amarillos como los mongoles. Esos preceptos serían los polos que gobernarían la historia de Ramón de la Cruz, pero para que esta historia, si es que alguna vez llegare a escribirse, tenga algún sentido, habría que tomar muy en cuenta el código con el cual Pimentel lo llegó a interpretar.

Según Pimentel, la historia de Ramón de la Cruz se sitúa en Las Lomas de Urdaneta, lo cual no tendría nada de particular si no fuera por el hecho de que ese escenario es demasiado complejo como para que allí cupiera solamente la historia de Ramón de la Cruz, por lo demás, un solterón empedernido y un sujeto solitario por naturaleza, además de su particular vestimenta, siempre enfundado en el mismo pantalón blanco, combinado con una chaqueta de color morado, como la criolla berenjena. Al respecto, se recomienda consultar la extensa literatura que corrobora este hecho, comenzando por examinar la calidad y la cantidad de personajes que Pimentel situó en ese escenario, por ejemplo a Monote, bedel del Instituto, cuya figura corporal parecía fascinar a Pimentel, pero también Eufemia, Desiderio, Candelario y Eleuterio, todos ellos pertenecientes a la etnia afroamericana.

Por otra parte, hasta donde se sabe, el macho cabrío no es calvo ni lampiño, es ágil en sus movimientos y de cuerpo magro, razones más que suficientes para negar que Ramón de la Cruz se parezca, hable, actúe o camine, o tenga la conformación morfológica de un macho cabrío, pero a Pimentel, en un arranque de locura, se le ocurrió la brillante idea de establecer que Ramón de la Cruz sería de allí en adelante, sin apelaciones, un chivo. Así las cosas, Ramón de la Cruz no tendría pies, sino pezuñas. Ya la cabeza de Ramón de la Cruz no sería calva, como hasta ese momento, ahora estaría poblada de cuernos. Todos los chivos del mundo son herbívoros, menos Ramón de la Cruz, quien desde entonces solamente se alimentaría del gofio cumanés.

Además de macho cabrío, Ramón de la Cruz sería omnipotente, capaz de realizar hazañas increíbles, pero además tendría facultades de ubicuidad, o sea, que igualmente en el mismo momento podría estar dando una clase de Geografía Hispana en un salón de clases, y en otro escenario volar desnudo, cabalgando una escoba por encima del ámbito geográfico del Parque Carabobo o de las Lomas de Urdaneta. La otra facultad inherente a la naturaleza de Ramón de la Cruz es que podía transfigurarse, convertirse por obra y gracia de Pimentel en un animal, en una grotesca figura, en un fantasma, dependiendo solamente del humor de Pimentel al momento de escribirlo.

Independientemente de que Ramón de la Cruz no poseyera alguna habilidad para la música, por carecer del oído, el ritmo, la gracia y el

saoco para bailar, en esa misma medida también podría estar ejecutando, completamente desnudo, una obscena danza.

En una sociedad restrictiva, con complejos racistas arraigados en algunos estratos, es admirable que Ramón de la Cruz no le haya parado mucha bola a esos complejos, todo lo contrario, más bien haya trabado una entrañable amistad con representantes de la etnia afrodescendiente. Sus panas burdas, tanto los reales como los imaginarios, comenzando por Pedro Camejo, conocido en la historia patria como El Negro Primero, eran objeto de su especial afecto. Era notoria también su predilección por el color negro, definiendo un daltonismo o ceguera de colores, pues según Pimentel, Ramón de la Cruz a los objetos, animales, personas, todo, todo, todo, lo veía de color negro.

Pimentel solía repetir en cualquier escenario, para que todo el mundo lo escuchara, que cuando Ramón de la Cruz iba a rendir su examen final para optar al título de profesor de Geografía Hispana, juró solemnemente que si salía reprobado, inmediatamente se cortaría el pichón. Pues bien, al salir de esa prueba, todo el mundo comenzaría a llamar Chivo Capado a Ramón de la Cruz.

A todas estas, ¿por qué Pimentel se empeñó en complicar un nombre tan simple como Ramón Álvarez, profesor de Geografía Hispana, en algo tan complicado como Ramón de la Cruz Álvarez Angulo? La explicación, obtenida a través de insistentes especulaciones, sostiene que un buen día cayeron en sus manos unos versos escritos por un oscuro poeta del siglo XVIII llamado Ramón de la Cruz, quien solía escribir sainetes de este tenor, versos que a Pimentel le parecieron tan cargados de humor, que los asoció con la diarrea verbal del profesor de Geografía Hispana.

Siempre estamos discurriendo  
echando la lengua un palmo  
de los ingenios que son  
del público celebrados.

Ahora bien, ¿por qué Angulo como su segundo apellido? Tal vez porque para entonces circulaba en Caracas un periódico humorístico llamado *Martín Cucurulo*, cuyo lema rezaba: “Martín Cucurulo /lo tiran pa’ arriba /y cae de...”.

En su complicada empresa de escribir la historia del Instituto Santos Michelena, la cual de todas maneras siempre estará inédita, Pimentel no estaba solo, antes, por el contrario, con el paso del tiempo, fue reclutando voluntarios, y en ese heterogéneo grupo se fueron incorporando el negrito Liendo, el larguirucho Valenzuela, el excéntrico Patiño, el imparable Requena, y muchos otros, no por anónimos menos importantes, quienes fueron agregando elementos para enriquecer la saga de Ramón de la Cruz. Los tenebrosos pasillos de la monacal casona, antiguo convento de las monjas de Santa Rosa de Lima, que para ese entonces servía de sede al instituto, fueron durante mucho tiempo mudos testigos de una patota cada vez más numerosa de estudiantes, que se hacían demasiado notorios al colocarse en círculos para contar y celebrar con risotadas y palabrotas las aventuras y desventuras de Ramón de la Cruz. Lo notable y digno de destacar de esos conciliábulos es el ingenio y la creatividad artística que allí se desplegaba, en especial de literatura, la cual afloraba a través de sonetos, canciones, baladas, crónicas, historias orales, todo, todito alrededor de la figura de Ramón de la Cruz.

Como cualquier chivo humano, o como en este caso, cualquier humano con características de chivo, Ramón de la Cruz, según Pimentel, tenía sus detractores, por lo menos gentes con quienes no congeniaba, seguramente sus enemigos gratuitos, como parecía ser el caso de sus relaciones con el director del plantel, el profesor Nefthalí Duque Méndez.

Pero en razón de que nada en la vida está hecho para durar eternamente, también el ingenio y la creatividad tienen su principio, su apogeo, su perigeo y su final. El principio del fin tuvo lugar cuando los espesos muros del convento que servía de sede al Instituto Santos Michelena se vieron sacudidos al aparecer, profusamente difundido en los pasillos, en las aulas, en los baños, este retador soneto, impreso en hojas mineografiadas, sin nombre y sin firma.

Es todo un caballero este sujeto  
 es correcto siempre en su conducta,  
 con una vestimenta que involucra  
 los modales de un *gentleman* muy recto.

Todos lo miran al pasar perplejos  
 las muchachas en rigor le admiran

es todo un portento en Geografía  
y no tiene un pelo de pendejo.

Solo una vez ha perdido los estribos  
una vez en la vida en mala hora,  
hora mala que él quisiera en el olvido.

Fue en una circunstancia en un pasillo,  
cuando, alopecia en su totora,  
lo bautizaron para siempre, chivo.

Presuntamente, ese soneto fue consecuencia de un incidente que Ramón de la Cruz protagonizó en un pasillo con un estudiante, a quien golpeó con una antena o puntero que siempre cargaba en sus manos, pues el muchacho inocentemente lo nombró por su apodo de chivo, pero las consecuencias que produjo fueron de tal gravedad que se creó una crisis institucional, al cuestionar el trato que a veces daban ciertos profesores a sus alumnos.

Ese malestar llegó a instancias del Consejo de Dirección del Instituto, el cual se reunió de urgencia con fines de ventilar el caso, de lo cual se derivaría la decisión de abrir una investigación para atar los hilos de lo que a todas luces tenía las características de una pieza panfletaria y subversiva, tan subversiva como los volantes clandestinos que por ese tiempo circulaban por toda la ciudad en nombre de una tal Junta Patriótica, en contra del régimen dictatorial imperante para ese momento en el país.

No le sería nada difícil al director del plantel, el profesor Neftalí Duque Méndez, dar con los autores, los cuales no podían ser otros que la patota comandada por Pimentel, labor facilitada esta vez al contar con la complicidad de un delator, un alumno de apellido Carpio, quien reveló todas las pistas que condujeron a decomisarle a Pimentel una carpeta de incendiarios escritos, no menos de cien, que, por la variada naturaleza de su contenido, elaborados mediante un trabajo en equipo, estaban todos llenos de una total irreverencia, donde se explotaban todas las fortalezas y debilidades humanas a través de la emblemática figura de Ramón de la Cruz.

El director quedó impactado al leer minuciosamente el contenido de esos panfletos. En el Consejo de Dirección convocado a los efectos de considerar el caso, tanto del soneto como de los panfletos, todos quedaron boquiabiertos. Ramón de la Cruz no salía de su asombro, ni se imaginaba que su figura llegara a ser tan importante para esos muchachos, sobre todo que su conducta, su actitud tan *sui generis*, su estrafalaria vestimenta, en fin, su presencia, despertara la imaginación de unos jóvenes hasta inspirar tanto derroche de ingenio. Literalmente, no sabía qué hacer; su espíritu se debatía entre la turbación que le causaba por una parte tanto irrespeto e irreverencia, más aún cuando en esos relatos lo ridiculizaban sin ninguna consideración. Sin embargo, allá en su subconsciente, allá, en lo profundo de su alma, sentía la satisfacción que por primera vez en su vida alguien lo tomaba tan en serio como para merecer tanta atención, sobre todo por tratarse, no de un individuo, sino de un colectivo, mejor aún, de un colectivo de jóvenes con tanto talento.

¿Qué había en su personalidad que llamaba tanto la atención, sobre todo él, un solterón empedernido, un solitario contumaz? En definitiva, por ética profesional tenía que rechazar esa transgresión de la disciplina y apoyar cualquier medida punitiva que tomaran las autoridades del Instituto... ¡Pero de los dientes para afuera!

De los más de cien panfletos, el director se centró en tres de ellos, quién sabe si con un poco de envidia hacia Ramón de la Cruz, por ser precisamente ese profesor y no su persona el objeto y el sujeto de tanta atención.

El profesor Duque Méndez los leyó todos, pero le llamó especialmente la atención estos tres relatos, y a esos efectos centró especialmente sus criterios para exponerlo en el Consejo de Dirección donde se ventilaría ese caso.

## ***1. Una visita a la mansión de El Chivo***

Desde hace bastante tiempo, Ramón de la Cruz nos había invitado para que lo visitáramos en su mansión de Las Lomas de Urdaneta. No nos fue difícil llegar, guiados por el autobús rojo-amarillo hasta la laguna de Catia, pero la etapa siguiente, desde allí hasta la mansión, sí estuvo llena de peligros. En primer lugar, tuvimos que sortear un

tortuoso camino trillado por unas poderosas pezuñas, huellas rugosas, profundas, como pescuezo de morrocoy. Luego, el escollo de la alcabala custodiada por la guardia pretoriana de Candelario y Eleuterio. Al pasar la requisa, no obstante que en Caracas brillaba el candente sol de las dos de la tarde, de repente todo se hizo oscuro, como si hubiera ocurrido un eclipse total de sol, en medio de un torrencial aguacero. Volvimos ansiosos nuestra mirada hacia Caracas, en la que momentos antes reverberaba el solsticio de verano, pero todo fue inútil. A 30° por encima del horizonte de las Lomas de Urdaneta, observamos con curiosidad que del inmenso cacho del eterno cuarto creciente selenita, emanaba un líquido lechoso y pastoso.

Accedimos a la mansión a través de una pesada puerta metálica, y allí, en medio de la sala, estaba de pie un personaje rechoncho, chato, pelón, sin dientes y estevado, vestido con una bata negra matizada por unos extraños signos cabalísticos. Fuertes olores a mierda emanaban del fondo de la mansión, aroma típico del cocimiento del gofio cumánés que solía consumir el dueño de la mansión. Esa mansión no se iluminaba con luz eléctrica, sino con unas lámparas de sebo de tigre, que al arder producían un chisporroteo de chamizas ardientes y una falsa sensación de movimiento en las siluetas de los objetos, al fulgor de una luz mortecina.

El personaje, que no habla como un chivo, ni actúa como un chivo... *meeeeeee*, nos ofreció un gofio recién horneado, que al instante rechazamos, pero en ese momento tiró de una cinta que tenía amarrada al pescuezo, quedando completamente desnudo para comenzar a ejecutar una obscena danza. Después de un rato de dar vueltas alrededor del salón, derribó con su nalga derecha una de las lámparas, que al esparcir el sebo de tigre, desató un pavoroso incendio. Echamos a correr sin tener la menor idea de cómo salir de allí, corriendo el riesgo de morir achicharrados, precisamente en el alucinante mundo de las Lomas de Urdaneta. Al cabo de un rato la mansión quedó reducida a cenizas, con gofio y todo, hundiéndose completamente en el gélido pantano.

A los pocos minutos, felizmente, estábamos otra vez en la acogedora atmósfera de la laguna de Catia, aún asustado por el horrendo espectáculo que acabábamos de presenciar.

## 2. *Entrevista a El Chivo*

Encontramos a Ramón de la Cruz echado en el piso de su oficina, de su chiquero más bien. A su alrededor, numerosas migajas de gofio cumaná, mordisqueados por sus dientes de rumiante y pisoteados por sus poderosas pezuñas. Las hormigas husmeaban a su alrededor, disputándose los despojos. Se le veía furioso y preocupado. Al preguntársele el motivo de su disgusto, nos dio por toda respuesta:

—Acabo de tener una agria discusión con Neftalí, a propósito de un panfleto que anda circulando por ahí, donde se me ridiculiza, porque supuestamente me tienen el apodo de El Chivo. ¿Ustedes me ven cara de chivo, actúo como un chivo, hay alguna evidencia de que soy un chivo? *Meeeeee.*

A pesar de las evidencias, preferimos guardar un discreto silencio, aunque reprimiendo un poco la risa.

Cambiando de tema, Ramón de la Cruz se refirió a su incómoda situación dentro del instituto. Según él no era posible que después de tantos años de servicios, devengara un miserable sueldo que apenas le alcanzaba para comprar un solo pantalón blanco y una chaqueta morada como una berenjena. De alimentación, una magra ración del infernal gofio importado de Cumaná.

—Voy a hablar con Neftalí para definir de una vez por todas esta vaina. O me aumenta el sueldo o me voy pa'l carajo... *Meeeeeeee.*

De repente, comenzamos a ver cómo Ramón de la Cruz se transfiguraba. Sobre su calva testa, se montó un sombrero de tres picos. Comenzaron a crecerle las manos y las uñas. Su rostro pronto adquirió el perfil de un caujil o media luna, su nariz aquilina y su mandíbula inferior que casi se unían en un semi círculo. Su vestimenta blanca y morada se trocó un una bata negra con símbolos cabalísticos blancos. Luego, soltó una risa chillona, dando un brinco para cabalgar una escoba, y en pocos segundos Ramón de la Cruz se había elevado por los aires.

La noche caraqueña se llenó de exhalaciones y los entrevistadores huimos despavoridos ante la súbita transfiguración de Ramón de la Cruz.

### 3. *En el altar de Carabobo*

Ramón de la Cruz es un insigne historiador, pero sobre todo muy patriota; no se pela celebrar un 24 de junio. Toda Caracas se vuelca en Barlovento para presenciar y disfrutar de los tambores de San Juan en Curiepe, Birongo y Tacarigua de Mamporal, pero a Ramón de la Cruz le satisface que en esa misma fecha se conmemore la Batalla de Carabobo, fecha estelar de la patria, pero también el día de la negritud. Por eso, con muchos meses de antelación, convoca a sus panas Candelario, Eleuteria, Desiderio, Eufemia, pero sobre todo a Monote, para escenificar en el Parque Carabobo, conjuntamente, la magna batalla independentista y el día de la negritud.

Este año, Ramón de la Cruz nos citó al Parque Carabobo a las 3 de la tarde, y allí estuvimos puntualmente. El epicentro de la celebración es la esquina de Ñó Pastor, en la que se encuentra el busto de Pedro Camejo, el Negro Primero, apodo que Ramón de la Cruz interpreta a su manera, entendiendo que el negro tiene que ser primero en todo.

Desde la madrugada comienzan a llegar los negros de todos los rincones del país, pero en mayor proporción de Palo Negro, de las Lomas de Urdaneta y de Carúpano. El día anterior, Eufemia había preparado cuidadosamente el escenario, adornando el altar alrededor de la peana que sostiene el busto de Negro Primero, con las Flores Negras de Julio Flórez y la Flor de la Camaza. Se prenden velones negros, se colocan retratos del Negro Felipe y Petróleo Crudo. No se usa incienso; se quema negro humo y se decora todo con hollín. No se bebe cerveza, sino malta. No se bebe Frescolita ni Chinoto, sino Pepsi y Coca Cola. El aguardiente lavagallos El Zamurito es la bebida preferida. Se reparte gratis para los niños la conserva quemada. Se prepara morcilla. En fin, todas las comidas y las bebidas tienen el color bruno y endrino del carbón. La canción que se escucha con más frecuencia es la Negra Consentida de Juan Arvizu, aunque para Ramón de la Cruz su preferida es la Sopa de Pichón, rememorando tal vez el día que lo rasparon en su examen de Geografía Hispana.

De pronto, el revolotear de palomas, espantadas por la presencia de un trineo volador que surcaba el cielo de Caracas, anunció a todos los presentes que se aproximaba Ramón de la Cruz. Esta vez no cabalgaba una escoba, sino que a imagen y semejanza de Santa Claus, en pleno

solsticio de verano, conducía un trineo impulsado por seis chivos negros. Eso fue la locura colectiva, la apoteosis de Ramón de la Cruz. Todos saltaban de alegría. El trineo fue descendiendo muy lentamente hasta posarse en la peana que sostenía el busto de Negro Primero. Monote en persona fue a recibirlo. Antes de levantar los brazos en actitud triunfal, Ramón de la Cruz tiró de la cuerda que tenía amarrada en el pescuezo, quedando totalmente desnudo y en el piso su bata negra. Se prendió la fanfarria; los minas, los curbetas, y los culoepuyas comenzaron con su tam tam interminable por muchas horas, hasta el amanecer del otro día.

Satisfechos, nos retiramos a esperar el próximo 24 de junio.

\*\*\*

Al día siguiente, bien temprano en la mañana, el director se dispuso a leer uno a uno todos los panfletos, agrupados en una carpeta, que había producido el grupo de Pimentel, y de esa manera formarse un criterio exacto, para luego redactar un informe al Consejo de Dirección. Con ese fin se encerró en su oficina, descolgó el teléfono y le dio órdenes estrictas a su secretaria que por nada del mundo se le interrumpiera.

Se armó de valor y comenzó a leer con esa calma chicha muy característica de su personalidad. Durante el curso de su lectura, en esa circunstancia, sentimientos y actitudes encontradas pasarían por la mente de Duque Méndez. Una amplia gama gestual, a veces acompañada de una mortal palidez, otras veces estupefacción o indignación o asombro, pero extrañamente también a veces una ligera sonrisa burlona, y en una ocasión, cuando leyó la historia del altar del Parque Carabobo, una ruidosa carcajada, que le obligó a soltar la carpeta sobre su escritorio y echarse hacia atrás en su silla ejecutiva, mientras se cubría la boca con su mano derecha.

A continuación, meditabundo, se rascó la cabeza, y cuando ya se disponía a comenzar a redactar su informe recomendando la inmediata expulsión de los alumnos transgresores, sintió un estruendoso ruido de cristales rotos, gritos y un tropel de estudiantes y profesores que corrían presurosos por los pasillos del plantel. Al salir de su oficina fue alertado por su secretaria que había graves disturbios en los alrededores del Instituto, pues los estudiantes del vecino Liceo Andrés Bello se encontraban en la calle en actitud de violenta protesta por los atropellos de la policía en contra de los estudiantes en todos los centros de enseñanza de Caracas. El líder de los estudiantes alzados que manifestaban era un joven pelirrojo, alto y desgarbado, a quien apodaban *cabecemuñeco*, quien vociferaba:

—Salgan, cobardes, que la policía arremetió contra nuestros compañeros del Fermín Toro, tenemos que ir a protestar a El Silencio.

El director tomó rápido control sobre la situación, ordenó asegurar las puertas y alertó por los altavoces a conservar la calma. Minutos más tarde llegó la policía, disolvió la manifestación, con un saldo de numerosos heridos y detenidos. Como consecuencia, el gobierno suspendió las actividades académicas por tiempo indefinido, y por lo tanto, la reunión del Consejo de Dirección no se llevó a cabo en la fecha prevista

Quince días después, las clases se reanudaron tímidamente, pero la tensión política reinante en el país impedía el normal desenvolvimiento de las actividades, y así siguió hasta el mes de diciembre, cuando se decretaron las vacaciones navideñas. Al regreso, en el mes de enero, el clima político se encontraba aún más enrarecido, producto de una intencionalidad de golpe de Estado y un régimen que cada día se debilitaba más y más. Por otra parte, la resistencia clandestina al régimen arreció su campaña de difundir panfletos subversivos, pero el gobierno, a su vez, para contrarrestar esa campaña, hacía circular otros panfletos más corrosivos aún, cayéndose en una paradójica situación de diatriba que hasta cierto punto distrajo la atención hacia el grupo de Pimentel, cuyos panfletos tenían un contenido tan incendiario como los que redactaban, cada quien por su lado, la insurgencia y el régimen. Todo ello creó un clima panfletario que de cierta manera legitimó los panfletos de Pimentel y su grupo, generándose una curiosa situación que hizo olvidar las supuestas transgresiones de esos estudiantes, por lo cual el Consejo de Dirección donde se decretaría su expulsión se pospuso indefinidamente.

En un momento dado de ese mes de enero tan cargado de electricidad, un profesor del Instituto, de apellido Girón, veterano de luchas estudiantiles en liceos y universidades del país, se acercó a Pimentel para expresarle estas palabras:

—Te felicito, vale, tú eres un experto en literatura subversiva.

A lo cual respondió Pimentel:

—¿Experto en literatura subversiva?... será experto en comercio.

La situación política del país siguió deslizándose por un plano inclinado de extremo deterioro, hasta que una madrugada, un furtivo avión que viajaba vía al occidente, a muy baja altura, casi rozando los techos de los superbloques de las Lomas de Urdaneta, en el momento cuando estaba a punto de abandonar el valle de Caracas rumbo al

litoral de La Guaira, y de allí a un destino que solo los ocupantes de esa nave conocerían, el piloto entonces pudo divisar en medio de la penumbra reinante una extraña figura que sobrevolaba justo en sentido contrario del rumbo del avión.

El silencio cómplice de la madrugada fue roto por el ruido de los motores del avión furtivo y por la estridente risa de la extraña figura, rechoncha, desnuda, que cabalgaba una escoba.

Era la madrugada del 23 de enero de 1958.



## Don Facundo Garrote <sup>1</sup>

Lunes, miércoles y viernes, la magia se apoderaba del éter. Corría el tiempo en que El Diamante Negro era el dueño de la tauromaquia y El Nudista reinaba en la imaginación colectiva, sembrando el terror en las noches por los lados de San Agustín del Sur. En la esquina de El Tejar, 4.º piso, se daba cita una peculiar familia venezolana. Peculiar, por las locuras que allí se cometían, diástole y sístole, los dos catetos y la hipotenusa de la sencilla sociedad que se dejaba arrobar por unas situaciones tan *sui generis*, como la Caravana Camel en el aire, en el mar, en la tierra, donde quiera...

Don Facundo Garrote era un llanero zamarro, machista, pero solamente hasta donde se lo permitía su esposa doña Rosario. Don Facundo era llanero, pero no necesariamente había que elucubrar acerca que fuese un llanero nativo de Zaraza, de Calabozo, de Elorza, de Barinas, de Acarigua, aunque cada una de esas regiones defina un perfil diferente del llanero, con sus mañas y costumbres. Si se trataba de costumbres, entonces la familia Garrote sería costumbrista.

---

<sup>1</sup> Mención Especial en el Concurso “Udón Pérez”, 1997, promovido por la Asamblea Legislativa del estado Zulia.

Costumbristas serían también la familia Buche y Pluma y la familia Periquera, pero esas familias eran ordinarias, porque nos acostumbraron a que el goce de situaciones bizarras es algo que hay que administrar muy bien, y por esa razón, solo se dejaban escuchar los días lunes, miércoles y viernes en horas de la noche.

¿Cómo, por qué y buscando qué cosa llegó don Facundo Garrote a Caracas? Nadie lo sabía, porque él tampoco se encargó de explicarlo, aunque de ninguna manera tendría por qué hacerlo. Lo que sí parecía indudable es que ese llanero, que igual podía ser de Zaraza o de Elorza, tendría que haber vendido sus tierras con ganado y todo o recibiría una cuantiosa herencia para venirse con armas y bagaje a la capital, viviendo de sus rentas, en lo que debió ser una mansión en una exclusiva zona de Caracas, y así darse ese tan holgado tren de vida, libre de preocupaciones por el muy mundano y fastidioso hábito de trabajar para ganarse el sustento. Nadie nunca se preguntó de dónde sacaba don Facundo tanto dinero para recibir, alojar, dar de comer, consentir, mantener tanta gente. ¿Qué parentesco tenía don Facundo con Pastor Monterola, con Marcelina Llamozas, con Saturnino? Si don Facundo no tenía hijos, por lo menos que hubieran sido concebidos con doña Rosario, entonces sería fácil imaginar que todos esos compadrazgos de sacramento tendrían su origen en que interesadamente lo buscarían de padrino de bautizo para tantos ahijados, entre ellos, de manera notable, el insoportable Teolindo. Así también sería el origen del compadrazgo con Rufo “chas chas”, con el pintoresco Pancho, y con muchos otros. ¿Qué hacía esa maracuchita regionalista, orgullosa de Maracaibo, que apareció y se esfumó tan pronto como llegó a esa casa. ¿Por qué la gente se reía de los chistes de Teolindo? ¿Por qué se reían, si eran chistes que parecían de un retardado mental? ¡Vaya usted a saber!

Un lunes, un miércoles o un viernes, siempre en horas de la noche, sucedían muy extrañas cosas que quizás valdría la pena recoger en una historia medida con los grados centígrados o Fahrenheit del grajejo, medio picaresco, medio filosófico, medio sanchesco, con que el agua inodora, incolora e insípida, con que la fotosíntesis, con clorofila y todo, suele ser tan útil como un tema de composición sobre la importancia del agua en la navegación. Oigámosla, pues, y si esta historia le aburre, no será por culpa del éter, será en todo caso porque cada lunes, miércoles y viernes, ella tendrá lugar en la esquina de El Tejar, 4.º piso.

Marcolina Llamozas llega de la calle de lo más contenta, cantando el vals *Sombra en los médanos*:

Bajo el claror de la luna  
sobre las tibias arenas  
entre cardones situnas  
un chuchube modula un cantar.

Don Facundo, quien está malhumorado, pero distraído, como siempre, pensando quién sabe en qué cosa, le sigue la canción a Marcelina:

Los cujíos lloran de dolor...

Pero se queda callado, con un raro carraspeo de su garganta, al comprender que no tenía ningún sentido hacerlo. Marcelina viene acompañada de su novio Saturnino. Venían a anunciarle, a pedirle permiso más bien, porque se iban a casar muy pronto, y querían que él fuese el padrino de la boda.

Marcolina, por su actitud, por sus modales, por su lenguaje, debió ser una mujer poco educada, muy apta para el servicio doméstico, aunque nunca se supiera que alguna vez realizó oficios domésticos en casa de don Facundo.

—Guá, sí señor, cómo no, se van a casar —dijo don Facundo comprensivo.

Pero Saturnino tenía un grave problema, no tenía una profesión u oficio definido, tampoco un empleo.

—Pero hay muchas profesiones; mecanógrafo, linotipista... —dijo don Facundo.

Ese tono patriarcal que asumía don Facundo sacaba de sus casillas a doña Rosario, dama prudente y respetuosa, a quien le fastidiaba tal actitud. Al reclamarle tal actitud a su marido, exclamó:

—Pero Facundo, deja que ellos decidan...

Un molesto don Facundo comenzó a vociferar:

—¿Por qué no puedo yo darles consejos a esos muchachos?

Entonces era cuando comenzaba don Facundo a subir el tono de su voz:

—¿Por qué?

—Pero, ¿por qué?

—Pero, ¿por qué?

—Pero, ¿por qué?

—Pero —por última vez, y con la voz ronca, dijo—: ¿por qué?

Intervenía doña Rosario para calmar las furias jupiterianas de don Facundo:

—Cálmate, Facundo, no es para tanto.

Don Facundo volvía a la calma, para enseguida asumir nuevamente ese tono patriarcal que tanto reventaba a doña Rosario.

Poco después entraba Pastor Monterola, con su voz de idiota, como siempre, contando algo intrascendente que acababa de ocurrirle, exagerándolo, pues así de mentiroso que era siempre el muy bellaco.

¿Qué hacía Pastor Monterola en casa de la familia Garrote? Nadie lo sabía. Es de suponer que se trataba de un muchacho huérfano que fue acogido por esa familia. No existía otra explicación a la obediencia ciega, a la sumisión que Pastor profesaba por don Facundo. Era además el precio que pagaba Pastor por vivir sin trabajar, pues nunca se supo que Pastor tuviera algún trabajo. Esa sumisión llegaba hasta el extremo que, cuando cada lunes, miércoles o viernes hiciera alguna maldad o travesura infantil, porque así eran todas las faltas que Pastor cometía, entonces era objeto de brutales palizas que le propinaba don Facundo. Siempre era igual; cuando estaba a punto de descubrirse la maldad que cometía ese lunes, miércoles o viernes, entonces Pastor, con un hilo de voz, entre temeroso, sumiso y zamarro, como el perro callejero que intuye que le van a dar una patada, exclamaba, casi rogaba:

—Don Facundo, ¿me puedo dil?

Entonces don Facundo preparaba la vera para encasquetársela por el lomo, y acto seguido se escuchaban los verazos en el lomo de Pastor, que sonaban como si se lo dieron a un tambor:

—¡Toma, sinvergüenza, chichiriviche, lomoebachaco, pataejabón, patenelsuelo!

Pastor corría, pero ni siquiera su veloz carrera lo salvaba de los verazos. Al día siguiente, que inevitablemente era lunes, miércoles o viernes, volvía otra vez Pastor con su voz meliflua, a dirigirle la palabra a don Facundo, aún cuando todavía le debían estarle doliendo los moretones que tenía en el lomo por los verazos de la última vez.

Por su parte, Teolindo, ¡ay Teolindo!, el insufrible ahijado de don Facundo. Qué fastidio con ese gafo, con esa voz de idiota con que se dirigía a su presunto padrino:

—Bendición, mi padrinito, yo tengo mi apá y tengo mi amá...

Como el machista don Facundo le reclamara, a pesar de su infinita paciencia, para que no hablara de esa manera, entonces Teolindo, le replicaba con más cursilería, seguramente haciendo pucheros con su boquita apretada:

—Ajá, ¿usté me dijo eso? pues ahora me voy a poné bien chocante, yo sí.

Doña Rosario no hacía más que ver a su marido, haciéndole señas inteligentes para que se quedara tranquilo, hasta que al fin Teolindo se marchaba con su pasito apurado. Teolindo era tan gafo, tan idiota, que, a diferencia de otros, no explotaba a don Facundo. No vivía en la casa de don Facundo, ni tampoco le pedía dinero. Uno colige entonces que el padre de Teolindo, el compadre de don Facundo, no era un hombre interesado en aprovecharse de la generosidad de don Facundo. Todo el mundo se imaginaba que para el padre (o el apá) de Teolindo, su único interés era que su hijo fuera a su casa solamente a pedirle la bendición, pero en el fondo, la gente coincide en que más valía que no lo hiciera, para ahorrarle a la gente tanta cursilería cada lunes, miércoles o viernes.

Otro personaje, Saturnino, definitivamente era un gocho criado en Caracas, o un caraqueño criado en gochilandia, pues su acento gocho no era espontáneo. Exageraba sobremanera Saturnino, cuando quería ser enfático, cuando algo le disgustaba:

—Manononón, manononón, ¿y esas boleras? —solía expresar el supuesto gocho.

Muy culto debió ser Saturnino, porque esa expresión, “manononón”, no la soltaba ningún gocho. Algunos pensaban que tal vez habría consultado una obra de etimología gocha, la habría descubierto y la repetía incesantemente. Dado que el supuesto gocho había manifestado su intención de casarse con Marcolina Llamozas, mucha gente vio en ello un gesto maquiavélico por parte de don Facundo, porque si no era con el supuesto gocho, ¿con quién otro, sino con Pastor Monterola o con Teolindo tendría que casarse esa negra tan chabacana y tan ordinaria?

El compadre Rufo, esporádicamente, uno que otro lunes, miércoles o viernes, se aparecía por la casa de don Facundo, con su característico saludo:

—Compadre, chas chas.

¿Qué significaba esa expresión: “chas chas”? ¿Sería acaso una contra-seña o una maliciosa referencia a alguna aventura que en un tiempo remoto compartiera con su compadre? Esto último sería verosímil, porque ni siquiera a su comadre doña Rosario se lo decía. Además habría sido un gesto poco elegante dirigirse a una dama tan distinguida, expresándole:

—Comadre, chas chas.

Esa expresión quizás habría sido el fin de la fraternal amistad entre ambos compadres de sacramento. Doña Rosario, con toda seguridad, lo habría puesto de patitas en la calle, pues entre otras cosas, habría podido parecer una maliciosa sugerencia.

Nadie sabe por qué el compadre Rufo, en un arrebato de locura, se metió a luchador, pero es el caso que un buen día a Rufo se le ocurrió medirse en un combate de lucha libre contra un profesional de esa actividad deportiva, tal vez Dark Búfalo o Cruz Diablo o El Fantasma, o Bernardino La Marca. Lo cierto es que a las primeras de cambio, el luchador contrario derribó al piso al pobre Rufo y le aplicó una estranguladora. Rufo casi se moría.

—¡Parece una berenjena hervida!

Fueron palabras de doña Rosario, que esa noche asistió al Nuevo Circo invitada por su compadre. Por la presión que le aplicaban al cuello, el pobre Rufo iba adquiriendo cada vez más una lividez mortal, hasta que piadosamente el árbitro suspendió el combate, quedando tirado en el medio del ring. Nadie sabe cómo al compadre Rufo, cuyas planchas o prótesis dentales le bailaban en la boca cuando pronunciaba el “chas chas”, no se las hicieron tragar al momento que le aplicaban esa llave de lucha libre. Esa trágica noche la recordarían todos con mucho dolor, porque para colmo ni siquiera ganó un solo centavo.

Un buen día llegó, nadie sabe cómo, una maracuchita a la casa de don Facundo, una joven que lo único que hacía y decía era ponderar a Maracaibo, lo bello de esa ciudad, sus calles, sobre todo su lago, dejando bien claro que como casi ningún caraqueño conocía a esa ciudad, no había quien le rebatiera esos elogios.

¿Qué hacía una maracucha en casa de don Facundo? Porque fueron muchos lunes, miércoles y viernes que ella pernoctó en esa casa, viviendo, gozando y sufriendo las peripecias de esa familia. A pesar de su petulancia al emitir sus elogios a la región zuliana, hasta la mismísima grave y circumspecta doña Rosario, tan respetuosa de su marido, la aceptaba, llegando sin embargo, en una oportunidad, a utilizarla con el fin de jugarle, entre ambas, una broma muy pesada a don Facundo.

La broma consistió en convencer al escéptico, taimado e incrédulo llanero que se escondía bajo su flemática personalidad, que los muertos, o los espíritus, o las ánimas, o lo que fuere, habitantes del otro mundo, de vez en cuando venían de visita a este valle de lágrimas que es Caracas. La escena estaba servida, para que doña Rosario, en complicidad con Marcolina y la maracuchita, convenciera a don Facundo para que asistiera a lo que parecía ser una tenida por espiritista o algo parecido; en dos platos, que se iban a comunicar con el *Ánima Sola*, al parecer un personaje del otro mundo muy popular entre los caraqueños.

A continuación decoraron la casa con unas cortinas negras, apagaron las luces y se dispusieron a escuchar a la presunta visitante del otro mundo, en este caso, encarnada en la voz de la maracuchita, quien se encontraba escondida en un cajón o dentro de un closet. Llevó doña Rosario del brazo a su marido, quien se encontraba asombrado por la repentina inclinación de su esposa hacia las cosas del más allá, ella tan cerebral y tan formal. Pues bien, comenzó la señora Garrote su parodia:

—*Ánima Sola*, comunícate hermana. *Ánima Sola*, preséntate, que tus hermanos te necesitan.

Mientras tanto, don Facundo permanecía en silencio, expectante, con un gesto, casi un rictus en su rostro. Al cabo de unos minutos interminables, tanto Rosario como Marcolina insistían tanto en su llamado al *Ánima Sola*, que al fin la aludida respondió al llamado, por medio del timbre de voz demasiado engolado de la maracuchita:

—Aquí estoy, hermanos. ¿Para qué soy buena, qué quieren?

A continuación intervino doña Rosario:

—*Ánima Sola*, por tu salvación, por los pecados que cometiste en la tierra, dile al señor Facundo Garrote que lo único que quieres es que él rece por ti, para que no sigas vagando solitaria, triste y desamparada por aquellos mundos.

Las organizadoras de la parodia habían omitido el detalle de explicarle a la maracuchita que esa ánima era un personaje de Caracas, detalle que habría servido para prevenir la metida de pata de la joven. Sin embargo, la maracuchita parecía entender que la tal Ánima Sola debió ser en vida una prostituta o alguna mujer mundana para que le hubieran dado semejante castigo. En medio de su confusión lanzó en muy alta voz esta frase:

—Sí, Facundo, rezá por mí, ¡qué molleja! Ya estoy cansada de andar vagando por estos mundos, además, primo, yo no soy ninguna puta, y quiero de una vez irme a Maracaibo.

Así se develó todo el complot fantasmagórico. Doña Rosario se puso roja de vergüenza por el desaguizado, pero para suerte de todos, don Facundo tomó todo eso con gran sentido del humor. Por lo tanto, sin inmutarse, la maracuchita permaneció muchos lunes, miércoles y viernes viviendo en casa de la familia Garrote.

Algunos mal pensados llegaron a afirmar que la presencia aparentemente inexplicable de la maracuchita en casa de don Facundo se debía a que esa dama era una hija secreta engendrada en alguna supuesta visita del señor Garrote al Zulia, lo cual fue descartado, al comprobarse que los únicos sitios donde había estado a lo largo de su prolongada vida, serían el pueblo llanero donde nació y creció y luego en Caracas, a donde lo llevaron enhuacalado. También se llegó a decir que era una amante secreta del llanero, hipótesis totalmente descartable, dada la actitud suspicaz y maliciosa de doña Rosario.

Doña Rosario siempre supo desempeñar a cabalidad su rol de ama de casa de la familia Garrote. Se trataba de una dama muy honorable, absolutamente dueña de sí misma, sobria, muy refinada en su conducta y en su lenguaje, pero a la vez muy firme en la conducción de su familia, sobre todo en eso de controlar los vaivenes del carácter a veces atrabiliario de su marido. Cuando era necesario, con mucha autoridad y firmeza, lo mandaba literalmente a callar; en fin, sin mayores miramientos, le enmendaba la plana. Ya de suyo eso conformaba una situación atípica dentro del común de las amas de casa, pero es que también, en el caso de doña Rosario, jamás se supo que alguna vez realizara oficios domésticos, así lo confirmaba su apariencia personal, siempre recién bañada, elegantemente vestida, perfumada, cabellos, manos y

uñas impecables. No faltaba más, siendo ama de casa en una familia presuntamente con tantos recursos económicos.

Si de oficios domésticos se trataba, ningún lunes, miércoles o viernes se habló en esa casa de los ordinarios y rutinarios oficios de cocinar, lavar, planchar, hacer la limpieza. Sería también que cuando se dejaban escuchar cada lunes, miércoles o viernes, ya habrían almorzado y cenado. Todo eso era un secreto bien guardado, pero de todas maneras, si es que alguien se ocuparía de realizarlos, la más indicada sería Marcolina, pero esa hipótesis tampoco se confirmó alguna vez.

Pancho era otro compadre de don Facundo, quien por lo visto era muy solicitado para bautizos y compadrazgos. Pero este Pancho era diferente a sus demás compadres; para empezar, era un tremendo mamarador de gallo, siempre con un chiste en la boca. A todo el mundo le decía “colegallo”, por decirle colega, y a continuación de ese saludo, soltaba una carcajada que sonaba remota e irónica. ¿Cómo se vinculaba el compadre Pancho con las demás personas para ser colega de todo el mundo? ¿Qué oficio o conocimiento compartía con su interlocutor? Solo él lo sabría, pero definitivamente ese compadre Pancho era todo un personaje.

Ya para finalizar, afirmamos que lo único chocante de esta familia, además de Teolindo, era el hecho que se despedían así tan de repente, sin que nadie lo advirtiera, desde la esquina de El Tejar, 4.º piso, cada lunes, miércoles y viernes.



## El vengador errante <sup>2</sup>

Obelleiro Carvajal es un brasileño universal, más universal que su coterráneo Alberto Santos Dumont, un aventurero que fue a dar a París como un moderno Ícaro, quien inventó un globo que pensaba dirigir con aire solo, y que cuando más alto estaba su papá le preguntó:

—Oye, Dumont, ¿bajas o no?

Como Alberto no contestaba, su padre insistía:

—Baja, Dumont, baja, que aquí te espera la comisión.

Pero Alberto se negaba a bajar, y así le contestó a su progenitor:

—Yo no me pienso bajar, yo me pienso dirigir hacia el Peñón de Gibraltar.

Sin embargo, el sueño de Alberto se frustró al verse obligado a aterrizar, por fallas mecánicas de su avión, en un parque cercano a los Campos Elíseos.

Pero Dumont se circunscribió solo a París y a su nativa Brasil, mientras Obelleiro, en cambio, fue un peregrino impenitente, es decir, un patacaliente.

---

<sup>2</sup> Mención Especial en el Concurso Gabriel Bracho (1998), promovido por Corpozulia.

A mayor abundamiento, Obelleiro recorrió el mundo, tragó más distancia que Marco Polo, que Humboldt, que Sandokán, que Enrique El Navegante. Cabe preguntarse por qué ese brasileño universal se empeñó un día en emprender semejante a cruzada por todo el globo terráqueo.

Según dicen los que lo conocieron, Obelleiro fue un hombre muy sensible ante el dolor y la miseria humana, él quería desfacer entuertos, pero sin correr la triste suerte de El Quijote, a quien apedrearon unos ladrones, ni hacer el ridículo que hizo el Hidalgo de La Mancha, quien combatió con vejigas repletas de vino en un desigual combate etílico-caballeresco; no señor, de ninguna manera. Su traviesa pluma buscó en todas partes un personaje que impartiera justicia, pero no por los medios convencionales de la religión y de la política, pues para eso estuvieron Napoleón, Bolívar, Julio César, Lenin, Jesús, Mahoma, Buda, Confucio, quienes habían pasado sus vidas en el arte de hacer el bien sin mirar a quién.

Obelleiro intuyó que esos personajes tuvieron que trabajar demasiado, estudiar demasiado. ¡Qué fastidio! Obelleiro intuyó que a través del individualismo militante, ese personaje que buscaba, sin soldados, sin apóstoles, sin feligreses, sin Sancho Panza, pudiera impartir justicia. No se trataba entonces de Sandokán, o Tarzán o Alí Babá, con todo y sus cuarenta ladrones, tampoco Simbad, mucho menos Batman o Supermán, aún con el sacrificio que había hecho este último personaje al haber dejado botada a su familia en Kryptón. Tampoco El Duende que camina, porque injusticias existen más allá de la Selva Profunda, más allá de esa cueva que le sirve de morada.

Obelleiro también observó que todos esos personajes, a excepción de El Quijote, vecino de La Mancha, desarrollaron sus cruzadas justicieras en el lejano oriente, o en el África ardiente. Los héroes urbanos, como Batman y Supermán, según Obelleiro, no contaban en ese análisis, pues a esos caballeros les sobraba electrónica pero carecían de la magia de la aventura al aire libre, en el mar abierto, con la sensibilidad ecológica tan desarrollada, que sería capaz de convivir en armonía con la naturaleza, con la biodiversidad, que aunque tuvieran que servirse de los árboles para guindar sus bejucos, tuvieran al menos el cuidado de no destruirlos. Descartado entonces el mundo occidental para la búsqueda del personaje héroe de la justicia, vengador de afrentas, pero con fuerza en los puños como Joe Louis, en caso necesario.

Todo lo que se sabe es que Obelleiro zarpó un buen día de su nativa Río de Janeiro con rumbo a Casablanca, ciudad que le decepcionó, pues allí lo dejó embarcado Humphrey Bogart, por lo cual de allí siguió a Trípoli para preguntarle indignado a la mora nativa de esa ciudad el por qué en forma tan desdenosa tiró una perla al mar un día. Aunque no la pudo ubicar, para su satisfacción personal se enteró que después de ese gesto tan desconsiderado hacia la pobreza, ahora se sentía arrepentida. En otras palabras, el triunfo del bien sobre el mal, mensaje inherente al personaje que andaba buscando de manera tan afanosa.

Pero antes de llegar a Trípoli, navegando por el Océano Atlántico, Obelleiro se detuvo en el Peñón de Gibraltar y allí se estuvo reflexivo unos minutos al acordarse de su paisano Alberto Santos Dumont, quien toda su vida quiso volar hasta ese hito geográfico. Sería evidente su presunción que algo muy interesante había perseguido su compatriota, por lo cual en ese supremo instante juró vengar la afrenta histórica de ese sueño realizado, exclamando para sus adentros que algún día el personaje que andaba buscando debía detenerse allí para desfacer algún entuerto, para enmendar algún error, para enjugar alguna lágrima.

Luego de Trípoli siguió navegando hacia Beirut, viendo que desde allí se encontraba a tiro de piedra de Bagdad y Damasco; toda la saga del mundo árabe, con *Las mil y una noches*, con mezquitas y alfombras voladoras, un escenario donde tal vez abundaban individuos aventureros. Pero al sentir tan de cerca la guerra árabe-judía, en medio del odio y la muerte que tanto detestaba, entonces resolvió volver sobre sus pasos y tomar más bien el camino hacia el Canal de Suez y enrumbarse al lejano oriente. Burla burlando, recorrió el Mar Rojo, mar de piratas, sin detenerse en ningún momento, hasta que al fin llegó a la India.

Al arribar a Delhi, se enteró de que un príncipe llamado Tamakún, heredero de la muy cuantiosa fortuna de su padre, todo un rajá de la India, recientemente, había perdido a su novia, a quien, todavía compungido de dolor, sin embargo, había vuelto chicharrón su cadáver. Ante las cenizas aún calientes de su bienamada, Tamakún juró por sus dioses que nunca más amaría a otra mujer, o sea, que se moriría solterón, pero más importante aún, que se marcharía bien lejos de su lar nativo, para que el Ganges se llevara las cenizas y la memoria de su amada. En otras palabras, millonario, soltero, sin compromiso y viajero: justo el personaje que con tanto afán había estado buscando.

El día de la entrevista con Tamakún, este personaje, aún deprimido como se encontraba, le comunicó su propósito de renunciar a todo, menos a su dinero, para dedicarse a una formidable cruzada de justicia por todo el globo terráqueo. En su idioma nativo le dijo al intérprete, para que este a su vez se las comunicara a Obelleiro, estas proféticas palabras:

—Obelleiro, herrmano, te jurro por lo más sagrado que a partir de ahora mismo, habré de luchar por la justicia. Me entregarré en cuerpo y alma en una batalla contra el dolor que desgarr a los infelices, contra la miseria que oprime a los desherredados, contra la maldad que imperra en cada rincón de la tierra, y sin miedo, porque estoy dispuesto a correr todos los riesgos, a acudir donde el peligro amenace, pero sin pedir nada a cambio.

Ante tan elocuente discurso, Obelleiro quedó de una sola pieza. Había recorrido 15.000 millas náuticas desde Río de Janeiro, pero al fin había encontrado al hombre de las circunstancias, ¡un moderno Quijote de la India!

El acuerdo entre Tamakún y Obelleiro ya estaba sellado, salvo algunos pequeños detalles, como por ejemplo que en cada una de sus aventuras debía estar presente Alí Yabor, su pana burda, un anciano paisano suyo, con quien tenía una deuda de gratitud, quien además sería su consejero, secretario, amo de llaves y celestino de alguna aventurilla amorosa, pero precisamente para que solo fuera eso, una aventurilla amorosa, nada de matrimonio, ni de concubinato, ni de amancebamiento, ni siquiera un resuelve. La otra condición fue que Obelleiro tendría que afirmar en cada aventura, según las circunstancias, que el indio hindú era un hombre culto y viajado, de ser posible lo incluyera en el *Jet Set* internacional, como miembro de la realeza, pues los reales le sobran.

Los gastos de traslado por avión, barco, ferrocarril, helicóptero, taxi, autobús, a lomo de mula por llanos y montañas, a lomo de camello por el Sahara, por carretillas humanas en Hong Kong, cualquier medio de transporte, debía costearlos el patrocinante que Obelleiro habría de conseguir, al igual que los gastos de alojamiento y alimentación a lo largo del mundo, preferiblemente, en hoteles cinco estrellas.

Por otra parte, para no perder la memoria ni la identidad ni las costumbres ancestrales de su patria, en esos hoteles y restaurantes debía

servírsele el condumio de la India, en especial platillos condimentados a base de curry.

Por último, Tamakün cobraría unos modestos viáticos y unos míseros honorarios profesionales, desproporcionadamente míseros en relación con los riesgos que habría de correr, dada la peligrosidad y agresividad de los enemigos que con toda seguridad habría de enfrentar.

Firmado el contrato, le correspondía ahora a Obelleiro conseguir ese tan necesario patrocinante. ¡Menuda tarea! Sin embargo, de repente se recordó que en Venezuela un amigo le había dado información acerca de un producto de reciente introducción el mercado, promovido por un jingle que decía:

Ya se acabó la esclavitud  
de la batea  
Ace hace por mí  
la gran tarea.

Ese producto había revolucionado el modo de proceder de las amas de casa: ya no más restregar, embostar, despercudir la ropa con ese condenado jabón Las Llaves... sencillamente, ...¡la ropa se lavaba sola!

O este otro jingle....

Felicidades y descanso  
en mil novecientos cincuenta y uno  
el año nuevo ya está llegando,  
Ace lavando, yo descansando.

Nada más qué pensar ni discutir; sin duda, ese sería el patrocinante. Pero, ¿por dónde comenzar? ¿Cuál sería la primera aventura?

Pero antes de eso, habría que diseñar la carta de presentación de Tamakün ante todo el mundo. Obelleiro era muy creativo, y así lanzó a los cuatro vientos este grito de batalla, impreso en forma llamativa en su tarjeta de presentación:

Donde el dolor desgarrre  
Donde la miseria oprima  
Donde la maldad imperre.

Donde el peligrro amenace  
Allí estarrá Tamakún  
El Vengadorr Errante.

De algo estaban seguros Obelleiro, así como el patrocinante: ese mensaje le llevaba una morena en profundidad, por ejemplo, al del Llanero Solitario, quien con su nube de polvo y su grito ¡jayó silver!, al compás de la obertura de la ópera *Guillermo Tell*, se propuso imponer la justicia en el lejano oeste. Ese grito era más denso, más ecuménico, pues las injusticias también suceden más allá de las grandes llanuras de Texas y Arizona.

A Tamakún también le encantó su grito justiciero, sobre todo porque más allá de su marcado acento español o portugués, inequívocamente él proclamaba de manera orgullosa su origen indio. Pero para reafirmarlo aún más, le exigió a Obelleiro de manera expresa que en sus aventuras usaría la vestimenta típica de su tierra natal, el turbante y el *kurtag*, de ninguna manera el ridículo atuendo occidental del paltó y la corbata.

Es así como su primera aventura se sitúa en Chicago. Se trataba de resolver el caso de un hombre asesinado pegándole una pesada estatuita por la cabeza. El peligro amenazaba, pero Tamakún, con gran facilidad, resolvió el crimen, que amenazaba convertirse en un cangrejo.

La segunda aventura fue en el mero corazón de África, quién sabe si en Kenya o en Tangañica, aunque en ninguna parte se mencionó a los Mau Mau. Se trataba de un maniático que poseía una gran fortuna y habitaba un fastuoso palacio, que además servía de cárcel, donde mantenía numerosos presos de conciencia, y además convivía con una mujer que en un remoto pasado había sido algo así como una estatua de sal. La salada aventura terminó con la liberación, a sangre y fuego, de los prisioneros. Allí imperaba la maldad, tercera estrofa de su grito de guerra.

Otra aventura sucedió en las inhóspitas regiones del norte de Canadá. Sangre en la nieve, pues los tiroteos eran cosa cotidiana y los cadáveres se amontonaban en las calles. El dolor desgarraba, primera estrofa de su grito de guerra. Pero Tamakún llegó un día y a continuación, puso orden en medio de tal estado de cosas. La señora Parker, habitante del pueblo, agradecida por su heroísmo, quiso gratificarlo con un beso, pero el celoso Alí Yabor se lo impidió... por si acaso.

Otra singular aventura sucedió en San Francisco, California, donde Tamakún sirvió de huésped de un acaudalado hombre de negocios llamado Henry Stimpson, a quien años antes le habían matado un hijo, de nombre Pololo, crimen que hasta la fecha estaba impune. Al pedir detalles sobre el suceso, el viejo le mostró el automóvil lleno de numerosas perforaciones de balas donde había aparecido el cadáver, pero al abrir el maletero, ambos vieron, con gran asombro, que allí permanecía, tanto tiempo después, el sombrero ensangrentado de la víctima. ¡A la inepta policía de California se le había olvidado abrir el maletero del vehículo! Pero Tamakún, con un envidiable olfato policial, sospechó desde un principio del mayordomo de la mansión, un tal Foster. Por esa razón, cuando a los pocos días apareció esta vez el cadáver del viejo Stimpson, en seguida apresó a ese sujeto, quien a fuerza de golpes confesó de una vez su doble crimen. Gracias al Vengador Errante, triunfó una más el bien sobre el mal.

Otra aventura fascinante que vivió Tamakún fue cuando viajó a Egipto, como un moderno Heródoto, a impregnarse de historia, a recorrer a lomo de camello las ardientes arenas y contemplar la esfinge y las pirámides; también a recorrer por ferrocarril las orillas del Nilo y conocer un verdadero oasis cerca de El Cairo. Allí recordó con toda solemnidad lo que todo el mundo conocía a través del cronista griego, al reconocer que Egipto era un regalo del Nilo.

También se internó a lomo de mula en la selva amazónica del Ecuador en busca de los aborígenes que dominaban una técnica ancestral de reblandecer huesos humanos para corregir malformaciones, llevando consigo, sin cobrar ni un solo centavo, ni en especie ni en dinero, a al niño y a su madre. Se trataba de un niño patitieso, patituerto o patizambo, cuyo padre, no obstante que el niño quedó con sus canillas derechitas, por nada del mundo se creyó el cuento de la actitud desinteresada de Tamakún hacia la madre. Lo que nunca supo el celoso marido es que allí estaba Alí Yabor, vigilando muy de cerca sus pasos, para evitar un desliz en su conducta. Desprendimiento y fidelidad, dos admirables cualidades de Tamakún.

Otras aventuras de Tamakún en su sed de justicia sucedieron en Perú, en el Cuzco eterno de los incas. En México, donde escaló con admirable agilidad las pirámides aztecas de la luna y el sol. También incursionó en Europa, incluyendo París, Londres, Bruselas, la romántica

Viena, la Roma eterna, la isla de Capri. Para reafirmar su espíritu justiciero, rehusó visitar Alemania, por lo de Hitler, y por esa misma razón a España, pues allí gobernaba el caudillo por la gracia de Dios.

En el cercano Oriente estuvo en Turquía, llamado por un sultán, a quien le prestó un invaluable servicio, pero, en un gesto admirable, aunque visitó su harem, no fumó el fino tabaco turco, ni probó el excelente café que le ofrecieron, pues Tamakún no fumaba, no bebía, no bailaba boleros y tampoco le inmutaba ver a las bellas odaliscas de su harem ejecutando con mucha gracia la danza del vientre.

En Singapur estuvo luchando con éxito contra las mafias que controlaban el contrabando de drogas y la prostitución, al igual que en Hong Kong. Desde allí se asomó a China, pero no se atrevió a entrar, pues temía que le confiscaran hasta el turbante que siempre llevaba puesto. A Japón no se atrevió a ir, por temor e inseguridad de ser seducido por una *geisha*, y de esa manera abandonar la tan admirable cruzada que estaba llevando a cabo.

Tamakún, hombre de palabra, cumplió fielmente su promesa de no regresar jamás a su nativa India, pues temía volver a sangrar por la herida aún no cicatrizada de la memoria de su difunta novia. Pero con harta frecuencia le recordaba a su pana Alí Yabor lo del solemne juramento que ambos habían formulado, aquel que en caso que él muriera de primero, dejara caer sobre su cadáver todo el llanto que brote de su tristeza, pero que sin más trámites, volviera chicharrón de una vez su cadáver y, al igual que su novia, arrojara sus cenizas al Ganges. En cuanto a Obelleiro, lo urgía a seguir escribiendo la historia de sus aventuras con tinta sangre de su pluma.

A Obelleiro, por su parte, le inquietaba sobremanera cumplir su viejo deseo de reivindicar la memoria de su coterráneo Alberto Santos Dumont, quien murió frustrado al no poder volar sobre el Peñón de Gibraltar. Así que una mañana de crudo invierno invitó a Tamakún a volar juntos en helicóptero hacia ese hito geográfico, partiendo desde Ceuta, y al cabo de una hora de viaje lo avistaron desde el aire, pero Obelleiro exigió al piloto que los llevaran un poco más adentro hacia el Atlántico, más allá de los Montes Atlas o columnas de Hércules, donde según Platón alguna vez yacía la Atlántida, el continente perdido. Un rato después, ambos comenzaron a ver sobre la superficie de esa

inmensa masa de agua, unas manchas amarillentas, como cuando uno observa en la costa un mar de poco fondo.

Al ver tan impactante espectáculo, Obelleiro gritó en perfecto portugués, trémulo de emoción:

“Allí, debajo de esas olas, yace un continente. Dios debe dejarlo allí eternamente sepultado, porque si la Atlántida emerge, Europa desaparece bajo las aguas del Atlántico. Pero si Dios dispone y la Atlántida emerge, entonces, en ese continente, que también el hombre habitará, nacerán nuevos dolores, prevalecerá la miseria, imperará la maldad y amenazará el peligro. Por tanto, allí también estará Tamakún El Vengador Errante”.

Tamakún no entendió nada de lo que dijo Obelleiro, pero este lo dijo con tanta emoción, con tanta pasión, que los dos varones se entrelazaron en un abrazo fraternal.

Ahora todo el mundo se pregunta: ¿Sería entonces conocer la Atlántida, en su sed de aventuras, lo que quiso hacer Alberto Santos Dumont cuando insistía con tanta pasión en volar hacia el Peñón de Gibraltar?



# Índice

Prólogo: Evocación del Waraira Repano .....	11
Pablo Guararé .....	13
Jesús, María y José .....	27
La bienvenida de Pacheco y Francisco .....	27
La revelación .....	29
El milagro del pan .....	31
El templo .....	32
La difusión de la fe .....	36
La Iluminada de Sarría .....	37
El pastor de almas .....	39
La procesión .....	42
De película .....	47
Pisicorre .....	61
Espanto y brinco .....	75
El misterio de las tres torres .....	89
Amarillo .....	89
Misterio doloroso .....	90
Azul .....	94
Misterio gozoso .....	95
Rojo .....	97
Misterio glorioso .....	97
La nueva escuela .....	101

Experto en comercio .....	111
La historia oficial .....	112
La historia no oficial .....	114
1. Una visita a la mansión de El Chivo .....	119
2. Entrevista a El Chivo .....	121
3. En el altar de Carabobo .....	122
Don Facundo Garrote .....	127
El vengador errante .....	137





EDICIÓN DIGITAL  
*marzo de 2018*

Caracas, Venezuela.



## Bajo la falda del Ávila

Con estos diez relatos, el autor se hace parte de la criolla tradición literaria que conjuga el costumbrismo y el humor, iniciada, entre otros, por Leoncio Martínez, Francisco Pimentel (Job Pim) y Aquiles Nazoa. La picardía y la chispa del caraqueño se ven retratadas en los personajes populares que habitan las páginas de *Bajo la falda del Ávila*; relatos que evocan épocas pasadas y que se desarrollan en lugares emblemáticos de la capital de la república, como el popular sector de Sarría.

**Gilberto Parra** (Caracas, Sarría, 1940)

**Zapata**

Compositor de himnos y temas musicales: gaitas, danzas, contradanzas, vales, etc. Graduado en Contaduría Pública y Administración Comercial en la UCV y MBA, en Finanzas en la Florida University (USA). Profesor jubilado de la Unermb (Cabimas). Ha publicado, entre otros: *Sarría en el corazón* (crónicas, 2009), ganador del Concurso Historias de Barrio Adentro, por la Fundación Editorial El perro y la rana; *Yerbabuena y maleza* (narrativa, 2010); *Don Facundo Garrote* (narrativa, 2010); *Desde que Dios amanece* (poesía, 2010). Ha recibido premios en concursos, además de la Mención Especial en el 57.º Concurso Anual de Cuentos de *El Nacional* (2002) con el relato "Espumas que se van". Tiene inéditas obras en narrativa y poesía. Actualmente, se desempeña como tallerista en narrativa y poesía.

